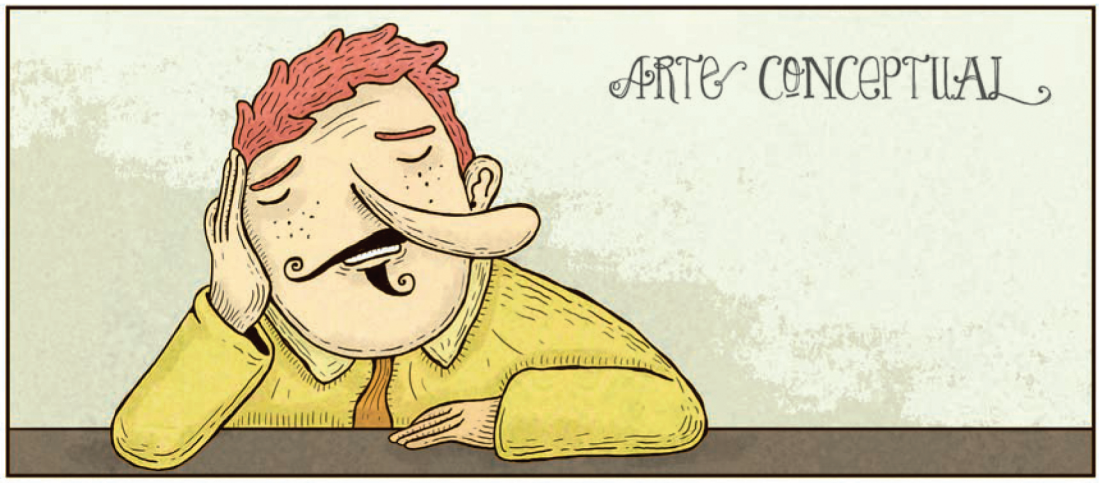
Orsai

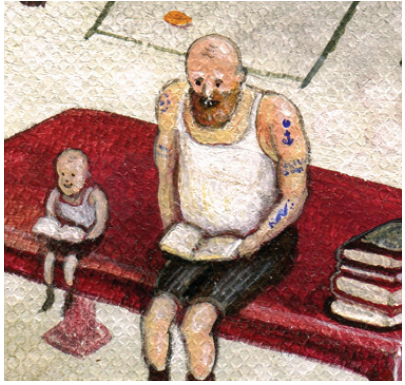
En mayo nos despeinamos, en junio usamos sombrero | año 2012 | número 7

No contiene publicidad


ARTE CONCEPTUAL

¡LISTO!
BAILARÉ DESNUDO ALREDEDOR DE
UNA FOTO DE EDITH PIAF MIENTRAS BESO
UNA OVEJA PINTADA DE CELESTE...

AHORA A PENSAR EN UN CONCEPTO
PARA JUSTIFICAR TODO Y
ESTAMOS LISTOS CON EL PERFORMANCE.
MONTT



EDITORIAL **Los jefes**

Vos sos el jefe de Chiri?, me preguntó Nina. No. Entonces Chiri es tu jefe. Tampoco, pensamos la revista entre los dos. ¿Y si no están de acuerdo en algo, quién gana? Me quedé pensando, busqué algún caso en la memoria pero no encontré. Le dije asombrado: siempre nos ponemos de acuerdo, dormite. ¿Pero entonces quién es el jefe de los dos? Nadie, le contesté. Nina se quedó callada, pensé que por fin se quedaba dormida, pero no. Dijo: pero si un día se equivocan, ¿a quién hacen enojar?

Esa noche soñé, nítidamente, un recuerdo de mayo de 1982. En el sueño tengo once años y estoy en mi habitación desgrabando unas entrevistas que les hicimos a los vecinos, en la vereda, la tarde anterior. Les preguntábamos sobre Margaret Thatcher. Chiri está a punto de llegar, fue hasta lo de Guinot a hacer fotocopias del segundo pliego de la revista. La revista que hacemos se llama *Las Cloacas* y la vendemos en la escuela, entre nuestros compañeros, que la reciben sin demasiada algarabía: solamente se ríen un poco con los dibujos, pero no con los textos. La revista tiene lema: abajo del logo *Las Cloacas* dice, más chiquito, *aromas del Cairo*. Son tres pliegos tamaño oficio doblados y grapados: doce páginas en total. La hacemos con mi flamante Lexicon 80, a dos columnas. Antes la hacíamos con la Olivetti portátil de la madre de Chiri, pero la nueva Lexicon que trajo Roberto a casa es de carro ancho, y podemos poner directamente la hoja apaisada. Es difícil hacer los originales a dos columnas y que te quede, cada línea, bien justificada a derecha pero, escribiendo despacio y pensando bien las frases, se puede. En el sueño yo estoy ahí de manera rotunda; quiero decir, no tengo memoria del futuro. Soy realmente ese gordito, mis únicas preocupaciones son las de esa tarde. Son pocas, pero una me molesta: estoy un poco enojado con Chiri porque no nos ponemos de acuerdo en algo que a mí me parece simplísimo: las preguntas de la entrevista tienen que ir en rojo y las respuestas en negro, porque el lector va a entender mejor si la pregunta es de un color y la respuesta de otro. Chiri dice que es al pedo, porque las fotocopias son en blanco y negro. Yo le digo que en las fotocopias el rojo se convierte en gris, por lo que el efecto se consigue igual. Chiri dice que no. Yo digo que sí. Creo que es la primera vez que nos peleamos. Chiri se levanta, caliente como una pipa, agarra el original del segundo pliego y se va a lo de Guinot a hacer fotocopias. Yo estoy enojado porque Chiri cree que mis razones son otras. Estoy casi seguro. Él piensa que, como ahora tengo una máquina de escribir con doble tinta, quiero alardear. Estoy enojado porque es verdad. Estoy enojado por ese instinto que tiene de saber mis verdaderas razones sobre las cosas. Le va a pedir a Guinot que haga las fotocopias con mucho contraste, para que no se note el rojo. Va a volver con esa cara que pone siempre cuando me descubre las intenciones. En eso estoy pensando cuando Chiri entra a la habitación, con las fotocopias en la mano. No tiene la cara que yo me imaginaba, no está contento ni triste ni enojado. Me dice que afuera hay dos tipos que quieren hablar con nosotros. Lo vuelvo a mirar: está pálido, como si le hubiera pasado algo malo. ¿Qué tipos?, le pregunto. Dos tipos: cuando volví con las fotocopias estaban a punto de tocar timbre. ¿Y qué quieren? Dicen que son empleados nuestros, que ya terminaron la número siete y quieren que aprobemos un cambio antes de entrar a imprenta. Será gente que pide, le digo. No, es muy raro: uno se parece bastante a mi tío Luis con anteojos; el otro es idéntico a tu abuelo Marcos más joven.

Hernán Casciari

SUMARIO

PÁG. 6 / ¿De qué se ríe Evan?
Inventó Twitter, pero vendió sus acciones en siete mil dólares y se compró una Volkswagen Parati. Se llama Evan Henshaw-Plath y su vida no cabe en ciento cuarenta caracteres.

PÁG. 16 / La foto pensada
El perro de Andreu Buenafuente se llama Mèl. Su dueño lo quiere, lo lleva de paseo y le saca fotos lindísimas, pero en lo más profundo de su corazón lo envidia. Lo envidia mucho.

PÁG. 19 / Nacido y criado
Argentina renacionalizó YPF y España se puso tensa. Gabriel Dalla Torre nos cuenta otra historia, por fuera de ansiedades y amenazas. ¿Se puede explicar YPF con literatura?

PÁG. 32 / Volver a la guerra
Gonzalo Garcés se pregunta para qué sirve un varón en un mundo que nos ofrece mujeres fuertes y muchachos de cuarenta que ya no saben ser el Don Draper de *Mad Men*.

PÁG. 35 / El pasado ¿te condena?
Tercera entrega de *Comedias románticas*, de Melania Stucchi y Alejandra Lunik. Una historia en donde la vida de pareja es un reflejo deformado de los romances del cine.

PÁG. 40 / Diario de un librero
Luis Mey trabaja en una librería. Para no morir en la cruzada, se aficionó a tomar notas de los momentos más sublimes con los clientes. Y ahora nos deja ver algunas páginas de su trabajo.

PÁG. 48 / Crónicas del Fin del Mundo
Todo acaba este año. 2012 es la época preferida para las sectas, los ritos sexuales, las vírgenes menores de edad y los mesías orgiásticos. Un cóctel que Gabriela Wiener conoce de sobra.

PÁG. 51 / La Historieta Imposible
La tercera historia de la dupla Casero y Sáenz Valiente tiene como protagonista a Irineo Tanaka, un japonés hijo de padre y madre argentinos. Cuidado: la trama es lisérgica.

PÁG. 56 / Autopsia del indignado español
Hace un año hablábamos de los indignados. Hoy ya casi no se ven, no están, no existen. Le preguntamos a José A. Pérez y a Bernardo Erlich qué fue de ellos. La respuesta es indignante.

PÁG. 64 / Los mejores momentos del cine
Nacho Vigalondo disecciona los créditos de la película *Accident* (de Joseph Losey, 1954), y descubre que ocultan un misterio más grande, quizás, que la propia trama de Harold Pinter.

PÁG. 67 / No tengo blog
Manel Fontdevila usa sus páginas para hacerle un corte transversal a la vida cotidiana. Guardiola, YPF, el Rey de España, el miedo, o cómo mastican las manzanas los japoneses.

PÁG. 70 / La canción sin nombre
Se mueve por Buenos Aires una cancionística nueva. Discos artesanales que se venden de mano en mano, conciertos clandestinos y un susurro: ¿ha muerto ya el intermediario?

PÁG. 80 / Postales musicales
¿Cómo es la abuela de Sid Vicious? ¿Era Bach un rebelde? ¿El goteo de las canillas tiene ritmo? Las postales musicales de Miguel Rep responden todas las preguntas en Do Mayor.

PÁG. 84 / Plástico cruel
José Sbarra (1950-1996) fue un escritor oscuro y nunca masivo. Dejó obras extrañas, entre ellas una novela, *Plástico cruel*, durante años inhallable, que ya podemos volver a disfrutar.

PÁG. 100 / El Gran Surubí
Nadie sabe qué tienen los sonetos de Mairal, ni los dibujos de González. Pero los lectores no pueden parar de leer la historia en voz alta. Aquí el tercer episodio de una obra increíble.

PÁG. 110 / Cruz Diablo
Leo Oyola se adentra, cada vez más, en una historia en donde el tiempo no vale nada. ¿Qué hace Adolfo Peluffo cantando temas raros del futuro en el medio del campo? Lujo literario.

PÁG. 114 / La laguna
La amnesia de Julio Kaminski, el chef perezoso, deja por fin una grieta de luz. Y Caro Aguirre lleva la trama a un punto sin retorno. ¿Quién es esa cincuentona que aparece de repente?

PÁG. 121 / Cientofante
Tercera entrega del novelista sin vergüenza. En este capítulo a Cientofante le duele el culo y no puede ser feliz, hasta que da con un maravilloso libro de autoayuda que lo llevará al éxtasis.

PÁG. 124 / Correo de lectores
Sugerencias, consultas, dudas, improperios y cartas documento de los lectores de Orsai, que el Director a veces responde y a veces no. Una sección de *feedback* y pataleo.

PÁG. 128 / Post Orsai
Otro problema mental de Hernán Casciari (no en el sentido de historia con acertijos, sino de problema mental en serio). Esta vez, una polémica continuación del editorial.

VARIAS PÁGINAS / Afiches y sobremesas
Eduardo Salles desgrana sus afiches anti-publicitarios durante toda la revista, mientras que Ermengol y Matías Tolsà dibujan las sobremesas, las columnas y el cuento largo.

PÁG. 2 y 131 / Dosis bimestrales
Alberto Montt abre y cierra esta edición, primero con una teoría sobre el arte conceptual, y más tarde con un malentendido sobre el milagro de los panes. ¡Un final demoledor!

¿DE QUÉ SE RÍE EVAN?

Por **Álvaro Carballo**

desde Montevideo

Inventó Twitter en 2004, pero vendió sus acciones en siete mil dólares y se compró una Volkswagen Parati. Protestó en Seattle contra la OMC, estuvo preso en Washington y en Praga. Ahora vive en Montevideo y sueña un futuro online. Se llama Evan Henshaw-Plath y su vida no cabe en ciento cuarenta caracteres.

Evan Henshaw es norteamericano, tiene treinta y cinco años, creó Twitter, vendió sus acciones antes de tiempo —por solo siete mil dólares—, y ahora vive en Uruguay, un pequeño paraíso natural al extremo sur de Silicon Valley. Uruguay tiene tres millones y medio de habitantes. Twitter alcanzó, en febrero, los quinientos millones de usuarios. Evan camina por las calles de Montevideo y lo miro de reojo; vamos a su oficina. No parece ser el tipo que por ansiedad, por un mal cálculo, dejó escapar una fortuna entre las manos: se ríe todo el tiempo. Habla y se ríe. Cruzamos Bulevar España, una calle que es elegante cuando atraviesa el barrio Punta Carretas. "Trabajás en un barrio oligarca", le digo. Me mira como diciendo "es lo que hay" y sonríe. Si tuviera que apuntar un primer gesto para definirlo, sería su risa.

—Cuando era chico —me dice— había una tienda de computación en Berkeley, donde nací, y mi padre quería que yo fuera ahí a jugar con la máquina que estaba de muestra. Un año después recibí de regalo mi primera PC. Era una Tandy. Con ella di vuelta el Dungeons & Dragons y dibujé hasta el hartazgo con la tortuguita del logo, pero la impresión inolvidable fue otra: podía tocar la máquina *directamente*. Como la computadora no venía con juegos cargados, tuve que transformarme en un pequeño programador: compraba revistas que traían códigos y los escribía para poder jugar, una experiencia muy distinta a la actual. Ahora hay todo un mercado de instalar y jugar sin desarrollo. Las máquinas que compramos en una tienda que vienen con Windows son medios para consumir la informática, y no para producirla.

Hace una pausa y algo me distrae. En esta oficina, donde una *Mac Book Air* puede ser tratada como una herramienta obsoleta, hay un tambor. Es un instrumento rústico de madera y cuero, símbolo inequívoco de la *uruguayez*. Evan nota mi curiosidad.

—Es para mi hijo —dice—. Todavía no curé la lonja.

La frase, que en español neutro significa "todavía no le hice el tratamiento que necesita la lonja para que el tambor no se rompa al tocar", me sacude el oído. Evan, el gringo, soltó las palabras como si hubiera nacido en el corazón de la Ciudad Vieja.

Le sugiero que friegue ajo por el cuero y le pregunto cómo llegó a los tambores.

—Me invitaron a ver *La Melaza* (una Cuerda de candombe integrada solamente por mujeres) y me gustó. La primera oficina que tuve en Montevideo quedaba justo en la esquina desde donde sale la comparsa.

Lo miro, tratando de adivinar.

—¿Fuiste para conocer chicas?

—No, nada que ver. Me invitó mi esposa —dice.

Y se ríe con ganas, un chiste más de programadores y su relación con el sexo opuesto. Me pregunto cómo habrá sido Evan en la adolescencia.

—Cuando cumplí catorce ya era un programador hecho y derecho —me cuenta— y disfruté mucho de mis primeros hackeos. Hice una aplicación que instalé en el servidor de la escuela para que nadie pudiera escribir los nombres y apellidos de los directores.

Su carcajada me tienta.

—No entendieron el chiste y me suspendieron —dice—. A ellos no les pareció tan divertido como a mí —y se ríe otra vez—. Creo que ahí empecé a definir mi camino. Después de eso pasé menos tiempo haciendo hacking, en el sentido estereotipado de crackear servidores, y pasé más tiempo desarrollando aplicaciones. El hacking no solo es romper la seguridad para tener acceso, también es inventar cosas nuevas.

—Sigue estando mal vista la palabra —le digo—. Arrastra como un halo de maldad.

—Ya no... Facebook dice ser una empresa dirigida por hackers, o al menos con una cultura hacker de base. Está en su manifiesto, que se llama "The hacker way". El desarrollo y la calidad de lo que hacen tiene como base esa cultura, que implica jugar con la tecnología y desarrollar novedades. ¡Pero esto no es nuevo! Cuando Thomas Edison creó el teléfono también tenía una cultura de "vamos a entrar al laboratorio a jugar y ver qué podemos inventar". *Todo* está construido por hackers.

Lo dice con orgullo, se le nota mucho la vena freak. Aunque ya es un hombre casado, con dos hijos, mantiene el aspecto de actor secundario en *The Big Bang Theory*: pelo tirando a coloradón, largo pero atado, camiseta negra con logo al frente, anteojos contundentes, ropa un par de tallas más grandes, como la que usan los exgordos, y una forma de caminar que ni de lejos ni de cerca es de calle montevideana. ¿A qué me hace acordar ese ritmo aletargado cuando camina? Le pregunto, sin saber la razón, por sus épocas universitarias.

—Era un lugar muy especial —dice, y otra vez sonríe—. Yo hacía física, pero también diseño

de aplicaciones, historia de África; vos armabas tu carrera. En el posgrado, con algunos grupos de estudiantes activistas, luchábamos para tener más democracia en las facultades. Conocí mucha gente que participaba de diferentes movimientos sociales, hice amigos, encontré un grupo de ecologismo radical que se llama "Earth First" y vi que podía combinar la tecnología y el activismo. Ahí lancé un sitio que sigue existiendo, se llama Protest.net, hace ya trece años —dice, y pone cara de "cómo pasa el tiempo"—. Es un calendario de información donde hay talleres de activistas, marchas y protestas. Así encontré al grupo de gente que estaba armando Indymedia. De vez en cuando nos juntamos con mi socio y nuestro empleado y decidimos actualizar su diseño. Pero al final siempre nos ponemos a tomar cerveza y lo dejamos para después.

Y se ríe de nuevo, y otra vez me tiento. Pero ahora ya estamos más cerca del tema que me interesa: Twitter, eso que si fuera uruguayo sería su propia debacle, el estigma que lo marcaría de por vida. Evan acaba de nombrar Indymedia. Conozco esa historia. En esta parte de su vida Evan empieza convertirse al activismo radical. En 1999 se produjeron varias manifestaciones contra una cumbre muy famosa que la OMC celebraba en Seattle. Cien mil personas protestaron mediante sentadas y se enfrentaron con la policía para hacer fracasar la reunión. Anarcos, sindicalistas, profesionales de muchísimas ramas distintas, jóvenes, desclasados, ecologistas y miles de independientes provenientes de todos los sectores sociales. Uno de los puntos fuertes para el éxito de los manifestantes fue lograr una vía alternativa para comunicar lo que pasaba. Si eran reprimidos, debía saberse; si lograban avanzar, había que comunicarlo. Ahí nació Indymedia, un sitio de información independiente y alternativa. Ahí estaba Evan. Se pone contento cuando se lo recuerdo.

—¡Ah! —dice—. Lo de Seattle fue un éxito total, vimos que se podía tener un movimiento radical, desconectado del resto del mundo y que era posible usar tácticas de mucha concentración, de bloquear y hacer piquetes para impedir la Cumbre. Fue la gente en la calle, pero también ayudaron empresas, como los restaurantes que donaban comida para el movimiento. Vos no sabías de dónde, pero mientras estabas trabajando siempre te llegaba comida. Y los países del tercer mundo hicieron fuerza con su propia lucha adentro de la conferencia. Todo eso fue fenomenal. Allí surgieron muchos movimientos y la cosa empezó a crecer, al menos hasta el 11S. Hoy, en los Occupy, hay mucha de la misma gente: las estructuras y formas de organización son similares a las que teníamos en Seattle, con modelos de democracia de base. Mi tarea era encontrar la manera de usar la tecnología para enfrentar a los medios de comunicación. Cuando todo terminó, *The Economist* dijo que la reunión fue un desastre global. Un éxito.

Es curioso, me acaba de contar que estuvo en el centro de un hito histórico, que coordinó el movimiento de millones de personas, y su relato tuvo el mismo tono que cuando me contó la anécdota de la escuela: una orgullosa picardía.

Llegamos a su oficina. Hacemos algunas fotos para Orsai. Vuelve a reírse. Entonces me preparo para lo que vine. Ahora sí, sentados y tranquilos, vamos a hablar de Twitter.

—Después de Seattle vendí mi primera empresa —me dice Evan tras la sesión de fotos—, esta web que te contaba hace un rato, la del calendario de actividades comerciales. Con lo que cobré, que no fue mucha plata, me dio para viajar un poco. Estuve cuatro o cinco años andando por el mundo, apoyando a los grupos de Indymedia para que pudieran empezar. En 2001 participé de manifestaciones contra el Área de Libre Comercio de las Américas en Buenos Aires, pero también estuve en Cancún, en Praga, en todos lados. Todavía sigo vinculado a organizaciones, pero no tanto como antes. Sí doy muchos talleres sobre informática para los técnicos, pero me he metido más en movimientos de software libre y datos abiertos. Tengo dos hijos y no es tan fácil pasarse los meses viajando, durmiendo en el piso, guardado en la cárcel...

—Habláme de Twitter —lo interrumpo, ansioso, antes de que empiece a contarme historias de cárcel—. Por lo que sé, el presidente Bush tuvo bastante que ver con el inicio de la empresa.

—Claro. En 2004 la tarea de muchos de nosotros era evitar el segundo mandato de George W. Para ello debíamos crear las mejores vías de comunicación, era imprescindible que no se repitiera el fraude de la elección anterior; había que generar algo que reforzara el trabajo de Indymedia. Necesitábamos tener a todos los activistas permanentemente comunicados. Si surgía una noticia

CUBOX

o se cambiaba un lugar de concentración, todos debían saberlo lo antes posible. Estuvimos probando con el teléfono por internet, los mensajes de texto, y pensamos: ¿cómo podemos usar esto para el cambio social? Nuestro primer intento se llamó Textmob. Nos juntamos con una red de personas para trabajar en esa aplicación, que permitía mandar grupos de mensajes entre activistas, chequear las últimas novedades de Indymedia y mandar mensajes de voz a amigos y conocidos. Era un proyecto de podcasting. A pesar del esfuerzo, Bush ganó la batalla. Lo tuvimos como presidente cuatro años más.

—¿Textmob fue la prehistoria de Twitter?

—Algo así. En esa época una empresa llamada Odeo buscaba proyectos para desarrollar y decidí presentar alguno. Con un compañero de los que habíamos trabajado para Textmob pensamos que la aplicación se podía usar para algo más que manifestaciones. Le empezamos a dar vueltas al asunto. Surgieron mil cosas chiquitas que fueron cambiando la idea. Buscamos cómo hacerlo más fluido, cómo hacer un buen sistema de grupos, de seguidores...

—Followers...

—Exacto. Y ahí nació Twitter. Como inicialmente lo usaríamos vía mensajes de texto, planteamos mensajes en ciento cuarenta caracteres, porque los SMS permiten hasta ciento sesenta... Pero ese fue uno más de veinte proyectos que hicimos en la misma época, nunca pensé que fuera a tener tanto éxito.

—¿No creíste que Twitter fuera a funcionar?

—Era un proyecto con futuro y posibilidades, sí, pero yo estaba embarcado en un montón de cosas parecidas. Y además mi vida estaba cambiando...

— ¿Ahí conociste a tu mujer? —le pregunto y me siento como un reportero del corazón. Él sonríe otra vez, pero no con la sonrisa de siempre, sino con otra, un poco más empalagosa.

—Unos años antes había estado en contacto con una chica uruguaya, Gaba, que quería hacer la filial local de Indymedia. En 2001, cuando viajé a Buenos Aires para marchar contra el ALCA, nos vimos las caras por primera vez, nos enamoramos, y en 2003 nos instalamos en Montevideo. La situación no era la mejor, el país recién empezaba a salir de la peor crisis de su historia y justo Gaba quedó embarazada. Pensamos ir a España, pero lo descartamos porque queríamos hacer el parto en casa, y en España está prohibido. Fue acá, en Uruguay, cuando me enteré que la idea de los ciento cuarenta caracteres estaba triunfando.

—¿Cómo lo supiste?

—¡Leí un artículo en el diario *El Observador*! —dice, y otra vez larga la carcajada—. Me sorprendió que un diario en Uruguay hablara de Twitter.

Y ahí está otra vez Evan, con su sonrisa.

— Pero yo ya había vendido…

—¿Tus acciones de Twitter?

—Sí —me dice—. La verdad es que yo no quería seguir.

—¿Por qué?

—Mantener las acciones me hubiera llevado a hacer muchos trámites, papeleos con abogados... —cuando habla, parece desganado, no por pensar en el prestigio o en el dinero que perdió de facturar, sino por estar aburrido de explicarlo—, y te repito, el éxito no estaba asegurado. Realmente no estaba claro que las acciones fueran a tener algún valor...

Nos quedamos los dos en silencio. No parece haber ninguna herida en la que hurgar. Sonríe y me dice:

—No hace mucho estuve revisando los chats de esas semanas y recordé que estaba contentísimo el día que vendí. A mis socios les decía: "¡No tenemos que seguir trabajando en esta mierda, vamos a viajar, vamos a las montañas!".

—Y vendiste.

—Sí. En aquel momento las tasé en siete mil dólares, pero lo más probable, pensaba entonces, era que pasaran a valer cero en poco tiempo. Así que vendí en siete mil, saltando en una pata. Con la plata que me pagaron por las acciones de Twitter me compré una Volkswagen Parati y tuve mi road trip por California junto a Gaba, que ya estaba embarazada por segunda vez. Eso hizo que el viaje fuera corto. Después pasamos un mes viviendo en un barco anclado en la Bahía de San Francisco y finalmente cumplí mi palabra y abandoné la tierra de Bush.

Sonríe.

—Y entonces, Uruguay...

—Nos fuimos a vivir a Punta del Diablo, porque me gustó en las fotos que vi por internet.

Evan habla de un pueblo de pescadores de poco más de quinientos habitantes, a tres horas de Montevideo, ideal para desconectarse del mundo y descansar. Claro, todo paraíso tiene una contra: en verano explota de turistas que van a disfrutar del agua del Océano Atlántico.

—Después nos mudamos a Montevideo y nació nuestro segundo hijo. Creo que fue el primer parto en agua de Uruguay. Es más sano, da lugar a menos cesáreas. Ojo, es con parteras matriculadas, no es un caos.

¿De qué se ríe Evan?

—¿Nunca pensás en el dinero que perdiste de ganar? —le pregunto, pero sin morbo. Lo quiero saber de verdad. Me intriga qué puede pensar alguien que dejó de ganar lo suficiente para que pudieran vivir sin trabajar hasta sus bisnietos.

—Pocas veces pienso en eso —me dice—. Unos meses después de vender las acciones leí que la empresa ya valía dos millones de dólares, y no me preocupé. Cuando me dijeron que andaba por los doscientos millones, dije 'pah'. Y ahora, que vale diez mil millones… —hace una pausa y suelta otra carcajada—. Qué sé yo... Francamente, en ese momento fue la mejor decisión que podía tomar. Estaba feliz y lo estoy ahora. No tengo que trabajar en algo que no me gusta para ganar plata... Estaría bueno tener doscientos millones de dólares para abrir una fundación y respaldar proyectos abiertos y lindos para mejorar el mundo, pero no tocó.

En la casona montevideana donde funciona su empresa hay una mesa de ping-pong, una Wii, un helicóptero que se maneja a control remoto con el iPhone, un ajedrez, un tablero de básquetbol, varios cubos Rubik y dos pistolas que disparan dardos blandos de silicona.

—¿Estas son tuyas o de tus hijos?

—Mías. A ellos no los dejo jugar con armas —me dice, con cara de quien explica algo obvio.

La empresa de Evan funciona en una casa en el barrio Punta Carretas, una zona acomodada de Montevideo. Tiene tres pisos, escaleras de madera alfombradas, una estufa a leña que funciona con un leñero a gas, varios vitrales y un patio gigantesco. En la heladera hay bebidas light, energizantes, chocolatada y cubitos de hielo. Pero también tiene imanes que promocionan deliverys de empanadas, chivitos, milanesas y otras comidas rápidas. "El ambiente de trabajo tiene que ser cómodo, divertido —me dice—. Yo prefiero tener bebidas y comida más sana, no comprar cinco cajas de alfajores por semana. Acá siempre hay frutas por iniciativa mía, pero ellos quieren otras cosas".

Ellos son los empleados de Cubox, su empresa, que utilizan la oficina como lugar de esparcimiento con todo lo necesario para instalarse y trabajar a cambio de una remuneración más que digna. Trabajan allí dos polacos, un estadounidense y un danés, además de los uruguayos. El danés es el que más aprovecha las condiciones agradables de trabajo: está construyendo un catamarán en el sótano de la casa.

—¿Y cómo llegaste a esto? —le pregunto, abarcando con la mirada toda la casa.

—En mi primera estadía en Uruguay traté de organizar una cooperativa de outsourcing. Junté a un grupito de hackers uruguayos y les tiré una idea: yo usaba mis contactos para conseguir encargos de trabajo, ellos trabajaban, y las ganancias las repartíamos en partes iguales. Pero el proyecto naufragó... Nadie quería soltar un trabajo estable para lanzarse a la aventura. Pero en 2006 tuve revancha, ya instalado en Uruguay. Con Cubox fui yo, *el gringo*, el que asumió todo el riesgo —dice "el gringo" y se toca el pecho—. Cubox es menos cooperativa y más empresa, pero tiene varias particularidades. Si algún empleado es invitado a dar una charla en cualquier parte del mundo, nosotros pagamos el pasaje y el hotel. Si otro quiere estudiar, le pagamos los cursos. Hemos mandado gente a Japón, China, India, Estados Unidos y varios países más.

—Últimamente —le digo—, en la lucha contra las leyes Sopa y Pipa, la participación de Facebook, Twitter, Google y hasta Wikipedia fue explícita. ¿Creés realmente que alguna de ellas quiera generar un cambio social?

—Twitter y Google son dos empresas que están capacitadas, y quieren ayudar a los activistas a defender sus derechos y su privacidad. Facebook no. Tiene muchas cosas buenas pero no tiene una visión, desde la empresa, pro cambio social, pro activismo. En la primavera árabe Facebook no quiso ocultar los nombres de sus usuarios, mientras que Twitter sí; eso marca una diferencia cultural entre las empresas. Si alguien quiere llegar a cambiar un gobierno va a necesitar una forma de tecnología que esté por fuera de los controles estatales. Hay un montón de grupos tratando de desarrollar una tecnología que pueda usarse para colaborar entre personas que van contra un gobierno. Yo apoyo estos proyectos, creo que son muy importantes.

—Cuando ves que en la *primavera árabe* se usó Twitter, ¿sentís que pudiste aportar algo al cambio?

—Que la gente pueda usar Twitter como herramienta para la lucha es buenísimo. Nuestro primer prototipo no tenía la fuerza de una empresa con recursos para llegar a diferentes partes del mundo, pero ahora sí lo tiene y va a ayudar más al cambio social. La red no es responsable de las

manifestaciones. En los años cincuenta, los mineros bolivianos organizaron su revolución ocupando las estaciones de radio, que eran el medio de comunicación que tenía más fuerza en Bolivia. El centro de poder era la idea de comunicar. Internet hace esto más libre, mucha más gente puede participar y tener voz, y eso da otra fuerza.

—A pesar de eso, está el caso del servidor Megaupload...

—Megaupload no cumple con las leyes de copyright de Estados Unidos, que dice que en un caso de violación de derechos tenés que sacar el archivo rápido. Pero ellos no deben revisar tus archivos. Si la gente usa sus servicios para hacer piratería, es la gente la responsable y no el sitio. Lo que hace Megaupload no es tan distinto de lo que hace el resto de Silicon Valley, por eso no tengo claro cómo se resolverá el caso y mucho menos sus consecuencias. Todavía hay una lucha entre Silicon Valley y Hollywood por el poder. Tengo muchas esperanzas que Silicon Valley pueda vencer, porque no son unos pocos activistas sin fuerza, sino que hay industrias muy grandes detrás y Washington solo escucha el sonido del dinero. Al mundo del copyright, a Hollywood, le agradaría mucho que muriera internet para mantener sus viejos modelos de negocios.

—Nos queda Anonymous —le sugiero.

—Claro. Un buen estorbo para el poder... Anonymous no está mal: una red de hackers que empezó haciendo ataques en chiste —me dice— pero luego fue mutando su perfil, realizando acciones cada vez más grandes a favor de distintas causas sociales. Es un grupo que está pasando a ser mucho más político. Nadie sabe quiénes son ni cuán centralizados están. Tienen un grupo de chat y vos podés ir y participar de sus conversaciones. Su proceso de toma de decisiones es bastante transparente y democrático. Además, me llama la atención que la gran mayoría del grupo es muy joven: los más viejos andan por los veinte años... A veces temo por ellos, no sé si saben la fuerza que el Estado puede tirarles encima. Ellos están jugando, pero el Estado no juega.

—¿Y el futuro, entonces, cómo lo ves?

—Va a llegar un momento en que el concepto de estar offline va a desaparecer —me dice, pero sin entonación de gurú—. Ya hay proyectos de lentes de contacto que son como tener la pantalla de la computadora con vos. Nunca vas a ver el mundo a tu alrededor sin una pantalla. Esos dispositivos le ahorrarán trabajo y desgaste a la memoria de las personas. La información pasará de nuestra cabeza a las computadoras. No vas a poder caminar por una avenida sin saber los nombres de las personas que están a tu alrededor, porque tu lente de contacto podrá reconocer las caras y conectarte con los perfiles de las personas que pasan, y te dirá si fueron al mismo colegio, o cuánta gente tenés en común con cada uno.

Cuando termina la charla, Evan Henshaw-Plath me invita a recorrer la casa. Vamos al patio, que es enorme. Camina desgarbado, mitad hombre mitad adolescente, como en las comedias yanquis de campus universitarios. A eso se parece su forma de andar, descubro ahora. A un grandulón un poco friki que recorre los jardines de su universidad, con mil proyectos en la cabeza y todo el futuro por delante. Evan camina así. Da la impresión de que, en cualquier momento, llegará el capitán del equipo de béisbol y le romperá la cara de una trompada. ◣

Álvaro Carballo (Montevideo, 1974). Periodista y comunicador. Ha trabajado en numerosos medios de su país. Actualmente conduce *La noticia y su contexto* en TNU, el canal estatal uruguayo. Hizo guiones para ficciones radiales y tiene cuentos inéditos. @alcarballo

Fotografías: **Andrés Cuenca**

Uruguay de alta velociadad

El activismo juvenil con textos cortos no es de ahora —me dice Chiri— ¿Te acordás cuando nos mandábamos mensajes de pupitre a pupitre, a escondidas de la maestra? Yo creo que esa es la prehistoria de Twitter.

—No, eso como mucho es la prehistoria del chat —le digo—. Cuando éramos chicos, Twitter era escribir guarangadas en el baño.

—Y la señora de la limpieza era la ley SOPA.

—Gracioso —digo, pero sin risa. No me río cuando hablo con Chiri, porque tiene una conexión de mierda en su casa, y al menor jajaja fuerte se le corta internet.

—Nosotros en la secundaria fumábamos cuete, Evan hackeaba los servidores de su colegio. Fue un pionero.

—Una cosa no me cierra —le digo—. Cuando cuenta que, recién llegado a Uruguay, se juntó con un grupito de hackers uruguayos suena un poco raro, ¿no? Decir "hackers uruguayos" es medio un oxímoron.

—No te creas —salta Chiri, que se quiere ir a vivir a Uruguay y, desde entonces, defiende a los orientales a muerte—. Me cuenta Carballo...

—¿Celeste?

—No, Álvaro, el autor de la entrevista.

—Ajá.

—Me dice que hay una movida muy heavy de software... Uruguay está a la vanguardia del plan "one laptop per child", por ejemplo.

—¿Y eso qué es?

—No tengo idea —me dice Chiri—, pero suena a "una lapicera para Chile" o algo así... Me dice Álvaro que la percepción de los propios uruguayos es que son parte del cibermundo de manera activa, con una altísima tasa de conexión a la red. Ojo Jorgito... Los uruguayos no están tan alejados de Silicon Valley como podría parecer.

—Ojalá te vayas a vivir a Uruguay pronto, Christian Gustavo —le digo—, porque el wi-fi de tu casa deja mucho que desear.

—¡Esa es otra! Evan tiene la locura de trasladar las redes sociales a cualquier lado —me dice—. Antes de vivir en Montevideo estuvo con su familia en Punta del Diablo, un pueblo de pescadores de la costa uruguaya que en verano explota de turistas. Al principio se quejaba de eso, pero en marzo, cuando se fue todo el mundo, le resultó demasiado tranquilo y se instaló en Montevideo. De todas maneras conservó su casa de la playa. Y ahora parece que está armando una red social de intercambio de casas a través de Facebook.

—Eso está muy bueno.

—Es posible que en algún momento te hospedes en la casa de Evan y él pase una temporada en Sant Celoni y se haga amigo de tus suegros.

—Cómo cambia el mundo, ¿no? En la entrevista Evan dice que todavía sigue la lucha entre Silicon Valley y Hollywood por el poder. Es interesante esa visión de la guerra. Para él no es mundo viejo versus mundo nuevo. Es la empresa moderna contra la industria enquistada.

—El otro día leí en Alt1040 que gracias al bloqueo del gobierno británico a The Pirate Bay el tráfico del sitio explotó con doce millones más de visitas. The Pirate Bay aprovechó la publicidad gratuita en los medios tradicionales (la BBC y The Guardian, por ejemplo) para educar al soberano en el arte del samizdat. Es decir: la habilidad popular para evadir la censura gubernamental.

—¿Vos sabés si Evan Henshaw-Plath usa Twitter? —le pregunto.

—Por supuesto. Podés seguir sus aventuras en @rabble. El tipo se presenta como anarchist, ruby hacker, trouble maker. Y escribe cosas como esta: "Me las arreglé para adaptar el tambor de candombe dentro del bolso en el vuelo de regreso a Estados Unidos". Es un mensaje del primero de mayo.

—¡Ah, es un campeón! —digo, entrando a su página—. Tiene casi diez mil seguidores. Y escribe en un blog que se llama Anarchogeek.com. Escuchá: "Uruguay es un lugar muy bonito, un país que mucha gente ignora que existe en América del Sur".

—Que no escriba mucho esta cosas —dice Chiri, preocupado—. No estaría bueno que se me llene de gringos el paisito, justo antes de que me vaya a vivir ahí.

—¡Ja!

—...

—¿Chiri?

—...

—¿Estás?

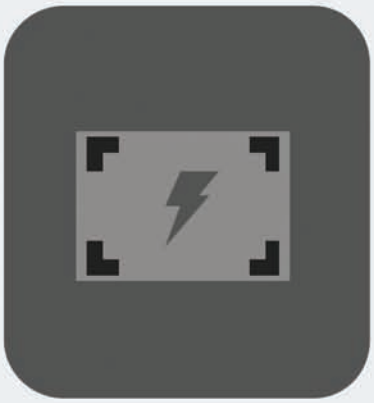
—... ◣

Las Leyes de Murphy de YouTube

El video siempre se detendrá justo en la parte más importante.

Entre más prisa tengas, más tardará el video en cargar.

Si el video puede estar restringido en tu país, estará restringido.



El video no cargará si amplías la pantalla, aun cuando ya estaba cargado.

El video que justo querías ver, resulta ser una broma.

Si el objetivo de tu video era volverse viral, no lo hará.

VIDA DE PERROS

Mi perro Mèl posando, con nobleza, sobre mi cama en Barcelona. 2012 (Andreu Buenafuente)

El perro de Andreu Buenafuente se llama Mèl. Es un setter irlandés sobrio, elegante y silencioso. Su dueño lo quiere, lo lleva a pasear y le saca fotos lindísimas, pero en lo más profundo de su corazón lo envidia mucho. El porqué, en estas páginas.

No sé como lo hará el resto de la gente, pero yo necesito muy a menudo desconectar, irme, desaparecer un poco, hacer algo que me impida pensar en círculos, en la crisis, en el dinero, en ese futuro poblado de oscuros nubarrones que todos se empeñan en pronosticar. Como decía Manolo García, necesito tomarme *vacaciones de mí mismo*. La tarea no es nada fácil y los aliados son más bien escasos. Aquí es cuando entra en escena mi perro Mèl. Él es mi excusa, mi escudero, mi fiel y silencioso amigo que me mira dos veces al día como preguntando ¿vamos? No hace falta que le diga nada. Solo con coger las llaves de casa empieza a dar saltos de alegría. Mèl es un setter irlandés noble, trota en lugar de andar, luce un pelo largo rojizo y genera siempre la misma pregunta entre los transeúntes a su paso: "¿De qué raza es?". "Es un setter irlandés". Luego vienen palabras bonitas como "es precioso" o "nunca había visto un perro tan elegante". Y un buen intercambio de información a menudo prescindible. "Yo tenía un Beagle. Son muy nerviosos, muy difíciles y se escapan todo el rato.". "Claro…"

Los paseantes de perros acaban conociéndose todos, tarde o temprano. Puede que queden mañana a la misma hora, y entonces se crean curiosos vínculos de amistad superficial que, sin embargo, son ideales para las confidencias a la luz de las farolas. Mientras tanto, los animales mueven sus colas y esprintan a poca distancia. Existen estudios que indican lo mucho que se liga sacando el perro a pasear (en Argentina, lo mucho que se *levanta*). Hay estudios que nos confirman lo solos que estamos y las escasas ocasiones que tenemos para socializar en cuerpo presente. Mèl no se entera de todo esto. Incluso parece que le trae sin cuidado todo lo que digamos o dejemos de decir. Él ha salido a corretear, a oler traseros ajenos, a traerme palos para que se los lance millones de veces… Él trabaja de eso, es decir de nada. No conoce ni conocerá el concepto del trabajo tal como nosotros lo hemos inventado. Tampoco se pierde gran cosa. El concepto del trabajo se hunde en los abismos de nuestro confuso origen como raza y sigue sin estar muy clara su autoría. Estaría muy bien ponerle cara, nombre y apellidos al lumbreras que tuvo la genial idea de *trabajar*. La Biblia quiso quedarse con la propiedad intelectual y lo hizo. Y lo empeoró, reforzándolo con un tono de maldición y amenaza en sus escrituras, para que lo recordáramos grabado a fuego para siempre. "Ganarás el pan con el sudor de tu frente." ¡Hay que ver la mala ostia! ¡Qué manera más abrupta de disolver el paraíso! Con lo bien que estábamos en ese *resort* primigenio, rodeados de naturaleza, alimentos, agua, preocupándonos tan solo de no hacer caso a las serpientes que hablaran. Pero tuvimos que cagarla. Porque, claro, Dios no dijo: "mira tú, ves tirando, no te metas en líos y por si acaso trabaja un poco, más que nada por no estropearte con tanto hedonismo. Pero, vamos, que tampoco te mates demasiado trabajando, ya que al final la pasta la tienen los de siempre y no sirve de nada ser el más rico del cementerio".

Eso hubiera estado bien, lo hubiéramos entendido en lugar de abocarnos a una eternidad de sudores y de pan duro como único futuro posible. Una vida condenada a los despertadores y a los jefes estúpidos. A trenes repletos envasados al vacío existencial, a los atascos, al concepto "hora punta", que es una lanza traidora que se nos clava en el costado de la felicidad. Si tienes mucho trabajo te quejas, y si te atrapa la zarpa del paro también. ¡Maldito trabajo, lo cojas por donde lo cojas! Por eso, y por mucho más, admiro mucho a mi perro. Creo que a veces incluso me siento algo celoso de

su estilo de vida basado en dormir, correr, comer y cagar. Esos son los pilares sobre los que se basa su existencia, su día a día. No tiene objetivos, desconoce la medición del tiempo y, según se ha sabido, eso le permite ser más feliz, porque no tiene añoranza ni sentimientos encontrados. No puede amar y odiar a la vez, de manera que se ahorra los farragosos debates internos con los que nos fustigamos las personas. Un perro te quiere y te sigue a todos lados o te evita sin contemplaciones porque no le caes bien. Así de fácil. Blanco o negro. ¡Qué buena salud mental!

Un perro no sabe, por ejemplo, el tiempo que ha estado solo durante tu ausencia. No lleva un reloj de muñeca atado a su pata, y si lo llevara —hay complementos caninos delirantes— no sabría interpretarlo. Tú, en cambio, crees que sí, que identifica y sufre la soledad como un poeta atormentado mirando por la ventana en un día lluvioso. Por eso estás en una cena aparentando comodidad, pero en realidad piensas en el pobre perro que está solo en una casa vacía y a oscuras. Quizás inventes una excusa como que mañana madrugas para poder irte antes, pobre perro ¿Pobre? Estás equivocado como casi siempre. Tu perro, ajeno a tus elucubraciones, estará tumbado sobre el mejor sofá de la casa todo lo largo que es y, si se trata de un ejemplar pequeñito y nervioso, quizás esté destrozando tus altavoces, mordiendo la espuma y esparciendo micropartículas esponjosas por toda la casa. Eso le pasó a un amigo mío y me lo contó con lágrimas en los ojos. Nunca supe si eran lágrimas de pena o de alegría. El caso es que cuando llegues a tu domicilio, él estará muy contento al verte de nuevo y no entenderá la bronca que le pegas, porque no se acordará de lo que ha hecho ni del tiempo invertido en la masacre. No tiene conciencia del pasado, solo vive el presente. ¿Entienden ahora lo de envidiar a los perros? Ellos lo intuyen, así que cuando te pones a su altura y juegas a cuatro patas tirándote por el suelo, quizá piensen con un cierto desdén: "Mira, un humano que está dejando de serlo. Vas bien chico, vas bien. Le pones ganas…".

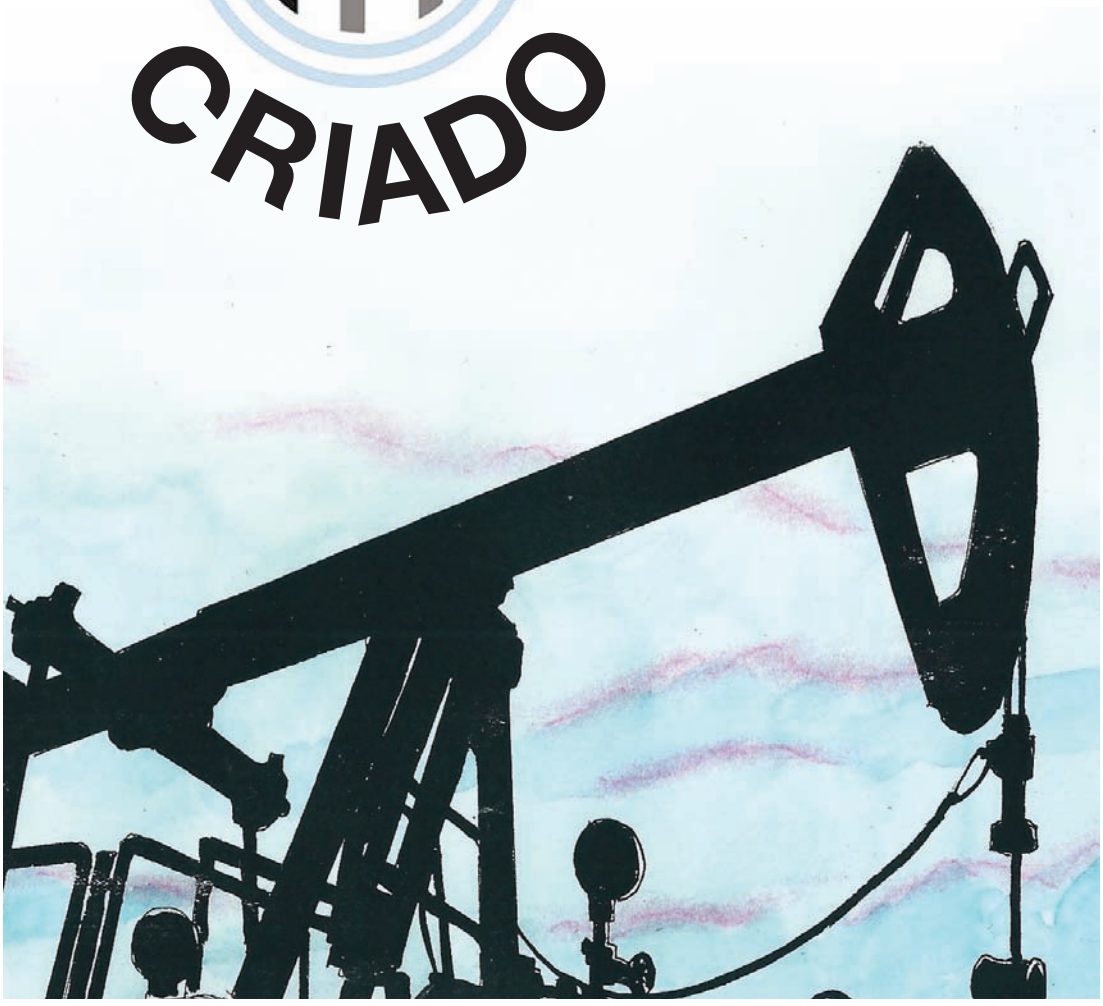
Pero abandonar nuestra condición no es fácil, por no decir que es imposible. Hay demasiada gente pendiente de nosotros. Demasiadas normas, todo eso que hemos venido a llamar convivencia, urbanidad, buenos modales o educación. En virtud de esos protocolos heredados y absurdos, nosotros sabemos que hay que ir al baño para hacer nuestras necesidades. Y luego tirar de la cadena. No podemos mostrarle nuestros dientes o gruñir a las visitas inesperadas. Ese tipo de gente que dice no haber llamado antes porque no tenía previsto pasar. No quedaría bien morderles los bajos de los pantalones si es que no han captado lo de que no son bienvenidos. No podemos alzar la pierna y orinar sobre el coche nuevo de nuestro odioso vecino cuando nos explica lo caro que es y cuánta potencia tiene. No podemos tirarnos al suelo, en ese rincón especialmente fresco de la casa, por el mero hecho de estar a gusto, obligando a todo el mundo a pasar por encima nuestro con sumo cuidado. No podemos hurgar en la ropa sucia y salir corriendo con unas bragas en nuestra boca provocando la histeria a nuestro alrededor. No está bien que escondamos la comida que nos sobra en el jardín para cuando tengamos un poco más de hambre. Si vamos por la calle y nuestra esposa nos llama, no podemos mirarla y echar a correr en dirección contraria porque hemos detectado otra hembra un poco más lejos. Todo eso no podemos hacerlo. Bueno, podríamos hacerlo, pero lo más seguro es que vendrían a buscarnos unos hombres vestidos con bata blanca y nos pondrían una camisa muy incómoda. También nos administrarían unos sedantes, nos trasladarían a un centro especializado y un señor muy serio nos preguntaría si hemos estado trabajando demasiado últimamente. De nada serviría que pusiéramos a nuestro perro como ejemplo, que gritáramos desnudos que queremos ser como él y que somos libres. No se engañen. No somos libres. Ellos sí lo son. Como dice mi amigo, el cómico Godoy, su perro es muy listo y muy libre. "Tú le dices, ¿vienes o no vienes? y él, viene o no viene." Ellos deciden en cada momento lo que quieren hacer.

Le tengo dicho a Mèl que no quiero que suba a nuestra cama. No quiero que llene de barro y de pelos la colcha, pero este es un tema en el que no hemos llegado a un acuerdo. Lo sigue haciendo como el primer día y no veo un atisbo de remordimiento en su cara. Su cara es impasible, como de noble arruinado que mantiene su porte ajeno a todo. Muy serio. Yo diría que se parece a David Niven y, por descontado, no es español. Es de un país extranjero, donde todos van desnudos, no hablan ningún idioma, ni tienen ídolos, ni banderas, ni gobierno, ni impuestos. Mi perro viene del paraíso.

NACIDO YPF CRIADO

Por **Gabriel Dalla Torre**

Ilustra **Horacio Altuna**



Mientras cerrábamos esta edición de Orsai explotó el conflicto: el gobierno argentino expropió las acciones de Repsol en YPF y renacionalizó la empresa de hidrocarburos. Entre las amenazas españolas de represalias y la envalentonada respuesta argentina, buscamos una manera de explicar la historia desde un lugar menos ansioso y coyuntural. Puede decirse que la literatura no es un buen modo de contar la realidad. Pero una vez, en un lejano país, un niño nació y creció entre tanques de combustible.

Porque la niñez es la que encuentra la fuente de la melancolía, y para conocer la tristeza de ciudades tan gloriosas y radiantes es preciso haber sido niño en ellas.

Walter Benjamin

La primera palabra que pude leer fue YPF.

Esas tres letras estiradas y brutales dentro del círculo celeste y blanco estampado en el lateral de un gigantesco tanque cilíndrico de almacenamiento.

Es 1982, tengo cinco años y vivo en Cañadón Seco, Santa Cruz, en uno de los tantos campamentos para empleados de YPF que existen en el país; es un sitio absolutamente inhóspito y frío, lleno de viento. Tanto, que la señora chilena que nos cuida por las tardes pone la música a todo volumen para no sentir el viento afuera. El ruido del viento.

Mi vida se divide entre el desplazamiento y el encierro. Estamos aislados de cualquier centro urbano, por eso andamos mucho en camionetas, pero también aislados de la familia, de mis abuelos y tíos. Todos los veranos nos desplazamos por la Patagonia para visitarlos; primero vamos hasta Bahía Blanca, sobre el Atlántico, y después a Neuquén, sobre la Cordillera de los Andes. El viaje en auto por el medio de la nada es lo habitual; afuera, los postes de luz que pasan en el paisaje sin horizonte de la Patagonia argentina. A temprana edad ya he recorrido gran parte del interior del país, todo lo veo desde la ventanilla de atrás.

El encierro es por el frío de Santa Cruz, paso mucho tiempo adentro mirando las historietas de Disney y soñando con andar en bicicleta un día de sol.

Leo las siglas YPF en una chapita en la estufa de la casa que habitamos, en la puerta de la camioneta que maneja mi papá, en cada pupitre de la escuela, en los ceniceros, en las camperas verdes, en la cuna transparente donde pasa sus primeras horas mi hermana, en las novedosas escarapelas adhesivas que llevaré sobre los guardapolvos blancos, en las hojas que uso para dibujar. Hojas densas y de un blanco intenso; pilas y pilas de papel —una tira infinita, de un lado el blanco, del otro líneas y curvas para medir el desempeño del pozo— que la empresa desecha y yo recupero.

YPF en todos lados, dentro del círculo celeste y blanco.

Cuando leo por primera vez voy en una camioneta con mi madre, toda la camioneta le queda grande, igual a mí. Pregunto: ¿ahí dice YPF? Sí, me sonríe. ¿Y qué quiere decir YPF? Y soy como Mafalda preguntando qué es la filosofía.

Mi mamá responde algo que definirá mi relación con el lenguaje y la lectura para siempre. "YPF es una palabra que tiene otras palabras adentro", dice mientras nos detenemos para dar paso a un tren lleno de carbón.

Me hundo en la confusión. Muñecas rusas de palabras. Mi mamá extiende la explicación: *Yacimientos Petrolíferos Fiscales*. Menos entiendo.

¿Pero qué es YPF?, insisto.

Y mi mamá mira hacia afuera, sobre ambos lados de la ruta que nos lleva al campamento de Cañadón Seco, los gatos de bombeo suben y bajan en medio del paisaje quieto, con el movimiento hipnótico y triste de los objetos que nunca descan-

san. Eso es YPF, me dice. Y las hojas donde dibujo y las camionetas y la escuela.

Es difícil definirlo todo.

YPF es su trabajo, pero es también el cine donde voy todos los sábados a la tarde a ver continuados, son los traslados imprevistos, las manchas de aceite en las manos. Es una geografía y un lenguaje.

Esa noche llegamos al campamento y nos espera una tarea de lo más extraña. Mi hermano mayor, con la oreja pegada a la radio, arma maquetas de aviones. Nosotros recortamos hojas de papel marrón en cuadrados y hacemos una pequeña hendija en el medio, después pegamos esa hoja en los faroles de la camioneta de la empresa. Lo mismo hacen los vecinos y todos los habitantes del campamento.

Es abril de 1982, Galtieri pretende recuperar las Malvinas y comienza una guerra que casi todos parecen apoyar. Hay que cubrir todas las ventanas. En la escuela hacemos simulacros, una vez al día terminamos debajo de los pupitres, esperando lo peor.

He visto, o recuerdo haber visto, camiones del ejército con techos de lona verde y soldados sentados en la parte de atrás. Dicen que desde los camiones a veces caen papelitos embollados, mensajes de los soldados pidiendo que avisen a sus familias, tirando botellas al mar.

La guerra no me resulta algo lejano, no es algo que pasa en el culo del mundo. La guerra ocurre acá a la vuelta, mientras aprendo a leer, mientras tomo conciencia de ese monstruo tentacular que es YPF. Comparto habitación con mi hermano, esa noche me cuenta muy serio que los ingleses no tienen escrúpulos, que son capaces de bombardear los pozos de petróleo, y los tanques, para que los argentinos nos quedemos sin combustible y así perdamos la guerra. Me imagino un tanque de guerra enfrentado a un taque de almacenamiento, y aviones que tapan el cielo. El combustible es todo, es el motor del mundo. También es el motor de la guerra en esas islas. Todo puede estallar en cualquier momento.

No necesito que me recuerden que dentro, o detrás de todo, está el petróleo.

La historia oficial del petróleo en la Argentina no empieza con el primer hombre que perforó la tierra en busca de restos orgánicos mezclados con gases y sin oxígeno y que refinados adecuadamente otorgan energía a las máquinas inventadas por otros hombres. No. Más bien empieza con la pregunta sobre la *propiedad* de esa materia extraña.

A más de cien años del descubrimiento de petróleo en suelo argentino, los dilemas son los mismos: explotación privada o monopolio estatal, dominio provincial o dominio federal, palabras que ahora vuelven a ocupar los titulares de los diarios. Esta vez el enemigo de lo nacional es España en la forma de Repsol, antes fueron los ferrocarriles ingleses, la Standard Oil y tantos más.

Es trece de diciembre de 1907, una cuadrilla de hombres extrae petróleo en Comodoro Rivadavia y la historia oficial del petróleo elige esa fecha falsa para marcar el inicio de todo. Como si fuera tan simple: encontrar petróleo no significa poder comercializarlo.

El verdadero origen de la industria petrolera argentina le corresponde a la Compañía Mendocina Explotadora de Petróleo, creada y conducida por Carlos Fader, padre del reconocido artista plástico Fernando Fader.

Es el año 1887. Después de recorrer Europa con una muestra de petróleo argentino y confirmar sus ideas, Carlos Fader, junto a otros con nombres de calle, perforan los primeros cuatro pozos en Cacheuta. Uno de los motivos de la falta de éxito de su empresa es atribuida a la actitud de los ferrocarriles ingleses, que pusieron todas las trabas posibles al traslado de crudo hacia las zonas urbanas. El primer indicio de una supuesta conspiración extranjera contra el desarrollo del petróleo local ya se encontraba aun antes de poder explotar el petróleo.

Las peleas de Carlos Fader con los ferrocarriles ingleses continuarían con las peleas de Huergo y Mosconi contra la Standard Oil y contra los militares. Y continúan hoy. Las leímos el mes pasado en los medios nacionales y extranjeros.

Tuve noción de esta problemática desde muy chico, cuando vi por primera vez los Beverly Ricos.

Mi abuela materna contaba que, allá por los años treinta, su madre le decía que lo mejor que podía hacer una chica era casarse con un ferroviario. De esa forma se aseguraba no solo un porvenir,

una cobertura en caso de quedar desamparada, sino también un modo de vida. Los ferrocarriles representaban para aquella generación lo que YPF para la siguiente. A mi madre le tocó escuchar: "lo mejor que podés hacer es casarte con un ypefiano". Por los mismos motivos. Ambas actividades cristalizaban la idea de progreso, de lo seguro, de lo permanente. Mi abuela no se casó con un ferroviario, se casó con un trabajador de la Junta de Granos, un organismo creado por Perón que tuvo un destino similar al de YPF. En cambio, mi madre sí se casó con un ypefiano. Y se hizo ypefiana ella también.

Es 1974, mis padres viajan en una camioneta por la ruta 22 que divide Zapala de Neuquén. Delante de ellos un camión con acoplado transporta la que será su futura casa: un chalecito nuevo y brillante de color verde. Las casas del Campamento Plaza Huincul, Neuquén, son construidas en Comodoro Rivadavia, Chubut, y trasladadas a través de toda la Patagonia para ser depositadas sobre unos pilares, junto a otras casas idénticas; un gesto absolutamente estatal. Los pueblos ypefianos son el sueño de Stephen King. Pequeños poblados a merced del clima y del campo, habitados por jóvenes varones solteros, por espíritus aislados, y ociosas amas de casa detrás de las ventanas.

Siempre me pareció muy adecuado llamar campamentos a esos caseríos: de alguna forma se respetaba esa condición nómade o intercambiable que teníamos sus habitantes.

Este campamento es un mundo en sí mismo y además tiene sucursales en todo el país. Así, las familias ypefianas se mudan desde el frío del sur al calor del norte manteniendo la identidad de su forma de vida.

Desde el momento mismo de su creación, en 1922, YPF instaló sus pozos a lo largo del interior del país. Organizados como puestos de campaña, como conquistadores frente a terrenos vírgenes, los sitios donde la exploración era exitosa se convertían en campamentos que, con el tiempo, demandaban una infraestructura para los trabajadores y las autoridades. El campamento es un espacio mixto donde el trabajo y la familia son lo mismo. Un mundo de tíos. Cualquier vecino, cualquier compañero de trabajo de mis padres es un tío para mí.

El campamento de Plaza Huincul tenía de todo: hospital, cine, negocios, escuela, escuela diferencial, iglesia con cura tercermundista; había ahí un reclinatorio especial de terciopelo para el administrador del campamento, una figura que en ocasiones superaba, en poder, al intendente mismo.

Solo un edificio de chapa se aparta del caserío, del otro lado de la ruta: son *las chicas*; ellas también trabajan para YPF, para el país.

La tarea del geólogo era una tarea de machos, de aventureros rudos. Aunque para encontrar petróleo, además de entrenamiento, hay que tener imaginación, poder de deducción, la capacidad de

seguir las pistas que ofrece el suelo. Las mujeres no iban a los pozos, no estaban en condiciones.

Alberto Landoni, uno de los primeros administradores de Plaza Huincul, cuenta en su autobiografía una colorida descripción de la vida en los campamentos en los años veinte, incluyendo la organización —con el aval de Mosconi— de una *casa de visitas* que dependía de la administración y donde los empleados podían acceder a los favores de "cinco pupilas chilenas".

Es 1975, mi madre ingresa a YPF en el área de exploración, es la única mujer en la oficina. Concurre al hospital para hacerse los estudios médicos y comparte la fila con las prostitutas que todos los lunes llegan para revisarse, para obtener su carné de salud. Después ellas cruzan la ruta, vuelven a su casa de chapa, a sus puestos de trabajo.

Entre los relatos de mi infancia se encuentra primero, como una animación psicodélica, la formación de las cuencas petroleras de donde nosotros extraíamos el petróleo: un ballet de suelos que suben y bajan, de mesetas que al elevarse crean depósitos, de cordilleras que se alzan. En mi educación la tierra siempre estuvo presente, como una existencia metafísica.

Es 1984, tenemos un nuevo destino: Mendoza. Mi tercera provincia en ocho años de vida. El auto se desliza nuevamente por las rutas argentinas cargando a toda la familia, postes de luz que pasan, plantaciones de vid que se suceden perpendiculares a la ruta.

A diferencia del campamento anterior, este queda ubicado frente a la Destilería de Luján de Cuyo. Aquí se hace todo el proceso: se busca el crudo, se extrae, se refina y se envía listo para ser usado.

La Destilería emerge como una ciudad del futuro envuelta en ductos hirvientes y tanques y vapor, una tierra extraña y viva, cenicienta. Frente a ese engendro siniestro y misterioso que todas las mañanas devora a nuestros padres, se alza el Barrio Destilería YPF, mi último destino como miembro de la familia estatal.

No hay escuela, no hay comercios, no hay cine; hay un club, casas y mucho campo.

En el barrio se vive un ambiente de extraño cosmopolitismo, todos vienen de lugares alejados del país, hay convivencia de acentos y costumbres.

Despertaré tempranísimo el resto de mi vida escolar, porque hay un viaje de cuarenta kilómetros hasta el colegio. Despertaré en la oscuridad para oír ese ruido blanco, casi subacuático, que sale desde la Destilería y no cesa hasta convertirse en paisaje. Cada mañana, lo primero que veo desde mi ventana es una torre altísima de metal que en su punta exhibe una llamarada enorme, incesante. Se dice entre los niños que si ese fuego se apaga estamos en problemas.

Mendoza es zona sísmica, apenas llego al nuevo colegio realizamos simulacros, terminamos todos debajo de los pupitres nuevamente. Yo siento que Malvinas me ha seguido a Mendoza. No me adapto. Un día me envían al gabinete psicopedagógico, me piden un dibujo de mi familia, dibujo a mis padres, a mis hermanos, a mí, de fondo una torre de petróleo y tres gotas negras que saltan. Así son todos mis dibujos de una familia.

Es 1985, hace una semana que pasó el terremoto que ha dejado a mucha gente sin casa.

Una noche de verano algo parece explotar en las cercanías, es un ruido retumbado y cerrado, todo vuelve a temblar un poco. Eso le pasa a uno cuando decide vivir frente a una destilería.

En ocasiones, en medio de cualquier actividad cotidiana, a cualquier hora, sonaba una sirena; empezaba como un zumbido que solo los perros detectaban y subía hasta alcanzar un tono de terror. Significaba una cosa: que algo andaba mal en la Destilería y que todos los padres tenían que salir urgente, así como estaban, a solucionar el problema.

Las camionetas aceleradas parten en fila, cargadas de hombres mitad vestidos y mitad dormidos, acuciados, como héroes en piyamas. El Barrio Destilería YPF se transforma en el reflejo invertido de un barco que naufraga, donde los que huyen primero son los hombres, dejando solos a mujeres y niños. Las madres continúan sus actividades cotidianas pero en sus miradas habita una lentitud de respuesta, como si sus mentes estuvieran quietas en otro lado.

Después de una hora, generalmente, los padres volvían relajados y felices de estar vivos. Pero esta vez es más grave, pasa el tiempo y no vuelve ni un solo padre, ni un solo esposo; hay agitación. Se empiezan a cargar autos con pertenencias, a armar bolsos; la tragedia ya es inminente cuando todos los vecinos salen a la calle como zombis y

BARRIO
DESTILERIA
YPF

miran alelados hacia la inmensa mole de metal y vapor que nos enfrenta.

Finalmente vuelven, sanos y sonrientes. Hay un pequeño espacio de festejo, nunca sabremos qué tan cerca estuvimos. Nunca sabremos con certeza qué hacían esos hombres en aquellos momentos álgidos; en mi imaginación todos giran palancas, chequean medidores, hasta que uno logra tapar una válvula y todo vuelve a la normalidad.

Al día siguiente, de viaje al colegio, notamos que uno de los tanques de reserva ha implosionado: es como una caja de cartón reventada, apenas mantiene su estructura en pie. En el colegio, las caras sonrientes de las maestras y directivos y compañeros se nutren de no saber que todos podríamos haber volado la noche anterior.

El ejército misterioso de hombres en overol azul desarma y reemplaza ese tanque por uno nuevo, vuelven a pintar el logo de YPF y reponen la escalera. El nuevo tanque es ligeramente distinto. Cada vez que paso por ahí veo ese tanque irregular en medio de los otros, exhibiendo, con su diferencia, una amenaza.

Dos días después recibimos la visita del único famoso que conocí en mi infancia. El presidente Raúl Alfonsín elige ese tanque, acaso por ser el más nuevo, y posa al lado del logo irregular, ignorante del peligro que representa el objeto.

"Hoy, si un nuevo conflicto nos aislara del mundo, tendríamos combustible de excelente clase y en suficiente cantidad para todas las necesidades de la vida industrial y social argentina. YPF, en la emergencia, pondría en juego el poder de sus reservas."

"La Nación propulsándose a sí misma."

YPF, Órgano de Impulsión. (Folleto publicado por YPF en 1934.)

"Informes sobre el personal. El señor administrador se servirá informar con la mayor premura y en carácter 'estrictamente reservado' si entre el personal que presta servicios en los distintos sectores de esa administración existen empleados u obreros cuya conducta haya dado lugar —pese a la ausencia de antecedentes concretos— a que se les considere con alguna reserva en cuanto a que su ideología político-social se oriente a la extrema

izquierda. En caso afirmativo deberá elevarse una lista por duplicado de dichas personas con especificación de: domicilio, profesión, datos personales, mención de los documentos de identidad, puesto que desempeñan en esa administración y una reseña de los motivos en que se fundan esas reservas."

(Carta enviada en 1944 al administrador de YPF en Plaza Huincul por parte de las Fuerzas Armadas. *Historia del Petróleo en la Argentina*, Nicolás Gadano.)

YPF era un Estado dentro del Estado. Un Estado que tanto podía salvarnos de una invasión como podía volverse contra nosotros.

Conocí a María Domínguez en los años noventa, ella militaba en HIJOS (Hijos por la Identidad la Justicia contra el Olvido y el Silencio; más muñecas rusas de palabras) y yo tenía muchos amigos ahí; durante una charla la oí decir que, de chica, ella nunca compraba útiles escolares. Adiviné que era de las mías, los bolsones con útiles escolares les llegaban a todos los niños ypefianos puntualmente, unas semanas antes del inicio de clases. Además de HIJA, María también es hija y nieta de ypefianos. Sus padres habían entrado a la empresa en los setenta, un poco beneficiados por la sangre ypefiana heredada a su vez de sus padres, y se habían enamorado también en la empresa, en esos pasillos relucientes de la sede central.

YPF existía en todo el país pero, como Dios, atendía en Buenos Aires. El edificio de la antigua sede central, que queda en Sáenz Peña 777, a pasos del centro simbólico del país, se yergue como una mole imponente de mármol blanco; el estilo monumentalista sugiere esa ilusión de permanencia que reinaba en los años cuarenta.

Es 1977, Adriana Schwer está embarazada (de mi amiga María) y camina nerviosa por el hall de un cine porteño donde ha quedado en juntarse con su esposo Jorge. Él milita en la Juventud Peronista y está en el gremio, ambos tienen menos de veinticinco años. Él nunca llega, ella nunca más lo verá, mi amiga María no conocerá a su padre; desde ese día Jorge Pablo Domínguez pasará a formar parte de las listas de desaparecidos. Adriana acude a su padre, el abuelo materno de María, Francis John Schwer, gerente y trabajador ypefiano de alma. Francis viene teniendo problemas con los militares desde el segundo mismo en que la empresa fue intervenida; ese momento marca el inicio de la debacle.

Francis remueve cielo y tierra buscando a su yerno y a la vez mantiene una relación tensa con los nuevos directivos en la empresa. Una tarde de octubre suena el timbre de su casa, Francis abre y una ráfaga de tiros lo alcanza y lo deja sin vida. La noticia queda registrada en los diarios de la época como un atentado terrorista más contra un funcionario del Estado.

Para los ypefianos el mundo esta lleno de magdalenas proustianas. Cada vez que María pasa frente al edificio de la calle Sáenz Peña y ve las tres letras doradas enormes no lo puede evitar, algo la invade.

YPF tuvo, y tiene, relaciones bipolares con los dos partidos políticos argentinos tradicionales que han gobernado el país, pero de lo que nunca pudo recuperarse fue de las políticas implementadas después de la intervención militar de 1976. Las políticas neoliberales de Martínez de Hoz abrirán las primeras grietas en la estructura; de la destrucción total se encargarán algunos funcionarios democráticos, en los noventa.

YPF es la ciudad gloriosa y brillante en la que yo fui niño.

En los noventa ocurre la invasión definitiva y una nada atroz comienza a ocuparlo todo.

Una nada encabezada por Carlos Menem.

Es 1993 y los síntomas de decadencia en el Barrio Destilería YPF ya son muy profundos. Ha desaparecido ese ejército misterioso que arreglaba cada falla, hay pozos en las calles, la plaza es un yuyerío abandonado, el alumbrado falla intermitentemente, a veces encontramos caballos vagando por las calles del barrio.

Es el último verano. Con un grupo de amigos sobrevivientes, y adolescentes, mantenemos en funcionamiento la pileta olímpica, nos bañamos en las noches. Todos esos sitios que estaban prohibidos para nosotros (el sector privado de almacenamiento, los talleres) ahora están abandonados y sirven para refugio de nuestro aburrimiento. La mitad de las casas han sido abandonadas, y luego vandalizadas por nosotros mismos. Los adultos andan como perdidos: una tarde veo a un hombre de bigotes llorando, de pie, junto a una caseta de seguridad.

En el resto del país la situación se reproduce en cada campamento: en Mosconi, en Plaza Huincul, en Cañadón Seco... Comienzan los despidos masivos primero y la flexibilización laboral después.

De ahí en más, el borramiento de los pueblos y ciudades que nacieron a la orilla de los pozos petroleros fue certero. El Barrio Destilería YPF fue demolido, la pileta olímpica rellenada con tierra; aún se alzan las ruinas frente al ruido y al fuego de la Destilería. Los restos de una plaza como huella del pasado.

Un arquetipo de sociedad estaba llegando a su fin, el último suspiro del Estado benefactor daba la bienvenida al eficientismo del libre mercado.

Todo el discurso alrededor de la situación de YPF en la actualidad se me aparece como el Ulises. O como la Biblia. Una obra desmesurada, inabarcable, imposible de comprender en cada referencia o cada intención; pero también basta una hojeada de cinco páginas a su historia para intuir la lógica, la esencia detrás del asunto.

YPF representa el treinta por ciento de la producción de gas y petróleo del país; nunca fue la explotación del petróleo un asunto puramente estatal. No todo el petróleo es argentino. Por eso es claro que en ocasiones se necesita colocar el interés público por encima de las leyes de mercado. El control estatal sobre el sector energético es algo que se repite en todos los países del mundo. El debate que queda es sobre el futuro, sobre la dependencia de nuestra matriz energética de los hidrocarburos, sobre las nuevas formas de energía, pero también sobre el pasado, sobre los contratos incumplidos durante estos años de vaciamiento y desidia.

En cincuenta años el petróleo no existirá más, al menos en la forma que lo extraemos y conocemos ahora.

Tengo diez años, es un día de calor imposible. En medio de las jarillas vamos con mi amigo Juan a jugar al pozo abandonado, más allá de los basurales. El lugar consiste en una serie de objetos metálicos gigantescos, como fuera de escala; hay también una caseta de chapa, dos tanques y una pileta de inyección abandonada. La pileta ha sido utilizada para verter todos los desechos que surgen en el proceso de explotación, es una zona apenas deprimida cubierta de tierra trizada en su superficie y de metros y metros de desechos blandos subterráneos. En su centro, nuestro tesoro: un esqueleto de vaca que venimos siguiendo desde que cayó ahí. Lo preceden las huellas sobre la materia que la misma vaca dejó.

Súbitamente me encuentro caminando sobre aquella superficie, con la idea de revisar a la vaca muerta. Es importante mantener los pies sobre los bloques de tierra. Casi llegando al esqueleto mi pie se hunde en una grieta; cuando reacciono estoy hundido hasta la cintura en esa sustancia gris y viscosa. Si me muevo me hundo más. El cráneo enmohecido de la vaca me mira fijo.

La diversión consiste en ponerse en peligro.

Mi amigo parte en busca de ayuda y yo me quedo ahí, bajo el sol del verano, hundido en el desierto junto al esqueleto de la vaca. Todas las historias de animales desaparecidos en piletas de inyección que he oído en mi vida se reproducen en mi cabeza. Sé que bajo mis pies hay metros y metros de desperdicios, a eso le sumo cadáveres de animales, y todo se mueve, es como estar parado sobre una pila de sillas.

No se cuánto tiempo ha pasado, presiento los síntomas de la insolación. En el horizonte aparece mi amigo, trae a un hombre de overol azul, se acerca, me alcanzan una soga y me arrastran fuera del peligro. El sol de la tarde recorta su figura. El hombre nos reta: "Estos no son lugares para jugar." Alcanzo a ver la escarapela celeste y blanca y las tres letras adentro, bordadas en el overol: YPF.

Gabriel Dalla Torre (Neuquén, 1977). Escritor y periodista. Colabora en el diario *Los Andes*. Publicó *Las Viajadas* y, junto a Lucía Bracelis, *Las Habilidades Inútiles* (Premio Mendoza de Novela). También adaptó y codirigió *Las Viajadas* para INCAA TV. @gabrieldalllas

Ilustraciones: **Horacio Altuna**

La literatura petrolera

La única razón por la que aprendería a manejar —le digo a Chiri—, sería para cargar nafta en una estación de servicio... Es una actividad muy varonil, te hace parecer macho.

—¿Estás seguro? Le decís a un tipo "llenáme el tanque", el tipo te mete una manguera por el agujero de atrás, se quedan los dos mirándose y después le das plata. Mmm, no sé.

—A propósito: qué orto que tuvimos, ¿no? Queríamos hacer algo sobre YPF, pero distinto de lo que aparece todos los días en la prensa. Y justo llegó esta propuesta de Gabriel Dalla Torre, amigo de Ana Prieto, con la historia que estábamos buscando.

—No es orto, Jorge: es olfato periodístico.

—A mí me hubiera encantando nacer en un campamento de YPF como Gabriel.

—Eso es mentira. Lo decís para quedar bien. A vos no te da la nafta para eso.

—¿Se usa en Argentina esa expresión?

—Sí, ya tiene sus años.

—Qué suerte que te tengo otra vez allá para que me actualices las expresiones y las jergas.

—El otro día escuché otra —me dice—. Cuando un puto es muy gordo, se dice "es un cayota".

—No me río porque se te corta —digo, pero en realidad no me río porque no es para nada gracioso. Chiri nunca es gracioso.

—Gabriel me contó...

—Qué Gabriel.

—El autor de la crónica.

—Ajá.

—¿Estás enojado por algo?

—Nop. ¿Qué te contó?

—Que tiene un archivo en la casa, de años, muchas entrevistas y bibliografía, porque su idea es hacer una novela con todo ese material.

—Qué bueno —le digo—. Las dos historias son fantásticas. La de Argentina y la de YPF, y todo eso con su propia biografía... Lindo.

—Gracias.

—Vos no, el proyecto de esa novela.

—En uno de los mails que nos mandamos —me dice Chiri—, Gabriel enumeró algunos de los posibles temas de ese futuro libro: los desaparecidos de YPF, las prostitutas que la petrolera contrataba para sus pozos más alejados, la figura del administrador zonal, más importante que la de un intendente de pueblo, y cosas así. Un Estado dentro de otro Estado. ¿No es fantástico?

—Interesante y además novedoso. ¿No hay mucha literatura sobre el petróleo, no?

—No sé. Yo tengo más presente el tema del petróleo en el cine. *Gigante*, por ejemplo, la última película de James Dean, con Rock Hudson y Elizabeth Taylor. Y la peli esa de Anderson: *There Will Be Blood*, con Daniel Day-Lewis. Las dos están basadas en una novela.

—*Gigante* es un peliculón, pero la otra ni idea.

—Es la historia de un minero pobre que cría a su hijo solo, y que se termina convirtiendo en un capo de la industria petrolera, a cualquier precio —me cuenta Chiri—. Aunque para mí la mejor película de Anderson es *Punch-Drunk Love*, lejos.

—El cine está lleno de petroleros malvados.

—¿Te acordás del petrolero malvado de la tele, el más célebre de todos?

—¡Obvio! —le digo, contento de que deje de hablar de cine, que sé poco, y empiece a hablar de tele— John Ross Ewing, más conocido como J.R. El malo de *Dallas*. Larry Hagman: qué campeón. Un tipo muy hábil para los negocios.

—Hablando de habilidades, Gabriel Dalla Torre tiene un libro que se llama *Las habilidades inútiles*. Lo escribió en colaboración con Lucía Bracelis, y lo mandaron al Premio Novela Mendoza 2010. Ganaron. En el jurado estaban Claudia Piñeiro y Federico Jeanmaire.

—¿Lo tenés al libro? —le pregunto.

—No lo consigo por ningún lado. La Municipalidad de Mendoza imprimió seiscientos nada más. Si querés un ejemplar de la novela, tenés que ir a Mendoza.

—Mirá vos.

—La escribieron a cuatro manos, a la novela. La fueron armando por mail y por Skype. Como nosotros hacemos la revista.

—Ajá.

—¿Seguís enojado?

—Nop.

—Cuando decís no con la pe al final, es porque estás caliente como una pipa. Es más: en Argentina le decimos "nop" a los gordos que fingen que no están enojados. ◣

CROMOSOMAS

mujer

hombre

egoísta

ninfómana

alcohólico

xmen

narcoléptico

cursi

bromista

maradona

lady gaga

disléxico

chuck norris

muletilla

forever alone

Por Gonzalo Garcés

¿Para qué sirve un varón?

Ilustra Matías Tolsà

Padre castigador, chanta querible, niño que sufre. Tres etapas que nos llevan de la antigua a la nueva masculinidad. Gonzalo Garcés recorre en este ensayo el camino del hombre angustiado por su flamante lugar en el mundo. Un escenario que, de repente, nos ofrece mujeres fuertes que llevan los pantalones y muchachos de cuarenta que ya no pueden, ni saben, ser el Don Draper de *Mad Men*.

Ayer hablábamos con Agos sobre el *star system* argentino. En Argentina el *star system* cuenta con un solo miembro, que se llama Ricardo Darín. Otros tienen talento, misterio, carisma. Darín tiene algo más. ¿Qué? Darín tiene los pies en la mierda y la mirada en las estrellas. Alguien, creo que un poeta, escribió que siempre había que hacer eso. Darín puede (como lo hace en *Carancho)* encarnar a un reventado total y no dejar de irradiar la aspiración a algo más elevado. Puede (como lo hace en *El hijo de la novia)* humillar su cuerpo y sus gestos con los ropajes de la mediocridad cuarentona. Pero hay siempre una promesa indoblegable que Darín esconde en algún lado, en la insolencia de los pómulos, en ciertas pausas dramáticas, no sé, pero hay algo, incluso en los papeles donde es más completa la comunión

casi crística de Darín con la debilidad humana, que dice siempre: *"Hay algo superior a todo esto"*. El cine es una iglesia, esto no lo descubrí yo, y para que uno de sus sacerdotes convoque de verdad a los fieles, para que queme sus corazones con el fuego de la palabra, necesita algo que excede al talento. Necesita fe. Alguna clase de fe.

La hombría tiene algo que ver con esta forma de fe. Últimamente se vuelve a hablar de la crisis de la masculinidad. En la revista *GQ* sacaron hace poco una nota, firmada por una mujer, que venía a decir, palabra más palabra menos: muchachos, se les fue la mano, queríamos el voto, la igualdad en la política y los negocios y sueldos igualitarios, pero por lo demás nos encantaría que nos sigan abriendo la puerta del restaurante, sacándose el saco para abrigarnos y acorralándonos contra la pared con ojos candentes. Y seguía una serie de tips para recuperar la hombría: un varón debe ser decidido, no te pases media hora con el menú vacilando entre las verduras al wok y la ensalada de rúcula. Un varón debe ser valiente, no pegues un salto de dos metros porque un caniche te ladra. Si sos varón (esta me pareció la más discutible) llevá tu valija en peso, no sobre sus rueditas porque eso te hará parecer una azafata. Parejamente, no uses chirimbolos tipo cuchillo eléctrico para la carne: un varón debe deleitarse con el esfuerzo, no evitarlo. Tiene gracia. Yo ya doné discretamente a la Cruz Roja mi descabezador de huevos pasados por agua. Pero estas boludeces se vienen publicando hace años en revistas tipo *FHM* o *Maxim*: productos destinados a asistir al varón en el trance de perder la hegemonía de género. Por supuesto, esas contrapartidas masculinas de *Cosmo* no hacen más que acentuar la retirada general de la masculinidad. Abrirle la puerta del taxi a la chica porque te lo manda la testosterona es una cosa; hacer de eso un programa para recuperar la autoestima es vaciar la hombría de sentido. Ya el personaje de Brad Pitt en *Fight Club* era el espectro de esa hombría vaciada. Parte del encanto inconfesable de *Mad Men* radica en la nostalgia que muchos varones supuestamente reconciliados con su siglo sienten al contemplar ese mundo de tipos recios que le tocan al culo a cuanta secretaria quieren, fuman, beben de más, se hacen servir la comida por la mujer y se sienten bien, se sienten *con derecho*. Pero no hay nada más. No hay tensión hacia algo más alto, no hay proyectarse hacia un horizonte incierto, y por eso Tyler Durden era un póster para que un adolescente gay se haga sus primeras pajas y los muchachos de la Sterling Cooper, una nostalgia disfrazada de crónica y denuncia. Y esa sigue siendo la "nueva masculinidad" que proponen nuestros Joseph de Maistre del género sexual, nuestros reaccionarios más bien discretos contra medio siglo de erosión de los valores masculinos.

Hombres sobran. Lo que se volvió casi clandestino es la hombría. Que es como decir que se volvió rara la masonería o la afición al backgammon. Hablamos de unos valores y un código de comportamiento —una disciplina, digamos, en el sentido en que el zen es una disciplina— ligados a un género sexual, pero de manera cuestionable, que no omite la posibilidad de trascenderlo. Hoy, en un país como España, que siempre llega tarde a la modernidad y cuando llega se pasa tres pueblos, evocar los valores de la hombría es anatema. Es el país con el mayor índice europeo de violencia de género, pero ay de quien use en un plató de televisión una expresión como *portarse como un hombre*. Coserle el lomo a tu mujer a cinturonazos vaya y pase, pero ay de quien reclame en las páginas de un diario o desde una bancada en el parlamento un acto *galante*. Bien es cierto que los valores de la hombría se formaron hacia el siglo XII, en la corte de Leonor de Aquitania, en parte como compensación hacia las mujeres por su condición subalterna. Liquidada esa condición, ¿tiene sentido seguir acercándoles la silla en el restaurante? Dilema que se refleja en los modelos de hombre que constelan el cielo de Occidente. En España, en lo alto del Everest de la corrección política, campea Mariano Rajoy, ese hombre tan peligroso sexualmente como un playmobil y casi igual de profundo. A la derecha veo la cabeza rapada de Arturo Pérez-Reverte, que representa, con gracejo, al último macho que se hunde con el Titanic por puro desdén de los botes salvavidas. Igual que en *Mad Men,* en Pérez-Reverte la masculinidad siempre está ligada a lo crepuscular. No es varón el varón de Pérez-Reverte si no está en actitud de despedida. Está por convertirse en un fantasma, fantasma que, dicho sea de paso, tiene el rostro de Javier Bardem. ¿No parece Bardem siempre mirarnos un poco desde otro mundo? ¿No es su hombría de piedra algo que evoca sin decirlo el pasado, lo que ya no está, lo que nos visita como un recuerdo obsesionante? ¿Quién más podría haber interpretado al asesino de *No country for old men,* más muerte o fatalidad o espectro que ser humano? La hombría en España es como el Boom inmobiliario: grandiosa, inolvidable, pasada.

Otros modelos, pero no tan diferentes, constelan la cultura argentina. Siempre acá tuvimos un modelo fuerte, el padre castigador (pero a quien se debe lealtad porque es, después de todo, el padre) que inmortalizó Perón. Hoy los intérpretes del papel son decepcionantes, como los actores que sin ser Marlon Brando hacen de Stanley Kowalski. Franco Macri (demasiado poco visible). Guillermo Moreno (demasiado duro). Néstor Kirchner (demasiado muerto). ¿Y el Chanta Querible, ese otro puro producto de esta tierra, cuyos orígenes se remontan a Estanislao del Campo? Don Héctor Cámpora, levántese de su tumba; Isidoro Cañones, volvé a los kioskos; Guillermo Francella, no nos abandones. Dígannos su verdad, susúrrennos de nuevo cómo ser hombres. ¿Y el Niño que Sufre? Es el complemento necesario al Padre Castigador, y muy presente también en nuestro imaginario. Roberto Arlt, que lloraba por su rosa muerta, fue el precursor. Charly García, el ángel adolescente que fue herido en el flanco por la muerte, encarnó el modelo hasta hace poco, cuando tuvo la mala idea de sobrevivir y hacerse adulto. El Chanta Querible, el Padre Castigador y el Niño que Sufre tienen algo en común: su relación con las mujeres es de tipo parasitario. El modelo caballeresco las coloca, sí, en un lugar subalterno, pero al menos las reglas son claras, y el sexo hegemónico está obligado a seguir un código de comportamiento estricto. Por contra, estos modelos posmodernos se alimentan de la sangre de sus mujeres en forma solapada y sin límite alguno. El Chanta las expolia con una sonrisa. Perón finge venerar a Eva, la usa hasta matarla y después la reemplaza. El Niño exige, sin dar nada a cambio, tan solo porque su herida lo habilita, que su mujer sea madre, enfermera, amante, ama de llaves y porrista. Ninguno de estos modelos representa un nuevo acuerdo posible: son apenas fintas, adaptadas a la nueva asertividad femenina, para prolongar la explotación en forma soterrada cuando ya no es posible ejercerla en forma abierta.

El nudo del problema es este: a la hora de los bifes, los varones nunca hemos encontrado, como dignidad, como forma de relación con las mujeres, un modelo que supere a la hombría caballeresca. Pero creer en la hombría se volvió más difícil. Practicar la hombría cuando el varón era el más fuerte, y cuando se creía hecho a la imagen de Dios, ya era bastante difícil. Pero qué hacer ahora que no somos los más fuertes y que sabemos lo que sabemos sobre nosotros mismos. Sabemos que somos primates surgidos de una evolución plagada de defectos. Que tenemos glándulas adrenales demasiado grandes y lóbulos prefrontales demasiado pequeños. Sabemos que la adultez es una convención frágil, que añoramos a una madre imposible y tememos a la muerte al punto de envidiar a nuestros hijos. Sabemos que la vulnerabilidad emocional inscrita en nuestro neocórtex nos manda refugiarnos en los brazos de una esposa y el cálculo de probabilidades de reproducción inscrito en nuestro cerebro reptiliano, ponerla con la primera atorranta que pase. *De sobra sabes que eres la primera, y sin embargo un rato cada día, ya ves, te engañaría con cualquiera.* Lo dijo Joaquín Sabina, uno de los hombres más lúcidos que existen. Pero quien tal vez termine por aportar más luz sobre el problema del varón moderno sea, sorpresa, Fiodor Mijailovich Dostoievski.

Dostoievski no escribió explícitamente sobre la masculinidad. Pero escribió hasta la extenuación sobre el problema de la dignidad, que ahora nos concierne. Toda la obra de Dostoievski gira en torno a una pregunta: ¿qué puedo hacer cuando me sé indigno, pero no puedo vivir sin la dignidad? En *Apuntes del subsuelo,* el protagonista es lamentable. No puede lograr ni que los excompañeros del colegio lo inviten a una fiesta. Cuando anda por la calle, un militar de uniforme —que todos los días pasa a la misma hora— siempre, pero siempre que se cruza con él, lo obliga a correrse para dejarlo pasar. Hasta las putas se ríen de él. Y cuando una, por una vez, empieza a quererlo un poco, al tipo no se le ocurre nada mejor que ofenderla poniéndole plata en la mano. Y sin embargo nunca lo abandona el ideal del coraje, de la generosidad, de la galantería. Lo mismo Dimitri en *Los hermanos Karamazov:* es violento, lujurioso, egoísta, primate hasta la médula, pero el epicentro de su lucha interior es justamente la aspiración a la bondad que no lo deja. Dostoievski, que conocía mejor que Darwin y que Freud la tumultuosa indignidad del hombre, sabía que no podía humanamente construirse la dignidad sobre la pureza de pensamiento o de acción, porque entonces no se salvaría nadie, y por eso coloca en su lugar, como definición del hombre, al que *no ha renunciado* a la dignidad. Cambiemos hombre por varón y podemos imaginar una hombría posible, definida por la aspiración, *pese a todo,* a la hombría. Un papel que tendrá mucho de trágico y bastante de cómico, o lo que es lo mismo, hecho a medida para Darín. ◣

EL PASADO ¿TE CONDENA?

Por **Melania Stucchi**

Ilustra **Alejandra Lunik**

Lo complicado de escribir sobre la propia experiencia es que la vida real tiene la mala costumbre de ser tediosa y monotemática. El gran Hitchcock decía que una película es como la vida pero sin las partes aburridas. Estoy en problemas. Con el Chico Cubata habíamos acordado ir al concierto de Lambchop. Eso era lo que yo había entendido (¿o había querido entender?). Ok, eso era lo que le rogaba al cielo. Me mandó un mensaje de texto diciendo que él no podía, que fuera yo y que lo disfrutara. (Sí, claro, con una foto tuya al lado mío.) Lo peor de todo es que yo pensaba escribir sobre las bandas de sonido, así que, además, me quedé sin asunto para tratar aquí. Y yo que quería ser como Nick Hornby.

El pasado ¿te condena?

Manchester -Tibidabo

El Chico Cubata está feliz. Se siente una estrella de Hollywood. Supongo que le subí el ego a niveles desproporcionados. Lo que no se da cuenta (o finge no hacerlo) es que necesito que pase algo de verdad. Para escribir, quiero decir. (Este es el momento en el que si fuera una película y yo estuviera haciendo un monólogo frente a cámara, les guiñaría un ojo.) Necesito material real, Chico Cubata, no que en un ataque de megalomanía me cuentes un sueño ridículo, que ni siquiera me importa a mí, que soy tu espectadora más entregada. Dejá de hacerte el boludo. ¿Cuál es nuestro problema? Tres días después, lo llamo.

Yo: el sábado tenemos que ir al Tibidabo.

Chico Cubata: ¿al Tibidabo?, ¿para qué?

Yo: porque el escenario es importante, es donde transcurre la acción.

Chico Cubata: no puedo, ve tú, disfruta.

(Uh, pará con el puto "disfruta". Qué querés que disfrute, ¿no te das cuenta de lo que está pasando?)

Yo: ay, gracias, sí, voy a disfrutar. Bueno, ¿nos tomamos una cerveza el lunes en el Manchester, entonces?

Acá algo falla, no es una novedad. Yo no tengo mucho margen para reclamar porque nada nos une, lo acepto así o lo dejo. Está claro que debería plantarme: estoy enamorada de vos, llamáme solo si sentís que te pasa algo parecido. Pero no puedo hacerlo, no me bancaría las consecuencias. O tal vez no es el momento adecuado de la película para que suceda esto. Qué difícil distribuir la información en la vida. Él, no sé. Hay algo que tampoco puede. Ni tomarme, ni dejarme. Y esa manía que tiene de que quiere que disfrute de todo…

Llegó el momento del backstory. Es decir, de buscar respuestas en el pasado.

Pero antes una pequeña reflexión sobre el lugar donde transcurre la acción (segundo tema abortado). Los espacios significan. Cualquiera que haya visto *Un mundo perfecto* de Clint Eastwood, recordará que Butch Haynes (Kevin Costner) escapa con el pequeño Philip rumbo a Alaska. Butch es un fugitivo, pero Alaska es más que un destino lejano. Se trata de resolver un conflicto interno: su padre cuando lo abandonó le mandó una postal desde allí.

Después están los lugares comunes en miles de películas: París es el amor; Los Ángeles es el enemigo soleado y frívolo de la intelectualosa Nueva York; los pueblitos alejados están hechos para que los asesinos seriales ataquen a adolescentes que van de fiesta.

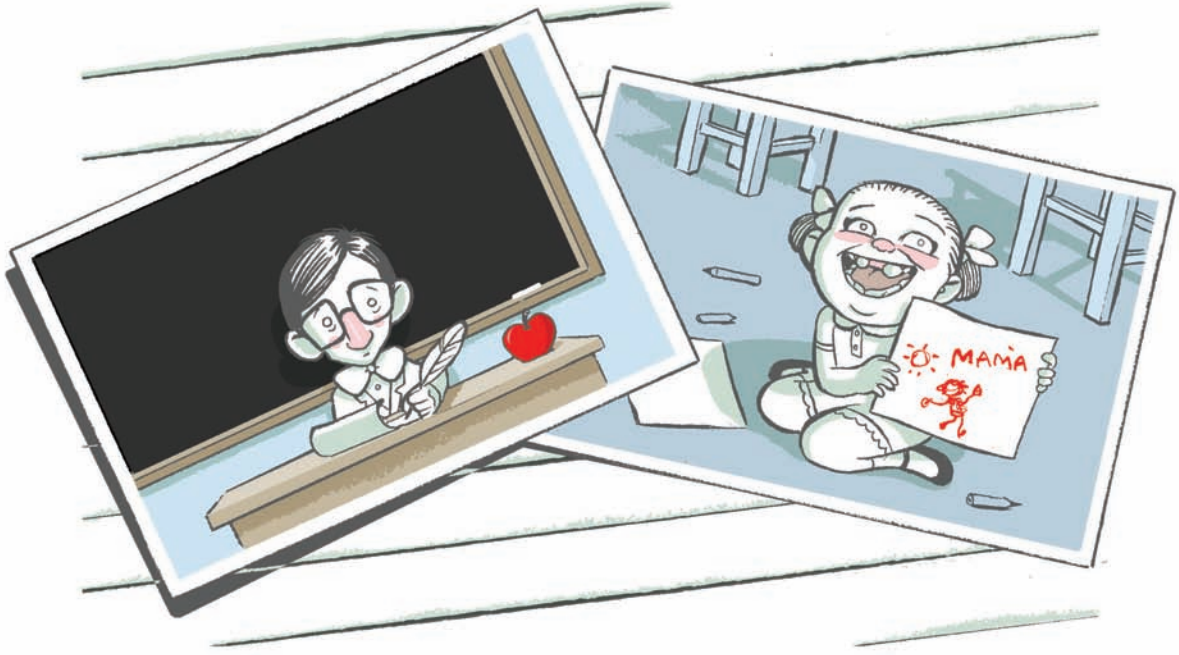
Nosotros tenemos que llegar al Tibidabo. Por ahora, son las nueve de la noche del lunes y estamos en el Manchester. Bueno, como siempre, si quieren vernos ya saben dónde buscarnos. Sin embargo, hoy hay algo especial, digno de ser observado. Las remeras que llevamos.

El backstory

Todo personaje tiene un pasado previo al comienzo de la historia. Una biografía que lo precede y le da dimensionalidad. Estoy hablando de cine, obviamente. Sin embargo, no se trata de miles de datos sobre todo lo que hizo el personaje antes de que empezara la película. El secreto del backstory es encontrar ese hecho que lo marcó, que le dejó una huella y que, precisamente, se relaciona con lo que tendrá que resolver a lo largo de la historia.

El pasado ¿te condena?

El backstory del Chico Cubata **Mi backstory**



En España, al traga, se lo llama empollón. O por lo menos es lo que me explica el Chico Cubata luego de decirme: yo era un empollón. Aprendió a sumar y a restar en el jardín de infantes. Era el mejor en todas las materias, excepto en gimnasia. Usaba unas gafas gigantes desde muy chiquito. Los catalanes a los padres les dicen mama y papa, así, acentuando grave. Y parece que el papa no le prestaba nada de atención al Chico Cubata (debe ser por eso que ahora solo hablan por teléfono para Navidad). Tenía problemas con mantener un trabajo y con el dinero y con las prostitutas. Y la mama tampoco se encargaba mucho del Chico Cubata, porque estaba ocupada en trabajar para asegurar los ingresos de la casa y ver en qué nueva complicación se metía su marido. Pero él era un niño bueno y aplicado, que no preguntaba nada y trataba de mantenerse lejos del dolor. Y, tal vez, por eso el Chico Cubata desarrolló ese temperamento tibio que tiene que lo hace tan educadito y tan poco involucrado con sus sentimientos.

—Yo hacía como el avestruz, metía la cabeza debajo de la tierra. Eso me permitía cierta tranquilidad.

—¿Pero por qué nunca le dijiste nada a tu papá? Quiero decir, de grande.

—Mira, yo prefiero pensar que la gente hace lo que puede. Si él lo hizo así es porque no pudo hacer otra cosa. Y para mí, lo mismo.

En Argentina, yo era una excelente alumna, pero nunca fui traga. La verdad es que era inteligente pero no muy estudiosa. Y estaba acostumbrada a seguir la ley del menor esfuerzo. Era hija menor y mimada y mis padres vivían diciéndome que yo era maravillosa, brillante, graciosísima. A niveles absurdos. En mi casa había un casete en donde se me escuchaba en unas vacaciones diciendo: ¡estoy tan bonita con este sombrerito nuevo! Se ve que me habían comprado un gorro para la playa y me habrán repetido tantas veces que me quedaba hermoso que yo me sentiría la reina de San Bernardo. Estaba inmersa en un mundo de amor y aprobación permanente, ¿para qué esforzarse, entonces? Claro, vivir en esa micro burbuja feliz hizo que la salida al mundo no fuera tan fácil. Hasta el día de hoy se me complica. ¿No soy perfecta? ¿Por qué no me prestan atención? ¿Solo me van a decir que "está bien" lo que hice? Si no me hacen una fiesta, es porque no les gusto. Yo sé que es ridículo este sistema de pensamiento, pero, allí, en ese rincón irracional del cerebro que no controlamos, sé que ese es el verdadero sentimiento.

—Pero es positivo que te hayan generado tanta confianza en ti misma.

—¿Te parece?

—Es más fácil desarrollar un poco de tolerancia al fracaso que desarrollar seguridad en uno.

—Puede ser…

¿Y entonces?

De repente, me gustaría estar en esas obras de teatro infantil en donde Caperucita le pregunta a los niños: Chicos, ¿ustedes saben dónde está el lobo? Y todos los nenes empiezan a gritar: ahí, ahí. Pero, ¿dónde? Ahí, atrás tuyo.

Sí, atrás tuyo está, tarada, ¿cómo no lo ves?

Sí, prometo pensarlo. Por ahora y para terminar lo llamo al Chico Cubata.

Yo: ¿podemos ir el domingo al Tibidabo? Es fin de semana largo y todos mis amigos se van de la ciudad. Estoy sola.

Chico Cubata: ay, qué pesada que eres. No quiero ir al Tibidabo.

Yo: bueno, ok, entonces seguí diciéndome mis defectos, total…

Chico Cubata: que no escuchas.

Yo: decime algo lindo, puto!

Chico Cubata: ¿como lo que me acabas de decir tú? No, mejor no. De acuerdo, te lo diré: que me lo paso muy bien contigo.

Yo: ¿en serio?

Chico Cubata: en serio.

Está bien por hoy, casi que me alcanza. Si hasta me parece que está sonando “Another sunny day” de Belle and Sebastian mientras me lo dice. ◣

DIARIO DE UN LIBRERO

Luis Mey trabajó en una librería larguísimos años. Para no morir en la cruzada, se aficionó a tomar notas diarias de los momentos más sublimes con los clientes. Ahora prepara un libro con esas anécdotas y nos deja ver un fragmento, en exclusiva para Orsai.

Por **Luis Mey**

Ilustra **Pito Campos**

Lunes. El lector de Mario Benedetti, entre poema y poema, lee algo de autoayuda.

Martes. Y porque el mundo sigue siendo mundo.
—Flaco, dame la novela por la que Borges ganó el Premio Nobel.

Jueves. Los lectores de Ricardo Piglia y de Alan Pauls no tienen espíritu crítico.

Viernes. Google es peligrosísimo en las manos de un idiota. Algunos crecieron con eso:
—¿La sección de cuentos sobre manos?
—Nunca escuché algo tan alejado de la realidad…

El vendedor sale a fumar un cigarrillo. Entonces, tal vez, mirando el cigarrillo y recordando la inmediata situación, piense: aquí, quizás, pueda haber un cuento sobre manos.

Sábado. No todos los autores del mundo tienen obras críticas acerca de su trabajo. Pero explicáselo a una fanática de Mary Higgins Clark.

Domingo. Franco.

Lunes. Franco.

Martes. Si querés ser librero deberías hacer una prueba en tu casa. La prueba consiste en que un familiar solidario te pregunte, entre ochenta y ciento noventa veces al día, lo siguiente: "Joven, ¿cómo están ordenados los libros?" o "Lo que está en la estantería, ¿es todo lo que tenés de Isabel Allende?".

Si soportás esa jornada en tu propia casa, animáte y dejá un currículum en la librería.

Miércoles. El señor, cuarenta años, cara de apurado, se acerca a la caja con un libro del doctor Kusnetzoff: *Toco y me voy*, famoso texto sobre la eyaculación precoz.
—Cincuenta y cuatro pesos. ¿Tarjeta o efectivo?
—Efectivo. Y, si puede ser, para regalo, por favor.

El cajero le cobra, se lo envuelve y el vendedor lo ve retirarse muy rápidamente, mirando paranoico para todos lados. Finalmente, se pregunta en voz alta.
—¿Quién carajo regala un libro sobre eyaculación precoz?

Jueves. Nota mental para todos: muchas gracias dicen los mozos. Los libreros no reciben propina: las gracias las tiene que dar el cliente. No voy a decir más "gracias".

Viernes. Día de la necrofilia ilustrada.
—¿Cuál es el libro famoso de Soriano?
—Muchos. A mí me fascinó *Una sombra ya pronto serás*.
—Sí, ese. Me dijeron que es increíble. Me lo llevo, pobre…
—¿Pobre? ¿Por qué?
—¿No acaba de morir?
—No, no. En el noventa y siete, más o menos.
—¿En serio? Me dijeron que había muerto recién.
—No, no.
—Entonces no me lo llevo. Qué boluda.

Sábado. El librero pide médico. Visita su domicilio. Le tocan las hemorroides para ver si es cierto. Es cierto. Las hemorroides complican la tarea de trabajar parado. A veces sangra el culo. La doctora se va y el librero se queda acostado. Lee y se duerme.

Domingo. Con cuidado de artista, pero mejor de salud, va a la casa de sus padres. Mima a su perro, charla con su padre sobre el Barcelona. Come poco asado y el morrón, explica, va a dejarlo pasar: no encaja en su dieta.

Lunes. Franco.

Martes. Hay que decirlo: *El principito* inventó la autoayuda. O, por lo menos, es pionero.

Miércoles. Mujer joven: treinta años. Vendedor viejo: treinta y uno.
—Porfa, estoy re apurada. Dame *El guardián entre el centeno*.

El vendedor se lo trae. Le dice el precio. La clienta se aleja un paso y retorna.
—Te pregunto por si me llevo el equivocado. ¿Este es el libro con el que Chapman mató a Lennon?

El vendedor no responde y baja al lugar de descanso para respirar unos minutos.

Jueves. El lector de suplementos cree que todo se consigue en todos lados. Ejemplo: "Hola, vengo de Islas Feroe. Vi en uno de los diarios de las islas que se publicó un libro sobre las aves de los árboles altos de mi país. ¿Lo tendrás? Si puede ser de bolsillo, mejor".

Diario de un librero

Viernes. Diálogo matutino:
—...y para su sobrina, le recomiendo *Nueve cuentos*. Es fabuloso.
—Ah, sí, sí. ¿Este es del mismo autor que mató a John Lennon?
El vendedor se resigna a que la vida sea cíclica y esté mareada de dar vueltas.
—Sí, el mismo.

Sábado. Uno de cada veinte clientes termina de escuchar lo que decís cuando te pide una indicación.

Lunes. Veinte de cada veintiún clientes que no terminan de escuchar lo que decís cuando te piden una indicación vuelven a que les repitas lo que no escucharon.

Martes. Diálogo vespertino:
—¿Cómo me llevo un libro a mi casa?
—Lo compra, se lo lleva…
—No, claro… Pero los que son para llevarse…
—Ninguno. A no ser que los compre.
—¿No hay ninguna parte de la biblioteca que entregue los libros?
—Señor, esto es una librería, no una biblioteca.
—¿Y cuál es la diferencia?
El vendedor no llega a abrir la boca que el cliente se va.

Miércoles. El lector de Bolaño tiene pánico de leer autores nuevos o vivos.

Jueves. Conversación:
—Hola.
—Buen día, ¿en qué lo…?
—Sí, flaco, escuchá… Che, me enteré que Stephen King está escribiendo una novela sobre el fin del mundo.
—Mirá, yo no escuché, pero…
—Lo que quiero saber es: ¿cómo hago para dejarla reservada?

Viernes. El cliente asiduo a las novelas policiales, generalmente, cree que los libros de un autor son siempre sagas. Que todos tienen que ver con todos. Camilleri es Montalvano. Mankell es Wallander. Christie es Poirot. Y, si cambian de género, Asimov es un robot, Tolkien es Frodo, Anne Rice es un vampiro, y así: cada cual es su propio curro. Léase que Valerio Massimo Manfredi será citado en el suyo, las guerras romanas y esas cosas, a su debido tiempo.

Sábado. En la sección de niños, dos de ellos litigaban. Uno de nueve y otro de once. Uno de ellos decía que un personaje de *Harry Potter* no era del todo malo. El otro decía que sí, que no importaba si no era del todo malo y que tuviera algo de bueno porque, al final de cuentas, quería matar a no sé quién. Se pelearon un rato y el segundo le dio algo de razón al otro con el siguiente argumento:
—Claro, puede ser. Es como Papá Noel: es bueno y trae regalos, pero trabaja para Coca Cola.
Hay futuro.

Domingo. Franco.

Lunes. Franco.

Martes. El cliente de novela histórica cree que está leyendo Historia.

Miércoles. Una confusión histórica es aquella que consta de adjudicarle *La náusea* a Camus y *La peste* a Sartre. De ahí, también, que Camus rechazó el premio Nobel y Sartre nació en Argelia. Simone de Beauvoir es la mujer de los dos, según el cliente. Pero lo que nunca sospechamos es que alguien pueda llegar a elegir entre Sartre y Camus según esta condición:
—¿Cuál era el bizco?
Entonces el librero se pregunta si la peste trae la náusea o la náusea trae la peste. Quién sabe. A nadie le importa.

Jueves. Todo lector de libros de actualidad política cree que si el libro que busca no está, existe alguna conspiración por parte de los libreros para no venderlo ni exhibirlo.

Viernes. Vemos que un taxi frena. Lo escuchamos. Lo identificamos entre otros taxis. Entre los miles que circulan y entre las decenas que frenan frente a la librería. Entonces baja una señora y la distinguimos entre todas las señoras de la calle Santa Fe. Entra en la librería y no puede solamente entrar y pedir algo: primero tiene que llevarse a todo el mundo por delante. Tiene que hacer actuar igual a su taxi; igual a todo lo que tenga que tratar con ella. Y antes de terminar de pensar en eso, antes de que cualquiera de nosotros pueda reflexionar sobre ese demonio, se acerca y absorbe al vendedor.
—Nene, dame *Comen*.
—¿Qué cosa?

—El libro. Dale, que tengo el taxi en la puerta. No puedo más.

Me fijo en la computadora. Mientras me fijo, sé que no encontraré lo que pide. Todo: ella, yo, los ritmos. Todo atenta contra el objetivo de encontrarle algo y hacerla circular.

—Señora: con ese nombre, nada.

—Dale, nene. Dame *Comen* y me voy. Si es re famoso…

—Bueno, pero así, así como me dice, no aparece nada… ¿Tiene el autor?

—No, nene, qué autor ni qué autor. Dame el libro. Es una historia de mucha gente. Y es muy famosa. ¡Por favor, traéme el libro de una vez! ¡Mirá el taxi, querido! ¿En dónde trabajás? Lo vendiste mil veces, che, no es tanto pedir. ¿Recién empezás en la librería vos?

—No, llevo ocho años en esto.

—No parece, flaco. No parece. Es un libro famoso. ¿Le pregunto a otro vendedor?

—Dígame al menos de qué trata el libro. Por *Comen* no me sale nada ni tampoco me suena… Tal vez tiene mal el dato, considérelo.

—¿Mal el…? Ay, querido… Parecías inteligente. Si vi la película treinta veces. Y vos también. La de los chicos que se caen con el avión en Los Andes y…

—Y se comen entre ellos…

—Por eso, ¿ves? Sabías…

—*Viven*. El libro que busca se llama *Viven*.

—¿*Viven*? Bueno… Comen, viven, es lo mismo… Dame el libro que el taxi está esperando.

Le doy el libro, lo paga y se va. No decimos una sola palabra. Ni un gesto de cortesía. El taxi sale disparado.

Sábado. Los libros de arte son hermosos. Grandes artistas en libros de quinientos pesos. ¿A qué voy con este comentario? A que un verdadero artista nunca compraría un libro de quinientos pesos. Nunca hay artistas en la sección de arte.

Domingo. Estrategias de venta para clientes adictos a la muerte a los que les importa un pomo el genio y el contenido de un libro. John Kennedy Toole: "Señor, este tipo se suicidó y la madre hizo que lo publiquen. Es groso". Juan José Saer: "Un grande. Se exilió. Ahora es reconocido en todos lados". Ernesto Sábato: "Vivió casi cien años". Hebe Uhart: "Está viva, pero pronto, cuando muera, será un éxito". Charles Bukowski: "Fue un éxito de ventas en los ochenta por textos que escribió en los cuarenta y cincuenta". John Fante: "Firmó su mejor contrato editorial en el hospital, con una pierna amputada". William Goyen: "El mejor autor de los sureños. Es coetáneo de Faulkner, pero recién ahora fue traducido al español. Creo que ya vendió más de quinientos ejemplares". Roberto Bolaño: "Murió joven". Raymond Carver: "Murió joven". Oscar Wilde: "Estuvo preso por puto".

Lunes. Franco.

Martes. Cuando se acercan con la frase "hace mucho que lo estoy buscando" o "no lo encontré en ninguna librería", solo uno de cada cincuenta hace efectiva la compra. Generalmente, buscan para seguir buscando. Es buscar por la idea de la búsqueda como fin. Y si, para colmo de males, el ejemplar que tenemos es barato, el cliente pondrá de manifiesto su decepción: lo que busco es mierda barata.

Miércoles. Cliente elegante dice:
—¿Puedo abrir este libro?
—Mmm, sale casi mil pesos, y no es de mi sector…
—Pero no lo puedo comprar si no lo veo, che…
—Bueno, vamos a preguntarle al encargado del sector...
—Sí, ya le dije y me contestó que no se puede porque casi no hay de estos y no sé qué verso me tiró…
—Y… Yo mucho no puedo hacer.
—Quiero preguntarle al gerente. Alguna lógica tiene que haber. No se compra algo si no se lo ve.
—Bueno… Ahí está… Julián, ¿podés acercarte un segundo?

Aparece el gerente.
—Señor, lo que yo quería era ver este libro, primero, antes de comprarlo.

El vendedor reconoce un cambio en el lenguaje. El cliente dice que quiere verlo antes de comprarlo como si ya hubiese decidido hacerlo. Pero el vendedor sabe que un pequeño cambio en el tiempo verbal de la conversación anterior, a la posterior con el gerente, resuelven todo en cuatro palabras: *mentiroso hijo de puta.*
—¿Por qué no? —dice el gerente—. Es justo…

El cliente le da de soslayo el libro al vendedor para que se lo abra mientras conversa con el gerente y le cuenta algunas cosas sobre su vida que a nadie le importa. El vendedor lo abre y se lo da y el cliente toma el libro sin mirar al vendedor a los ojos nunca más. El gerente saluda y sigue con sus actividades.

El cliente gira tres páginas. Una de acá, otra de allá. Mira la tapa: como si no se viera a través del film.
—Está bien… Muy lindo… Te lo dejo, eh…
—¿A mí?
—Ahá…

Y se va caminando sin saludar.

Jueves. El lector de filosofía es insoportable.

Viernes. El vendedor ordena. Mientras ordena, atiende. Mientras atiende, tiene que vender. Mientras vende, tiene que tolerar cosas como esta:
—¿Sos vendedor?
—Sí, sí… Lo escucho…
—Mirá… Me fijé en Murakami y no tenés nada. ¿Dónde está?
—Ahí, sí. En el orden alfabético.
—Sí, pero lo que necesito es que me atiendas, si no ni te molesto. ¿Me mostrás? Busco *Sputnik, Mon amour*.
—Se llama *Sputnik, mi amor*… Pero bueno, acompáñeme a la zona…
Se acercan al sector, pero justo cuando llegan el cliente le gana la posición.
—¿Por aquí?, está bien, está bien.
—Déjeme que le muestre.
—Ya veo, ya veo. Gracias. Yo busco.
—Pero me dijo que le enseñe dónde.
—Ya está, ya está: yo conozco a Murakami.
—Bueno.

Vuelve a su trabajo: ordenar, atender, vender. Pero vuelve el cliente.
—Flaco… No veo el que busco. ¿Me podés buscar el libro?
—Sí. Estaba en eso pero me mandó a volar.
—Nooo, pibe. Mandar a volar es como que te insulté.
—Bueno, bueno. Era una expresión. Lo acompaño.

El vendedor lo acompaña, el cliente se le adelanta y le gana la posición.

—¿Me deja el lugar para que le busque el libro?
—Sos problemático, eh. Te estoy ayudando.
—Pero usted me pidió ayuda a mí. ¡Mire! Acá está el libro.
—Qué chiquito que es.
—Claro, es de bolsillo.
—¿Es resumido?
—¿Qué? No, es… normal. Pero de bolsillo.
—¿Qué significa de bolsillo?
—¿Nunca vio un libro de bolsillo?
—Yo vivo en Estados Unidos desde hace quince años, flaco.
—En Estados Unidos se inventaron los libros de bolsillo.
—Bueno… ¿Cuánto sale esto?
—¿Esto? El libro que me pidió, el libro que quiere leer sale… Cincuenta y siete.
—¿Por esta cosita? Voy a preguntar en la librería de al lado. Perdonáme, pero tiene que estar más barato.
—Lo siento, hay una ley que impide que los libros estén más baratos en un lado que en otro.
—Estás muy equivocado, pibe. En la avenida Corrientes salen *mucho* más baratos.
—Claro… Son usados.
—Bueno. ¿Dónde está la parte de usados acá? ¿No tenés este libro usado?
—Pregunte en la librería de al lado. Tal vez sí está más barato.

El vendedor da media vuelta y hace lo de siempre: tomar un café, pensar en renunciar, calmarse y volver a ordenar.

Sábado. Cuando a cualquier cliente le contás que los libros también mueren, que muchos no se encuentran más, que no se publican más, que ni siquiera una biblioteca los tendrá, te miran como si fueras el culpable de esos males de la cultura.

Domingo. Franco.

Lunes. Franco.

Martes. Médico. Visita a domicilio. Revisión de hemorroides. Dedo en el culo. ¿Duele? ¿Te pusiste crema? ¿Estás comiendo fritos? Ponete crema que mañana estás bien. Eso sí: relajáte un poco que eso es estrés.

Miércoles. Mujer lánguida pregunta:
—Hola. Dame *Sentido y sensibilidad*, de Paul Auster.
—Ja. No…
—¿De qué te reís? ¿Qué te causa tanta gracia?
—Tranquila. Tampoco me dio tanta gracia, si apenas me reí fue porque…
—¡No me interesa lo que te pasa! ¿Tenés el libro o no?
—Mirá. Primero, no me grités. Segundo, no es de Paul Auster el libro, eh. Es de Jane Austen.
—¿Me vas a decir a mí de quién es *Sentido y sensibilidad*? Yo soy la que lee. Vos trabajás acá, nada más.

El vendedor siente que algo se rompe dentro suyo.
—Sí… La verdad…

Le alcanza *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.
—¿No te dije de Paul Auster?
—Perdón…

Le trae cualquier libro de Paul Auster.
—No, me llevo el otro. Aunque no sea lo que estoy buscando. Traémelo…
—Sí, cómo no…

Le vuelve a traer el libro de Jane Austen.
—¿Cuánto cuesta?
—Cincuenta y nueve pesos.
—Ah… Te lo dejo. Paso mañana…

Jueves. Médico. Visita a domicilio. ¿Estás bien? A ver. Están hinchados. Y mucho, pibe. ¿Te pusiste crema y están así? Te dijimos ya que estés tranquilo. Vamos a la clínica. Hay que operar.

Viernes. Gelatina en la cama del hospital. Lectura de revista de chimentos. Zapping. A su derecha, un señor, también de blanco, internado y con la garganta rasposa.
—Eh, joven…
—¿Sí?
—Usted trabaja en la librería, ¿no?
—No… Acabo de salir de la cárcel.
—Ah…

Luis Mey (Buenos Aires, 1979). Escribió *Los abandonados* (seleccionada en Frankfurt 2009) y *Las garras del niño inútil*, con inmediato éxito de público y crítica. En 2012, en coautoría con Andrea Stefanoni, publicó *Tiene que ver con la furia*. Trabaja de librero. @luismey

Ilustraciones:
Pito Campos
pitocampos.com.ar

De farmacias y librerías

Imagináte por un momento que yo hubiera vivido en Argentina cuando vos tenías tu librería en Luján —le digo a Chiri—. Imaginátelo bien.

—Ya está. Me lo imagino.

—La pregunta es: ¿me habrías cobrado los libros que yo me hubiera llevado?

—¿Cuántos te hubieras llevado?

—Cuatro o cinco.

—¿Pero en qué lapso de tiempo? ¿Por mes, por semana?

—Por minuto.

—En ese caso me parece que te los hubiera dejado al costo —me dice.

—Es decir, me los cobrabas.

—No, boludo: al costo. Sin margen para mí.

—Pero yo te hubiera tenido que dejar plata, *mi plata*, antes de salir de tu negocio, ¿no?

—Sí.

—Qué hijo de puta que sos. Yo nunca te cobré cuando tuve el Fútbol Cinco en Mercedes.

—No es lo mismo —me dice—. A mí no me gustaba tanto jugar al fútbol. En cambio ser librero y que te guste leer es como ser drogón y que tu viejo tenga una farmacia. Es la perdición. O vendés libros o leés.

—Entonces debe ser raro para Luis Mey vender sus propios libros —le digo.

—Supongo que sí... Pero es un caso excepcional. Él es un librero que lee muchísimo y además, en el tiempo libre, escribe. Tiene dos novelas tremendas que no podés parar de leer. Y acaba de sacar otra en colaboración con una amiga, Andrea Stefanoni, que es su jefa en la librería. *Tiene que ver con la furia* se llama la novela.

—Yo supe de Luis Mey por vos —le digo—. No lo conocía.

—Lo conocí personalmente en el bar Orsai, en la presentación de la novela de Garcés. Antes nos habíamos mandado un par de mails. Esa noche en el bar charlamos en el patio de atrás, con Altuna y mi amigo Luis Simón. Mey contaba que trabajar en una librería lo ayuda a estimular la imaginación y a ver cómo funciona la cabeza de la gente.

—Esto que publicamos en Orsai son fragmentos de una enciclopedia de anécdotas de librería, que viene escribiendo desde hace tiempo. ¿Cómo se llama su primera novela?

—*Los abandonados*, la publicó Factotum Ediciones. La editora de Factotum sabía que Luis escribía y le rompió las bolas hasta que él le dio el original de la novela. Luis nunca creyó que a ella le fuera a gustar. Pero al otro día de habérsela dado, la editora apareció en la librería con ojeras de no haber dormido en toda la noche.

—Jo...

—Le dijo que la había leído de un tirón, que no había podido dejarla y que la quería publicar. Cuando tuvo el primer ejemplar en sus manos, Luis se largó a llorar. La segunda novela se llama *Las garras del niño inútil*, es un testimonio autobiográfico muy descarnado. Y sincero. Eso es lo que tiene la novela. Sinceridad absoluta. Luis escribe con esa premisa. Honestidad y también diversión. No sufre a la hora de escribir. No es de esos escritores que cada mañana tienen que arrastrarse hasta el escritorio para escribir, que sangran con las palabras, que tiran dos líneas por jornada. Para él eso es paja. Y dice que la honestidad en literatura no se negocia.

—Capaz —le digo a Chiri— que el problema no es si las historias son reales o de ficción. Solamente importa que sean honestas, ¿no?

—Como dice Palahniuk en sus *Trece consejos para escribir*: "Tu audiencia es más despierta de lo que te imaginás. No tengas miedo de experimentar con las formas de la historia ni con los cambios en el tiempo. Las películas nos han hecho muy sofisticados para la narración. Y tu audiencia es mucho más complicada de impactar de lo que te puedas imaginar".

—¿En serio me hubieras cobrado los libros?

—Al costo, ya te dije. ¿Te preocupa mucho?

—Es que la cantidad de plata que me gasté en libros, en mi vida, debe ser muy bestia. Y a pesar de eso, miro mi biblioteca y está pelada.

—Porque viajás mucho —me dice Chiri—. Se pierde más de lo que se lee. Si el libro fuese un animal salvaje, su principal depredador sería la mudanza.

—Epa. Linda frase —le digo—. ¿No te estás juntando mucho con Luis Mey, vos? ◣

AMORES FILOSÓFICOS

AMOR PLATÓNICO
(IDEAL)

AMOR ARISTOTÉLICO
(LÓGICO)

AMOR CARTESIANO
(METÓDICO)

AMOR SPINOZO
(ÉTICO)

AMOR HÓBBICO
(TIRANO)

AMOR LOCKIANO
(LIBERAL)

AMOR ROUSSEAUOSO
(SALVAJE)

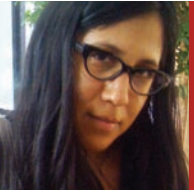
AMOR KANTIANO
(TRASCENDENTE)

AMOR HEGELIANO
(DIALÉCTICO)

AMOR MARXISTA
(REVOLUCIONARIO)

AMOR COMTIANO
(POSITIVO)

AMOR NIETZSCHENIANO
(MÁS ALLÁ DEL
BIEN Y EL MAL)



Por Gabriela Wiener

Mi secta es más grande que la tuya

Ilustra Matías Tolsà

Si 2012 es el tiempo del fin del mundo, también es el año preferido para las sectas y los ritos sexuales. Vírgenes menores de edad, mesías orgiásticos y calendarios puntuales del juicio final. Un cóctel que Gabriela Wiener conoce mejor que nadie.

Cinco

El hombre que se alimenta de aire se llama Wayne Bent, pero antes fue el Mesías. En la oscuridad de su celda, en una prisión de Nuevo México, aquel que representa la unidad de lo humano y lo divino hace huelga de hambre y clama al padre celestial. Le pide que ilumine a sus abogados para que lo saquen pronto de allí. Bent, el profeta de la iglesia apocalíptica *El Señor Nuestra Justicia* siente que aún tiene trabajo que hacer, pero ya no espera el fin del mundo. Sus carceleros no lo saben, pero en realidad el fin del mundo ya ocurrió. Fue el treinta y uno de octubre de 2007 y ese día él y sus seguidores salieron de la casa comunitaria en Union County y celebraron su libertad, cantaron sus alabanzas y bailaron extasiados en una alegría incomprensible para los pocos testigos que los vieron (entre ellos, un documentalista británico). Después volvieron a la comunidad. Ese día no se registraron grandes desastres naturales ni accidentes masivos. Tampoco terremotos ni tsunamis. Ningún meteorito chocó contra la Tierra. Algunas cosas que sí ocurrieron ese día: ocho personas murieron en un atentado en Rusia; en su Audiencia del Vaticano, el Papa habló de San Máximo de Turín; en Madrid, un pequeño grupo de personas se manifestaba ante la Audiencia que llevaba el caso del 11-M; el gobierno de Chad acusaba formalmente a los misioneros franceses de *El Arca de Zoe* por el secuestro de ciento tres niños.

El día del fin del mundo hizo buen tiempo en Nuevo México.

En esa época Wayne, de sesenta y seis años, contaba con unos cincuenta seguidores, entre hombres, mujeres y niños (sobre todo niñas) que esperaban, según sus enseñanzas, el fin de los tiempos. Lo esperaban con ilusión y creciente ansiedad. Bent se hacía llamar Michael Travesser y, como parte de los rituales de su iglesia, hacía que niñas de catorce y quince años, las vírgenes de la comunidad, se acostaran desnudas junto a él. "Me estiré en su cama desnuda y él me abrazó y fue como si se abriera ante mí una nueva imagen de Dios." Mandato divino. Hasta el día en que el mundo acabó, este mandato divino no lo obligaba a mantener relaciones con las niñas: Dios sabe de leyes. Además, el Mesías ya tenía conocimiento carnal con algunas mujeres del culto, incluida la mujer de su propio hijo. Mandato divino. Pero pocos meses después, a comienzos de 2008, la policía local empezó a investigar la iglesia *El Señor Nuestra Justicia* y a solicitar testimonios de exmiembros de la comunidad para acusar a Wayne de abusos contra menores. Fue encarcelado en diciembre de ese mismo año. Desde entonces ha tenido una actitud pacífica y filosófica mientras espera su liberación. Puedes seguirlo en Twitter.

Cuatro

Es una pequeña aldea al sur de Francia. Bugarach. Nada la diferencia de otros pueblos aledaños salvo el peñón, el Pico de Bugarach, que, según diversas profecías, será el lugar destinado a recibir a los pocos elegidos para salvar el cuello el día del Apocalipsis, el veintiuno de diciembre de este año 2012. Bugarach, cuya población no supera los doscientos habitantes, experimenta en estos momentos una entendible explosión de la demanda inmobiliaria. ¿Quién no querría estar en esta moderna Sion si además hay buenos quesos? Bugarach es el mundo al revés. Geológicamente hablando. Quiero decir que las capas tectónicas más antiguas son las que se encuentran en la superficie, mientras que las más recientes parecen emerger de las profundidades. Algunos atribuyen este fenómeno a un supuesto refugio construido por extraterrestres. La puerta a una nueva dimensión. Los seguidores de la New Age se relamen. Se esperan unas cien mil visitas para el día del juicio. Los comercios de Bugarach han empezando a hacer acopio de alimentos.

Tres

Debo confesar que a veces he sentido, dentro de mí, el secreto deseo de abrazar la fe, cualquier fe, antes del inminente fin de los tiempos; sentirme parte de una congregación de santos y así, apoca-

líptica e integrada, entregarme al dulce abandono, al cobijo del profeta de turno. Y lo cierto es que hace unos años yo también conocí a un gurú. Salvo que no era un gurú del fin del mundo sino un gurú del sexo. No tenía una secta, sino una familia. Y sus seguidoras no eran discípulas sino esposas. Cuando recuerdo mi propia experiencia con *la familia* no puedo evitar pensar en lo fácil que es convencernos de lo que queremos o necesitamos creer. A diferencia del Mesías de Nuevo México, mi gurú no proclamaba el Armagedón sino la revolución sexual y el retorno a los roles esenciales de hombre (dominador) y mujer (sometida). Era sumamente seductor con quienes entrábamos en su estela. Hacía cosas como profetizar tu muerte. Te miraba a los ojos y sabía exactamente lo que pensabas. Y te explicaba por qué lo pensabas. Y al cabo de una cena o una comida podías hallarte en su cama rodeada de mujeres que te hacían sentir una diosa. Pero el gurú no solo tenía diosas y juguetitos, también tenía esclavas. Una de ellas nos sirvió el almuerzo una vez, iba cubierta solo con unos encajes transparentes y, mientras comíamos, el gurú hacía cosas como pedirnos que le metiéramos los dedos en la vagina para comprobar si estaba mojada como correspondía. Siempre lo estaba.

Dos

En el documental filmado por Ben Anthony, se revela que Wayne Bent (o Michael Travesser, o El Mesías) fue secuestrado a los catorce años y agredido por un homosexual. También se dice que su madre había sido asesinada. En una de las imágenes, dos niñas afirman, con lágrimas en los ojos, lo aliviadas que están por dejar finalmente este mundo. "Es como si no estuviéramos hechos para vivir en esta tierra lejos del padre."

Cuando Dios le reveló a Wayne que él era el nuevo Mesías, también le ordenó que tuviera relaciones sexuales con las esposas de dos de sus seguidores y que las hiciera sus mujeres. Mandato divino. Wayne le dijo a los maridos que, si tenían quejas, se quejaran a Dios.

Uno

El fin del mundo como resurrección de la carne. Como fiesta salvaje al pie del becerro de oro. En *Matrix,* cuando aparece la última ciudad de los humanos —llamada convenientemente Sion— lo que se vive es una *rave* apocalíptica y cargada de erotismo. Rompan todo. En los años sesenta, cuando el mundo estaba a punto de volar por los cielos gracias a los misiles soviéticos, Occidente respondió con una eclosión de la sexualidad. Tres días de sexo, drogas y rock and roll antes de que esto se termine. Con Kennedy a la cabeza. No en vano fue en los sesenta que aparecieron las primeras sectas que mezclaban, indefectiblemente, mensajes apocalípticos con ritos sexuales y, en muchos casos, incitación al suicidio colectivo como respuesta al inminente final.

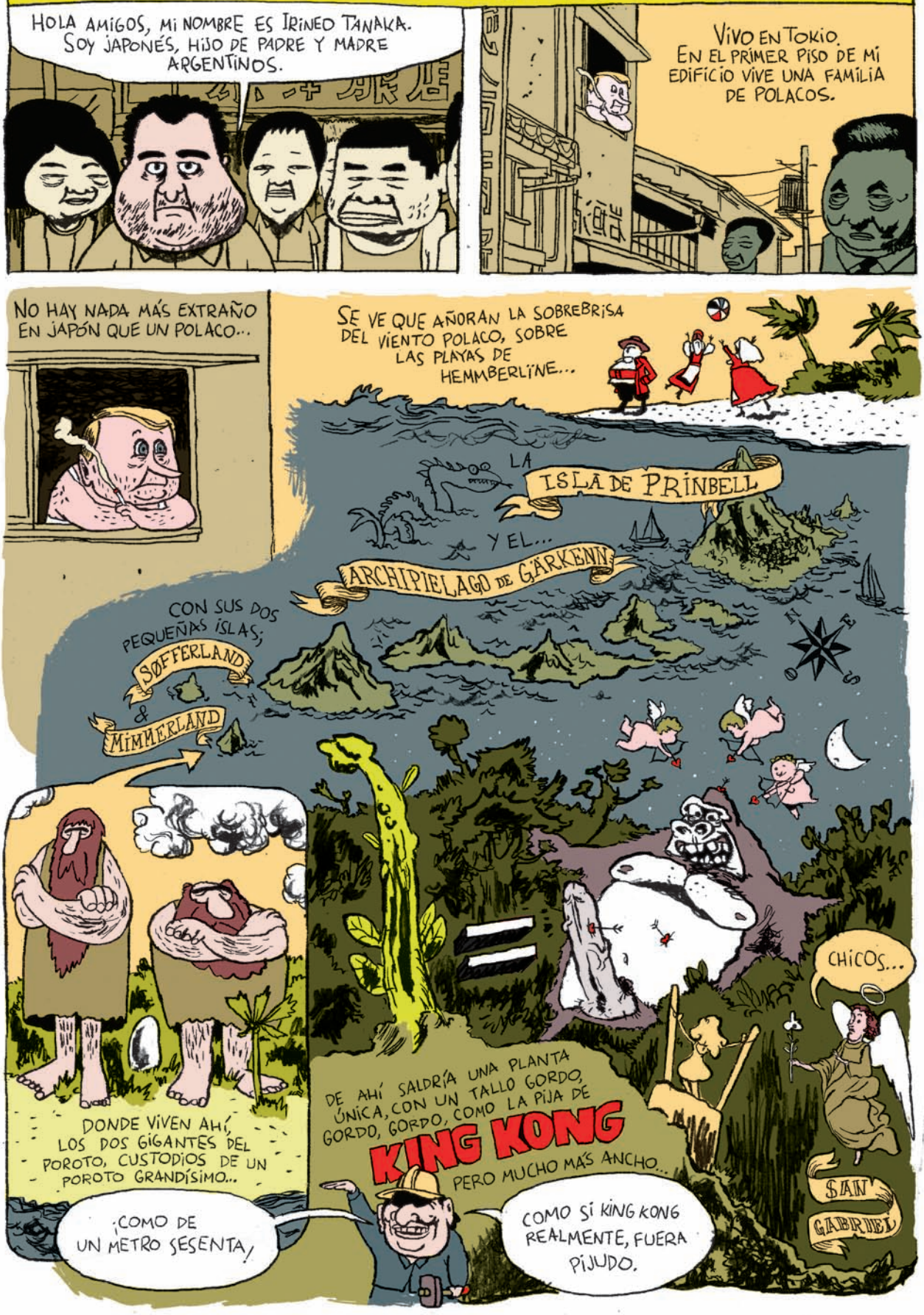
Por eso, ya en pleno 2012, la web está poblada de páginas que animan a incendiar la llanura antes de que se apague el gran conmutador, pero también de una serie de blogs y webs de organizaciones antisectas que existen en todo el mundo: hay una de ámbito hispano que se llama *Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas*. Esta agrupación, junto a la francesa *Misión interministerial de vigilancia y lucha contra las derivas sectarias,* o la estadounidense *American Family Foundation* cuentan, en muchos casos, con el respaldo de la Iglesia Católica (o de cualquier iglesia que intenta no parecer una secta) para realizar sus denuncias. También en el mundo de las sectas, la más grande se come a la más pequeña. Es una cuestión de cantidad. Y la mía es más grande que la tuya.

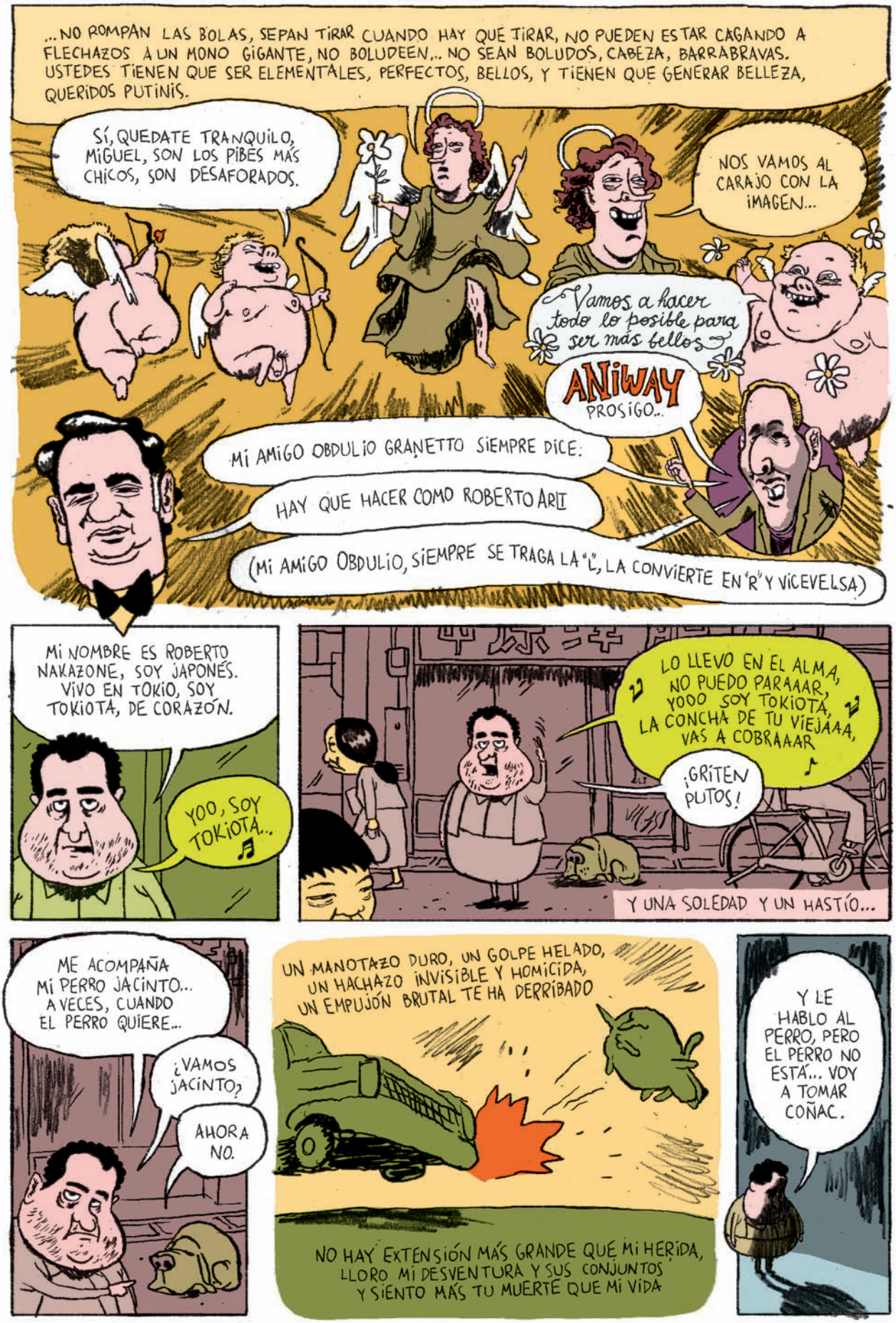
Cero

Si yo tuviera que establecer mi propia secta, esta sería un modelo nuevo y mejorado respecto a los preexistentes. Para empezar yo sería la matriarca, con lo cual pasaría a ocupar un lugar singular dentro del amplio universo sectario, siempre dominado por hombres. Por eso de las formas —¡se trata de una secta!— utilizaría todos los recursos a mi alcance para lavar cerebros, manipular creencias, y anular cualquier forma de pensamiento crítico, pero me relajaría en términos de aislamiento. Es decir que mis seguidores podrían ver la tele, consultar su correo o reunirse con sus familiares no miembros. Buscaría donantes y mecenas poderosos, porque mi secta sería de lujo. La mezclaría con un poquito de New Age, una pizca de Mesianismo Andino y otro poco de imaginería pagana indoeuropea. Con este coctel explosivo me dedicaría como loca a captar adeptos, a reducirlos a mi voluntad y a revelar mi mensaje. Y ellos me estarían agradecidos porque el mensaje sería: el ojo que todo lo ve / los peces caen del mar / los muertos volverán / es el fin del mundo, nada más. ◣

ACIDOUNPEDO

GUION: ALFREDO CASERO
DIBUJOS: JUAN SÁENZ VALIENTE




...NO ROMPAN LAS BOLAS, SEPAN TIRAR CUANDO HAY QUE TIRAR, NO PUEDEN ESTAR CAGANDO A FLECHAZOS A UN MONO GIGANTE, NO BOLUDEEN,.. NO SEAN BOLUDOS, CABEZA, BARRABRAVAS. USTEDES TIENEN QUE SER ELEMENTALES, PERFECTOS, BELLOS, Y TIENEN QUE GENERAR BELLEZA, QUERIDOS PUTINIS.
SÍ, QUEDATE TRANQUILO, MIGUEL, SON LOS PIBES MÁS CHICOS, SON DESAFORADOS.
NOS VAMOS AL CARAJO CON LA IMAGEN...
Vamos a hacer todo lo posible para ser más bellos
ANiWAY PROSIGO...
MI AMIGO OBDULIO GRANETTO SIEMPRE DICE:
HAY QUE HACER COMO ROBERTO ARLT
(MI AMIGO OBDULIO, SIEMPRE SE TRAGA LA "L", LA CONVIERTE EN "R" Y VICEVELSA)
MI NOMBRE ES ROBERTO NAKAZONE, SOY JAPONÉS. VIVO EN TOKIO, SOY TOKIOTA, DE CORAZÓN.
YOO, SOY TOKIOTA...
LO LLEVO EN EL ALMA, NO PUEDO PARAAAR, YOOO SOY TOKIOTA, LA CONCHA DE TU VIEJAAA, VAS A COBRAAAR
¡GRITEN PUTOS!
Y UNA SOLEDAD Y UN HASTÍO...
ME ACOMPAÑA MI PERRO JACINTO... A VECES, CUANDO EL PERRO QUIERE...
¿VAMOS JACINTO?
AHORA NO.
UN MANOTAZO DURO, UN GOLPE HELADO, UN HACHAZO INVISIBLE Y HOMICIDA, UN EMPUJÓN BRUTAL TE HA DERRIBADO
NO HAY EXTENSIÓN MÁS GRANDE QUE MI HERIDA, LLORO MI DESVENTURA Y SUS CONJUNTOS Y SIENTO MÁS TU MUERTE QUE MI VIDA
Y LE HABLO AL PERRO, PERO EL PERRO NO ESTÁ... VOY A TOMAR COÑAC.

ESTOS GIGANTES TENÍAN LA CAPACIDAD DE SER MUY PELUDOS. AMBOS ERAN GUARDIANES DE UN ROSQUETE, QUE ERA EL
Rosquete del Santo Grial
HASTA QUE UNA NOCHE, EN LA CABAÑA DE LOS GIGANTES, UNO LE DICE AL OTRO:
¿VOS PODÉS ASEGURAR QUE ALGUNA VEZ LO VISTE?
AY, ¿NO ESTAREMOS HACIENDO UNA LOCURA?
ENTONCES, LOS GIGANTES DECIDEN DEDICARSE AL BASQUET.
(UNO DE ELLOS TERMINÓ PRESO EN ILLINOIS, POR VIOLARSE A LA FUERZA A UN GLOBE TROTTER)
EL POROTO IBA A HACER CRECER UN ÁRBOL GRANDÍSIMO, COMO UNA LARGA ENREDADERA, PARA QUE ÉL ESCAPE CUANDO EL VALHALLA MANDARA EL GRAN TRONOR, CON FORMA DE MARTILLO DE PLUTÓN...
QUE ES UN MARTILLO IGUAL A TODOS LOS MARTILLOS, PERO CON UNA "P" GRABADA EN EL COSTADO. ASÍ, SI SE PERDÍA, YA TENER UNA "P" DABA UN INDICIO DE QUIÉN SERÍA EL DUEÑO DEL MARTILLO...
Y QUE ESTE SE LLAMASE CON "P"... O BIEN EN EL LUGAR DONDE HUBIERAN VARIOS CON "P", TENDERÍA A SER MENOS GENTE LA QUE TENDRÍAN QUE CONFRONTAR PARA VER SI ERA VERDAD O NO:
P
PEDRO, PACO, PINEAS, PAUL Y UN PUTO
EPA, ¡PERO NO SON PÍJUDOS!...
SÍ, PERO MIRE...
MMM
MI ABUELA ERA RUSA...

LO QUE PASA ES QUE LA TENEMOS GUARDADA POR SI HAY PELEA.
UN URUGUAYO
SÍ, SEGURO, CLARO, POR SI HAY PELEA.
VIVO EN JAPÓN DESDE QUE NACÍ. NACÍ EN OSAKA ①, QUE ES UN LUGAR HERMOSO PARA LA CRÍA DE LA BRÓTOLA ②.
1
TAMBIÉN CRIAMOS PETREKAS ③, CHOMBAS ④, Y EL SABROSO PESCADO DEL IBICUY ⑤.
2
3
4
5
PERO ESTE ÚLTIMO EN JAPÓN SE LLAMA "PESCADO DE LA ISLA DE ILLINOIS". LO QUE SÍ, ESO...
¡NO ME PREGUNTEN PORQUÉ!
NAT GEO
Chuiiiip
ÉSTE ES EL COCODRILO ASTURIANO.
SE MORFA LAS GAVIOTAS EN EL AIRE, CHUPÁNDOLAS CON SU TROMPA EN FORMA DE PAJITA.
YO LA VERDAD, SIEMPRE COMO UNA SOLA COSA. NO TE COMO VEGETAL PORQUE SOMOS DE INTESTINO CORTO Y SIEMPRE NOS CAGAMOS.
ESTO ES ASÍ...
¡NO ME PREGUNTES PORQUÉ!

CASERO & SÁENZ VALIENTE 2012

AUTOPSIA DEL INDIGNADO ESPAÑOL

En el tercer número de esta revista, hace solo un año, hablábamos de los indignados en España, una fuerza popular que estaba tiñendo las plazas. Hoy ya no se ven, no están, no existen. Le preguntamos a nuestro cronista español más indignado qué fue de ellos. Y su respuesta, más que un diagnóstico, es una especie de autopsia.

Por **José A. Pérez**

Ilustra **Bernardo Erlich**

Esta es la historia del país que llegó a construir más casas que Alemania, Francia e Italia juntos. El país con la mayor tasa de cocaína por nariz de toda Europa y capital mundial de los billetes de quinientos euros. Una nación de emprendedores siempre dispuestos a poner en práctica innovadores planteamientos empresariales, como un aeropuerto sin aviones o un estudio de cine sin rodajes. Un país tan vibrante que los jóvenes apenas podían esperar a terminar su formación para lanzarse al mundo laboral. Y, de hecho, no esperaban. De ahí que, entre los récords nacionales, se encontrase también el de abandono escolar.

Ciertamente, los protagonistas de nuestra historia no destacaban por su apego a la educación, ¿pero quién necesita la tabla periódica de los elementos cuando puede aparcar el último modelo de Audi en su garaje? Y es que en aquel estupendo país no hacía falta tener formación para ganarse la vida. Bastaba con saber una sola palabra: cemento.

Las calles estaban repletas de analfabetos funcionales con neones en los bajos del coche y equipos de música estéreo en el maletero. Ciudadanos que se limitaban a ejercer las necesidades orgánicas básicas además de ver la televisión, ir al fútbol, a festivales tecno y, en algunos casos, ingerir dosis de alguna que otra sustancia ilegal. Los grandes expertos en macroeconomía llamaron a esto "milagro económico", y se convirtió en un caso de estudio en las más prestigiosas universidades del planeta.

Por supuesto, aquel país también tenía algún que otro problema. Estaba, por ejemplo, el asunto del (absurdamente alto) precio de la vivienda. Agujeros de treinta metros por el sueldo de treinta años. La palabra *minipiso* se convirtió en el neologismo más popular. Bien es cierto que aquel era un problema menor, dado que siempre había un banco o una caja dispuestos a conceder una hipoteca a prácticamente cualquiera que la solicitase.

De hecho, la ingeniería financiera se había adaptado tan sumamente bien al optimismo económico nacional, a aquel distendido ambiente de fiesta, que los bancos empezaron a conceder hipotecas largas como vidas. Hipotecas que le acompañaban a uno hasta el geriátrico y, más allá, hasta el tanatorio. Hipotecas hereditarias que pasaban de padres a hijos, que seguirían ahí cuando uno ya no estuviese, como un tributo del banco a su persona.

Con el tiempo, aquel deslumbrante posibilismo intelectual y económico fue engendrando un país a mitad de camino entre lo sublime y lo grotesco, entre el lujo y la mancha de grasa. El horizonte quedó tapado por un muro de rascacielos caquis, la mayoría de cuatro y cinco estrellas. Por la noche, imitadores de Elvis Presley hacían las delicias de miles de centroeuropeos lechosos. Vaso en mano, los llamados *guiris* se dejaban cautivar por aquel país que parecía vivir sin miedo a nada, siempre riendo, siempre estrenando campos de golf, puentes, centros de convenciones, ciudades de la cultura y de la luz y de las artes y de las ciencias.

Aquí y allá fueron proliferando pequeñas poblaciones que no aparecían en los mapas. Se anunciaban en gigantescos carteles con las palabras "Promoción" o "Piso piloto" o "Últimas viviendas". En la televisión, media docena de spots mostraban urbanizaciones digitales con el color muy saturado, "Esto es una reconstrucción, las dimensiones reales pueden variar y en la vida real la hierba no es tan verde". Sobre la música de fantasía, una voz de falso terciopelo juraba y perjuraba que aquello iba a ser la repanocha de la civilización, una farmacia por habitante y un bar por extremidad, ¿a qué esperas para visitarnos?

Tener dos casas era de pobres, la gente *bien* tenía de tres para arriba, piscina, dos coches, perro, niño y una mujer ecuatoriana a la que, de forma genérica, llamaban *chica*.

Florecieron fundaciones y empresas de eventos, todas capitaneadas por gente fina y propensa a la amistad, al tiempo que los poderes del Estado eran separados por paneles móviles para facilitar el tráfico de camareros con canapés. Los políticos, arrebatados por el torbellino edificador, empezaron a perpetrar inauguraciones preventivas en descampados. Al fin y al cabo, solo era cuestión de tiempo que alguien construyese algo ahí.

Facturar se convirtió en un anglicismo. En aquel país, todo el mundo lo sabía, la economía funcionaba de otra manera, de mano a mano, de sobre a sobre, de maletín a maletín. La gente seria firma los pactos con un buen apretón de manos, a ser posible en interior y por la noche.

Es cierto que el país sufría algunas anomalías democráticas, pero nada particularmente dramático. Estaba, por ejemplo, el hecho de que los líde-

res (es un decir) de los grandes partidos hubiesen dejado de aceptar preguntas de los periodistas. Se limitaban a aparecer ante las cámaras, largar su mensaje y hacer mutis por el foro con cara de vóteme. La información se había convertido en un ping-pong de propagandas. Las campañas electorales eran guerras de videos ideados por las mejores agencias de publicidad y rodados por las productoras más céntricas. El acceso de los medios a los mítines fue restringido, y los debates entre candidatos estaban hasta tal punto pactados que las crónicas se escribían la víspera.

Pero lo cierto es que estas cosas no le importaban a casi nadie. Al fin y al cabo, son sacrificios que el pueblo debe hacer si quiere subir el PIB. Algún precio tiene que tener la riqueza, de lo contrario todos los países serían ricos y nadie querría coser balones.

La vida, en definitiva, era maravillosamente feliz en aquel país donde la fiesta parecía no acabar nunca. Solo que un día, por supuesto, la fiesta se acabó. Y de la noche a la mañana, todo empezó a derrumbarse.

Los constructores se convirtieron en seres mitológicos de quienes no quedaba rastro alguno. Sin constructores, dejó de haber obras, y sin obras, las decenas de miles de personas formadas *solo* en el apilamiento de ladrillos perdieron sus trabajos. El consumo de cocaína se derrumbó, y los talleres mecánicos especializados en la instalación de equipos estéreos en los maleteros tuvieron que cambiar de negocio. La venta de libros de autoayuda, sin embargo, alcanzo récords históricos.

Muchos economistas, que hasta entonces habían sostenido que hacer zanjas y levantar paredes era una estrategia de lo más sostenible y competitiva, empezaron a olerse que algo no marchaba bien. Los bancos vendieron sus propiedades inmobiliarias, incluso las acristaladas sedes fálicas llenas de analistas de riesgo que, de pronto, se mordían las uñas hasta el codo. Se interrumpió la concesión de hipotecas a todo aquel que no supiese conjugar correctamente el verbo *haber*, y luego también a los que sabían conjugarlo.

Un nubarrón se había instalado sobre el país del sol, y cuando empezó a descargar lluvia, toda la porquería acumulada durante tantos años de sequía empezó a correr por las calles a la vista de todos. En muy poco tiempo el país se llenó de presuntos: alcaldes, diputados, presidentes y empresarios presuntos. Hasta un miembro de la casa Real se reveló presunto para consternación de la menguante masa monárquica del país y disfrute de la prensa rosa. La fachada de la Audiencia Nacional empezó a ser más habitual en televisión que las bragas de la última choni reciclada en líder de opinión.

El país de la zanja, la paella y el gin-tonic dejó de ser el protagonista de uno de los más venerados milagros económicos de los últimos tiempos para ser una porquería sobredimensionada cuya caída podía poner en peligro la economía mundial. Los europeos lechosos empezaron a llegar en manadas menos numerosas. Las ciudades de las artes se vaciaron de exposiciones. Y los representantes políticos que aún no habían encontrado refugio como consejeros de una multinacional, dirigieron sus ojeras a las lentes de televisión y, con tono solemne pero preocupado, pidieron a sus conciudadanos una única cosa. Algo que jamás antes habían pedido.

Austeridad.

Empezaron siendo miles, luego decenas de miles y, por fin, centenares de miles. Se encontraron en calles y plazas, convocados a través de redes sociales. Decían no pertenecer a ningún partido político y carecer de líder. Pedían una democracia real, que era la forma concisa de decir que les gustaría haber nacido en otro país. Dado que aquello no era posible, habían decidido manifestar su indignación con quienes consideraban responsables de aquel *Desastre Nacional* que, por algún motivo, ya no daba dinero.

Señalaron, en primer lugar, a la clase política. No les parecía bien que sus democráticamente electos representantes hubiesen fomentado el modelo económico de la edificación maniática compulsiva. En este punto, los indignados ponían palabras a algo que las encuestas habían detectado tiempo antes. Y es que los políticos se habían convertido en el tercer problema del país, después del paro y la crisis, arrebatando la posición al terrorismo (en un sano ejercicio de alternancia democrática). Esto, lejos de provocar una regeneración en los partidos, dio pie a eslóganes aún más cortos.

La muchedumbre clamó también contra los banqueros. Les resultaba indignante que, duran-

ESTABILIDAD
PAGA EXTRA
VACACIONES
PROSPERIDAD
PLANES
JUSTICIA
EUROPA
¿QUÉ HACES?
TACHO PALABRAS QUE NO VOY A VOLVER A USAR.

te tanto tiempo, los señores de la banca hubiesen concedido hipotecas con aquella despreocupada alegría, sin tomarse la molestia de prevenir a sus clientes de que la banca siempre gana. Ahora el país era una campo minado de hipotecas a tres, cuatro y hasta cinco décadas cuya letra pequeña había empezado a explotar por las calles en forma de desahucios.

A lo largo y ancho de la geografía patria, los heraldos de la banca iban llamando a las puertas, qué hay, buenos días, verá, esta casa suya es en realidad de la sociedad a la que represento, haga el favor de salir con las manos en alto. Sí, ya sé que tiene derecho a un abogado, pero también tiene derecho a una vivienda y ya ve. El capitalismo es un monstruo atroz, tuiteaban algunos desde sus iPhone *designed in California* pero *assembled in China*.

La prensa libre, por su parte, también sufría las consecuencias del fin de fiesta. La cuenta de resultados se había puesto carmesí y los consejos de administración de los principales medios equilibraban números despidiendo a periodistas y aumentando las páginas de prostitución hasta equipararlas a las de Nacional. Tan ocupados estaban los medios buscando quién les salvara de la quiebra que la indignación popular les pilló de viaje en otra realidad.

En un principio, los indignados fueron tildados de antisistemas porque solo a un antisistema se le ocurriría pedir una mejor calidad democrática o condenar la corrupción política. Luego, de pura insistencia, la pacífica masa cabreada pasó de la página trece a la página siete y, por fin, a la portada. Foto a todo color: "El pueblo toma la plaza". Nunca, en toda la historia democrática de aquel país, tanta gente había salido a la calle para exigir tan efusivamente algo tan poco concreto.

Los indignados se instalaron en torno al kilómetro cero con sus tiendas de campaña y sus provisiones, con sus escobas y sus carteles reciclados, y decidieron quedarse allí a la espera de algo que nunca llegaron a precisar. Hacían tai-chi por la mañana y asambleas por la tarde. Aplaudían en silencio y, a mano alzada, intentaban reinventar el sistema con propuestas que difundían en blogs, correos y redes sociales. Se instauró así una suerte de república de la queja, una miniciudad autogestionada en el centro mismo del país. Ya ves, tantos años construyendo casas para que la gente acabara protestando a la intemperie.

La espontánea, colorista y no violenta sentada fue aplaudida por los vecinos de la zona. Durante una semana. Porque resultó que los indignados, vete tú a saber por qué, espantaban a los turistas. Y por ahí sí que no estaba dispuesto a pasar casi nadie. Los bares y comercios denunciaron un descenso del setenta por ciento en sus ingresos desde que se pedía democracia real por las calles. La utopía está bien, decían los hosteleros a las cámaras de televisión, siempre que no afecte a mi negocio.

En qué medida influyó la presión vecinal nadie lo sabe, pero el hecho es que los indignados acabaron por disolverse tan pacíficamente como habían llegado.

En los meses que siguieron, el nubarrón que se cernía sobre el país se volvió más negro y la lluvia empezó a llevarse todo por delante: trabajos, empresas, ministerios, subvenciones y hasta un presidente del gobierno. Día sí, día también, el Apocalipsis se asomaba a los titulares y todos los ciudadanos contenían el aliento. La orgullosa nación que poco antes se jactaba de poner los pies en la mesa del Imperio y declarar guerras a repúblicas árabes, se asfixiaba ahora en las consecuencias de su mala gestión, su codicia y un histórico desprecio a la investigación y a la educación. Eso sí, tenía muchos aeropuertos y quizá más centros de convenciones que ningún otro país del mundo.

La indignación, que con tanta fuerza había prendido, se fue convirtiendo en desesperanza en algunos casos y emigración en otros. Los más fervorosos defensores del movimiento se refugiaron en asambleas locales y listas de correo. La corrupción, por su parte, siguió siendo democráticamente avalada y las ideas conservadoras accedieron al poder. Incluso el Rey se rompió una cadera mientras intentaba cazar un elefante, lo cual constituyó una desgraciada metáfora de la situación nacional.

Diez meses después de la eclosión indignada, las autoridades gubernativas anunciaron una amnistía para los evasores fiscales y recortaron todos los presupuestos públicos, también las partidas de ciencia y educación, excentricidades de ricos que, como todo el mundo sabe, carecen de sentido en los tiempos difíciles.

Y mientras la nación se derrumbaba con esa

entereza que da el espíritu de perdedor histórico, los indignados se dejaban ver en este desahucio y en aquel titular. En manifestaciones, pegatinas, pies de foto y tuits. Algunos les daban por muertos, pero ellos tozudamente se negaban a morir.

El Gobierno anunció una modificación del código penal para sancionar con cárcel la convocatoria *online* de protestas callejeras, así como la resistencia pasiva a la autoridad. Es decir, se penó la indignación. Quedarse sentado en el suelo, mirando en silencio a un agente del orden, estaría castigado con penas de hasta cinco años de sombra. Austeridad también en los derechos y libertades.

Y así concluye la historia de este país, con un lento fundido a negro y créditos en forma de citaciones judiciales. Sin un inesperado giro de trama final. Sin moraleja.

Quizás algún día, dentro de una o dos hipotecas, alguien recuerde todo esto y adivine qué significó, si es que significó algo. Quizá la Historia lo olvide, o quizás el destino sea cínico y alguno de los indignados que clamaba por las calles acabe como presidente del Gobierno.

Cosas más raras se han visto en este país.

Indignados, indispuestos y radicales

No duraron mucho los indignados —me dice Chiri—. Y pensar que les hicimos la tapa de la Orsai número tres. ¿Te acordás?

—¡Qué olfato tenemos para el periodismo!

—¿Pero es verdad que ya no se ven más?

—Siguen estando —le digo—, pero están tan cagados por la falta de trabajo que ahora se llaman los indispuestos.

—Es raro que ya no estén más enojados, justo ahora que la cosa está peor que antes... ¿Dónde están los indignados, Jorgito? ¿Por qué no son millones los jóvenes que toman las calles? ¿Qué están haciendo si no tienen trabajo?

—Están tuiteando —le digo—. Yo creo que lograron concentrar su indignación en ciento cuarenta caracteres, que es mucho más cómodo que estar en las plazas día y noche.

—Pero es más cómodo también para el neoliberalismo tener a la juventud tuiteando y no en la calle rompiendo McDonalds a piedrazos, ¿no?

—No sé Christian Gustavo, no me hagás preguntas de gente grande, no me pongas la palabra *neoliberalismo* en una frase —le digo.

—¿Estás indignado? —se asusta Chiri— ¿Sos uno de ellos, te infectaron?

—La juventud de acá es distinta. Se enojan, pero más o menos. Vos pensá que la mayoría de los chicos que salieron a la calle en el 15M siguen viviendo con los padres.

—¿Pero están organizados, plantean la intervención del Estado, armaron algo más o menos serio, como los islandeses?

—¿Por qué te preocupa tanto el tema? —le pregunto— ¿Por qué hablás así, con palabras raras? ¿Te están apuntando con un arma?

—No, boludo. Me interesa de verdad. Hace tres meses yo vivía ahí.

—Yo vivo acá hace doce años y me chupa bastante un huevo. Hay mucha gente pelada dirigiendo todo.

—Pero yo leo en los diarios que nunca en la vida hubo más desocupación que ahora —me dice Chiri—. ¿No le rompieron el vidrio a ningún edificio todavía?

—En España, hasta el momento, la juventud no rompió nada en la vida real, solamente hackea la web de la policía, una o dos veces por semana. ¿Te imaginás cómo se debe estar cagando de risa la policía viendo que los indignados le hackean la web? Están todos rascándose el higo y dando gracias a dios de que existe internet.

—Un día los pibes se van a despertar, vas a ver. No seas tan negativo.

—Qué sé yo —le digo—. Para peor, cada vez que hay dos o tres que se ponen la capucha y tiran un piedrazo en serio los diarios dicen que son "radicales". Y yo me imagino que abajo de la capucha están De la Rúa y Jaroslavsky... Me siento muy solo, Christian Gustavo.

—Estás exagerando. Yo creo que se están organizando para dar el gran golpe a la derecha.

—Algunos pendejitos están organizados, sobre todo los que se dejaron la barba. Pero me parece que suspendieron la revolución por mal tiempo. Porque más o menos pararon de hacer quilombo en la calle cuando vino la época de las lluvias.

—Es jodido ser anarquista a la intemperie.

—Capaz que ahora, con el veranito, empiezan de nuevo con las cacerolas y las sentadas.

—Qué gente hermosa que son —me dice Chiri—, mucho más civilizados que nosotros para quejarse y protestar.

—Yo creo que la juventud española va a salir a la calle en serio, pero con bronca y rabia de verdad, si un día Rajoy les recorta el tiempo de estar boludeando en Twitter.

—¿Entonces vos decís que las redes sociales no son buenas para la revolución? ¿No estás de acuerdo con el uruguayo Evan, que dice que Twitter sirve para el activismo?

—¡En Egipto sí! —le digo— En Afganistán, ponele. O en México, en Colombia. En lugares en donde la juventud tiene hambre en serio, o están hartos de verdad. Acá todavía la revolución es una moda hipster.

—¿Y por qué no salís a la calle y rompés todo? —me convida Chiri— Vos tenés barba.

—Pero ya no soy joven, querido amigo... Me encantaría tirarle un zapatazo a Rajoy en una conferencia de prensa, y después salir corriendo. Pero soy gordo y viejo, me agarran enseguida.

—Entonces, ¿estás indignado o no?

—No —le digo—. Estoy aburrido, que es la indignación del burgués. ◣

DINERO

NADIE ESTÁ CONTENTO

LO QUE GANAS

LO QUE HACES CREER QUE GANAS

LO QUE SIENTES QUE GANAS

LO QUE CREES QUE DEBERÍAS GANAR

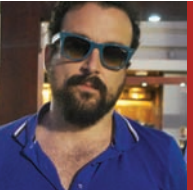
LO QUE CREES QUE DEBERÍAN GANAR TUS COMPAÑEROS DE TRABAJO

LO QUE CREES QUE DEBERÍA GANAR TU JEFE

LO QUE CREES QUE GANA TU JEFE

LO QUE TU JEFE CREE QUE GANA

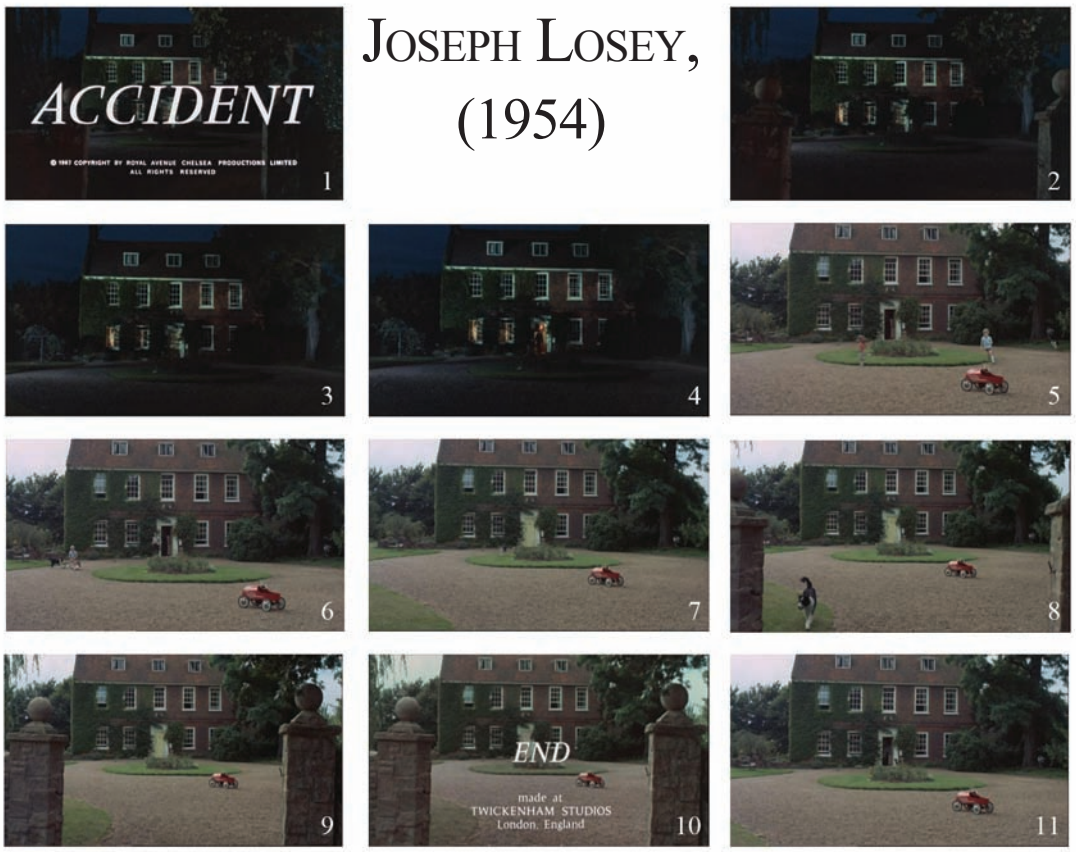
REPITA HASTA ENCONTRAR A ALGÚN SATISFECHO



Por Nacho Vigalondo

ACCIDENT

JOSEPH LOSEY, (1954)



Las escenas de crédito y los fotogramas finales de *Accident* ocultan un misterio más grande, quizá, que la propia trama de Harold Pinter. Nacho Vigalondo disecciona estas secuencias y pone entre paréntesis el resto de la historia.

Tengo entre mis manos la caja de la edición española en DVD de *Accident*, de Joseph Losey, editada por Avalon. Leo la sinopsis en la contraportada: "Un profesor universitario ve abocado su deseo hacia una bella alumna. La crisis de mediana edad encarnada en la infidelidad y el engaño derivará hacia consecuencias trágicas". Hay un error en esta descripción, y no me refiero a la insistencia en describir la trama de las obras "mayores" haciendo alusiones directas a los temas de base ("crisis de mediana edad"), como si fuese necesario certificar cuanto antes que no estamos ante una película insignificante. El problema de esa sinopsis es que se equivoca de lleno. En efecto, esta película arranca con un deseo prohibido. Pero, al contrario que en las tragedias clásicas, donde el desastre es una consecuencia determinada por la naturaleza de los personajes,

una lógica terrible que se puede intuir desde el minuto cero, en *Accident*, el motivo por el que se desata la tragedia es... un accidente.

Stephen (Dirk Bogarde) es el profesor enamorado, y el objeto de su deseo es Anna (Jacqueline Sassard). El problema es que él está casado con Laura (Ann Firbank) y que la alumna tiene novio, William (Michael York). Para terminar de empeorar las cosas, resulta que Anna tiene una relación ilícita con un quinto personaje, Charley (Stanley Baker), un amigo de Stephen de similar edad y recientemente divorciado. Nuestro protagonista, que lleva su pasión en secreto, tiene que lidiar con circunstancias tan sórdidas como ceder su propia casa a Charley para que pueda tener sexo con Anna. Hasta aquí, parece un panorama diseñado para estallar en cualquier momento.

Pero Joseph Losey, un director más interesado en observar desde todos los ángulos posibles una misma circunstancia, antes que en seguir una trama cambiante, describe una situación que, por muy insoportable que sea, podría no cambiar jamás. La mujer de Stephen parece conformarse desde hace tiempo con un matrimonio sin amor, la exmujer de Charley ya no tiene vela en este entierro y el novio de Anna parece envuelto en una niebla de ingenuidad adolescente y no se entera de nada. El guion de Harold Pinter parece gozar mostrando hasta qué punto unos personajes rendidos por la hipocresía, la frustración y el cansancio vital no hacen más que encogerse de hombros. Hasta que sucede *el accidente*. Un hecho fortuito que mata a uno de los personajes, de golpe y porrazo.

Es una ley tan evidente que nadie, que yo sepa, ha tenido que escribirla: la casualidad y el azar en un relato son tolerables como arranque, pero cuanto más tarde se presenten, más posibilidades habrá de que el resultado sea frustrante. Nos tragamos sin problemas que un personaje gane la lotería o le caiga un rayo en la cabeza en el primer acto, porque damos por hecho que ese golpe de suerte va a determinar todo lo que venga después. Pero si el azar se da más allá del ecuador de la película da igual que conlleve consecuencias positivas o negativas para el protagonista, vamos a interpretarlo como un recurso fraudulento para darle vida o matar a la narración. Ahora me viene a la mente la novela de Paul Auster *La música del azar*, una trama en la que los sucesos aleatorios se daban hasta la última página. Algo que Auster hizo legítimo porque, precisamente, el azar era el tema sobre el que construía todo el relato. ¡Demonios!, si hasta puso "azar" en el título.

El accidente de coche de *Accident* determina todo lo que pasa después. El problema es que llega muy tarde, ya entrado el tercer acto, y tiene todas las papeleras para torcer los morros del espectador. Ignoro si la forma en la que *Accident* se cubre las espaldas ante este problema es una solución de Losey o de su legendario guionista, Harold Pinter, o si procede de la novela original del mismo título, escrita por Nicholas Mosley. Es un recurso que hemos visto utilizado cientos de veces, el de contar la película como un enorme flashback. La primera secuencia es el accidente automovilístico. Después, la narración salta hacia atrás y nos cuenta cómo hemos llegado hasta ese punto. Así, cuando alcancemos de nuevo la tragedia, esta tendrá un sentido completamente distinto para nosotros. Y, aunque no sea el punto de partida real de los acontecimientos, al mostrarse al principio funciona como manto fatalista que determina la forma en la que contemplaremos la película.

El relato de este accidente es una muestra del talento de Losey para ser cruel y delicado al mismo tiempo. Los créditos de inicio de la película se superponen sobre la mansión de Stephen mientras oímos el motor de un vehículo acercándose *(imagen 1)*. Una vez que el desfile de nombres termina, la cámara avanza, muy despacio, en dirección a la casa, atravesando el acceso en el muro de piedra *(imagen 2)*. En el exacto momento en que hemos dejado las paredes de piedra detrás, en el mismísimo segundo en el que podemos sentir que estamos *dentro*, oímos el chirrido de frenos y el batacazo *(imagen 3)*. La cámara se detiene, con suavidad. Escuchamos un perro ladrar. Finalmente la puerta se abre y Stephen se asoma *(imagen 4)*.

Es un comienzo formidable por muchos motivos, pero me interesa especialmente el que la cámara se esté acercando a la casa de Stephen desde antes de producirse el accidente, y que el momento en el que deja el muro atrás esté milimétricamente sincronizado con el ruido del siniestro. La película no parece reaccionar a un acontecimiento súbito, sino participar en él. Y así, la forma de presentar a Stephen es bastante poco misericordiosa. Más que el centro de la narración, parece la futura víctima de una trampa.

La película avanza, vamos descubriendo la triste circunstancia que envuelve a Stephen, sumido en una impotencia que se hace más evidente, secuencia a secuencia. Y llegamos de nuevo al accidente con el que la película comenzó, y descu-

brimos lo que representa para él, una macabra oportunidad que le cede el destino para colmar su deseo durante un breve, mezquino lapso de tiempo. El epílogo de la película es un desapasionado regreso al punto de partida. Da igual hasta qué punto Stephen se ha descubierto como un ser corrompido, el personaje no ha aprendido nada, ni se ha transformado en ningún sentido.

Losey nos lo cuenta así: volvemos a la misma composición que nos mostró la casa de Stephen al comienzo, pero de día. Sus dos hijos y el perro de la familia corretean junto a un coche de juguete, de resonancias bastante siniestras *(imagen 5)*. La niña tropieza y Stephen aparece tras la puerta principal, como al comienzo de la película. Una vez más, es un accidente lo que le hace asomarse al exterior, pero esta vez es un tropezón mucho más inocuo. Oímos de fondo el motor de un coche, exactamente igual que en el comienzo, pero nadie en pantalla parece percatarse *(imagen 6)*. Stephen y sus hijos entran en la casa, y, como alguno ya podría intuir, una vez que la puerta se cierra tras ellos, la cámara arranca un lento movimiento de alejamiento, un travelling que reproduce, a la inversa, el mismo que vimos al comienzo del metraje. El ruido del coche se intensifica, como si pudiese irrumpir en plano en cualquier momento *(imagen 7)*. La ceremonia se cumple: en el mismo instante en el que la cámara deja atrás el muro de piedra, el coche que se acerca en off empieza a derrapar ruidosamente. La simetría con el primer plano de la película es perfecta. Nos llama la atención el perro, que se ha quedado fuera de la casa y no ha dejado de corretear por ahí. Podríamos pensar que es el único al que llama la atención el estruendo que viene de más allá *(imagen 8)*. El perro deja el muro atrás, saliendo de plano, suponemos que ha alcanzado la carretera frente a la casa. En ese instante oímos cómo el coche se estrella, es la misma pista de sonido que escuchamos en el primer accidente. Nadie en la casa parece haber oído nada *(imagen 9)*. La película termina *(imagen 10)*.

¿Qué diablos acaba de pasar?

No lo hemos llegado a ver, pero la salida del perro en plano coincide con el estruendo del golpe, un efecto nos hace pensar automáticamente que el perro se ha interpuesto en el camino del vehículo, con resultados catastróficos. Entonces, ¿al final de la película el perro de Stephen provoca un segundo accidente de coche enfrente de la casa de Stephen? ¿Qué demonios aporta algo así al relato? ¿Qué sentido puede tener?

Necesitado de respuestas según terminé de ver el DVD, busqué en internet reacciones e interpretaciones a ese final. No tardé en encontrar, desde varias fuentes, una explicación bastante sólida. La clave la podemos descubrir en un instante, pocos segundos antes del fin. Es el momento en el que, habiendo entrado los niños ya en la casa, Stephen sostiene la puerta, frente al perro. Es una clara invitación a que entre. Pero el perro no le hace caso *(imagen 11)*. Dirk Bogarde, el actor, sostiene el gesto durante un segundo de más, pero finalmente cierra. Habiéndonos fijado bien, parece lógico pensar que el plan inicial de la película era que el perro entrase en la casa. Así, la composición en pantalla final sería exactamente la misma que al comienzo de la película, solo rota por la presencia del coche de juguete, que atraería toda nuestra atención en el momento en el que se escucha el golpe. De esta manera sería más fácil comprender que el accidente que estamos escuchando es un recuerdo sonoro del primer accidente, una licencia poética similar a los ecos fantasmales de banjo que escuchábamos al final de *Deliverance*. En *Deliverance*, al igual que en *Accident*, los protagonistas volvían a la normalidad de sus vidas después de darse un paseo por el lado oscuro, del que habían salido más o menos indemnes. Pero el desenlace nos sugería que algunos fantasmas no desaparecerían jamás.

Es de cajón pensar que los planos que abren y cierran *Accident* se rodaran seguidos, aprovechando una misma vía de *travelling* para los dos movimientos de cámara. Y, como uno tenía que filmarse de noche, es lógico suponer que el plano diurno se rodase justo antes de que empezara a caer el sol. Las crónicas confirman que hubo problemas durante esa jornada de rodaje: el tiempo se echó encima. Losey quería repetir el plano en el que el perro se acerca a nosotros y sale del encuadre, pero las condiciones de luz no lo permitían, ya era demasiado tarde para repetir la toma. En efecto, la luz de este plano en el montaje final es de noche inminente. El director dio la toma por buena considerando que la escapada del perro tampoco sería un problema tan grave.

Y no fue hasta el día del estreno cuando descubrió la confusión que el correteo del perro creaba entre el público, hasta qué punto redefinía el desenlace de la historia.

Exacto, el desenlace de *Accident* es un prodigioso accidente.

NO TENGO BLOG

MANEL F.

DICE EL EDITOR QUE ESTARÍA BIEN MENCIONAR EL LÍO *REPSOL-YPF*

Y BUENO, A MÍ ESA EMPRESA YA ME LA QUITÓ EL GOBIERNO CUANDO LA PRIVATIZÓ Y LA RE-GALÓ A SUS AMIGOS...

... A PARTIR DE AHÍ, ¡CON SU PAN SE LO COMAN!

SABIDURÍA MILENARIA

En el tren, una CHICA JAPONESA pasa el viaje BARCELONA-CASTELLÓ hablando por el móvil

¿YAMA-MOTO?

Al mismo tiempo, comerá la manzana que lleva en una bolsa

A medio comer, la manzana está así...

...Y no así, que sería lo normal

LO NORMAL

Comerse la manzana dándole CUATRO VUELTAS en la mano

1 LO DEL MEDIO

2 LO DE ARRIBA

3 LO DE ABAJO

4 APURADO FINAL

La japonesa alcanza el mismo resultado en UNA SOLA VUELTA: ¡OPTIMIZANDO EL MOVIMIENTO! ¡GRAN **CULTURA MILENARIA!**

¡Y NI TAN SIQUIERA ERA UNA *MANZANA FUJI*!

27-IV-2012

En Barcelona con un amigo: Al mediodía entramos en un BAR y, de repente,

ESTALLA EL SILENCIO

(ES LA TELEVISIÓN)

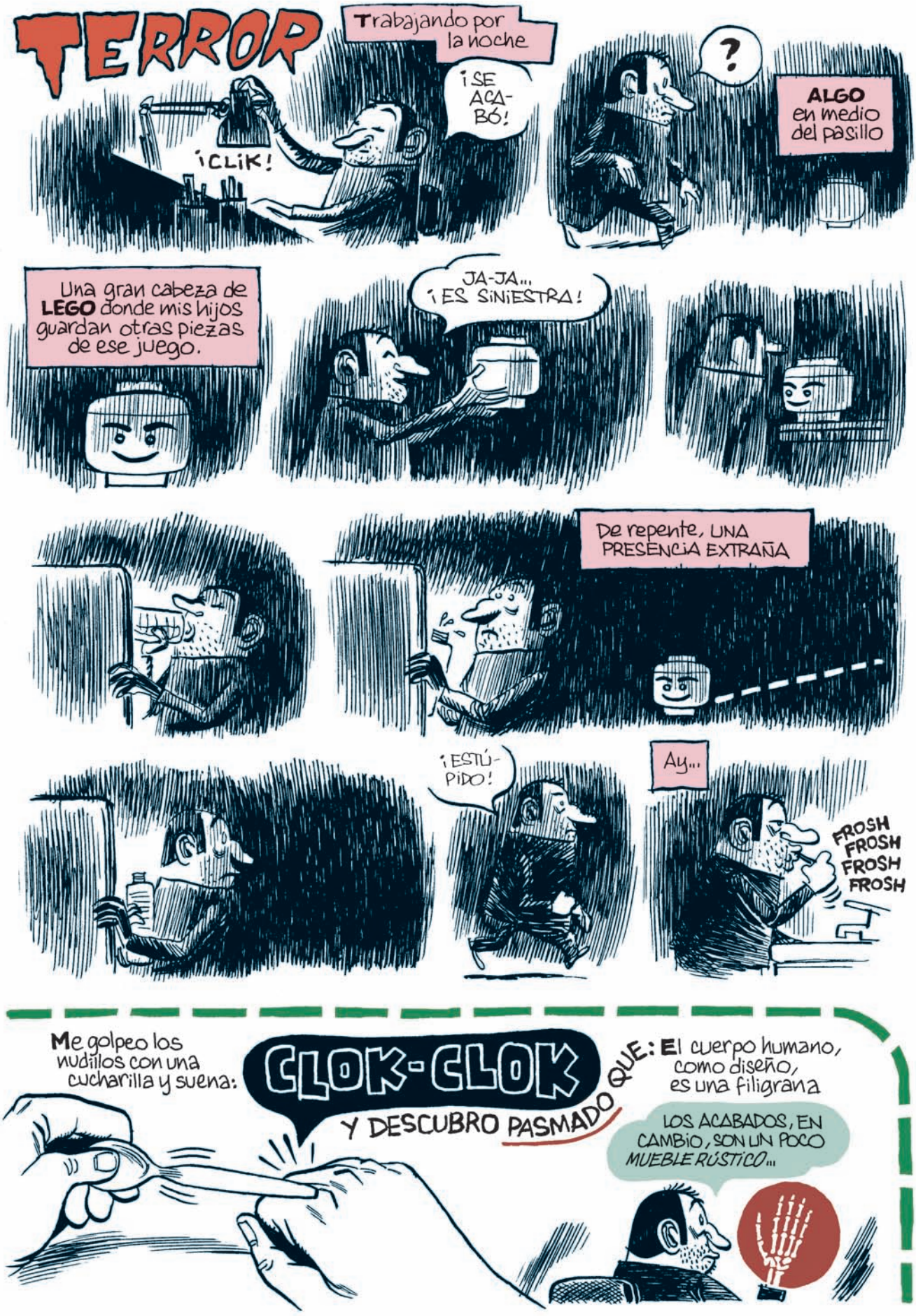
¿Abdicó por fin el Rey?
¿Llega el rescate económico?
¿HEMOS DECLARADO YA LA GUERRA A LOS ARGENTINOS?

¡NO!

¡**PEP GUARDIOLA** Anuncia que deja de entrenar el Barça!

En nuestra mesa hablamos bajito, por respeto al *MOMENTO HISTÓRICO*

TENEMOS SUERTE:
NADIE NOS OBLIGA A CANTAR EL HIMNO NACIONAL DEL CLUB


TERROR
Trabajando por la noche
¡SE ACA-BÓ!
¡CLIK!
?
ALGO en medio del pasillo
Una gran cabeza de LEGO donde mis hijos guardan otras piezas de ese juego.
JA-JA... ¡ES SINIESTRA!
De repente, UNA PRESENCIA EXTRAÑA
¡ESTÚ-PIDO!
Ay...
FROSH FROSH FROSH FROSH
Me golpeo los nudillos con una cucharilla y suena:
CLOK-CLOK
Y DESCUBRO PASMADO QUE:
El cuerpo humano, como diseño, es una filigrana
LOS ACABADOS, EN CAMBIO, SON UN POCO MUEBLE RÚSTICO...

Pero al abrir la puerta del baño

AHÍ ESTÁ

Idiota. Idiota. Triple idiota

No te gires

No te gires

NO TE GIRES

¿EH? ¿Q-...?

¡DUERME, NO PASA NADA!

Una cabeza de LEGO. Qué vergüenza.

No mires. No mires. **NO MIRES.**

¡Es injusto!

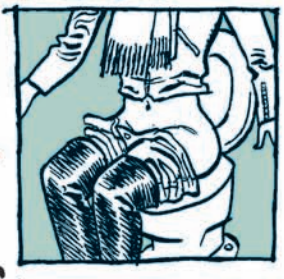
ELLOS DICTAN LAS LEYES QUE NOS JODEN EN SU HORARIO LABORAL ...

... ¡NOSOTROS TENEMOS QUE PROTESTAR USANDO NUESTRO *TIEMPO LIBRE*!

Visto en BARCELONA

Chica con grandes **OVER-KNEE BOOTS**

La pregunta es:



¿CÓMO TE BAJAS LOS PANTALONES PARA IR AL BAÑO?

(PERO NO SE LA HAGO)

MANEL F./IV-12

www.manelfontdevila.com

LA CANCIÓN SIN NOMBRE

Por **Martín E. Graziano**

Desde Buenos Aires

Se mueve, clandestina, por los riñones de Buenos Aires, una cancionistica nueva. Discos artesanales que se venden de mano en mano, conciertos que no aparecen en las agendas del *mainstream*, músicas mezcladas, bandoneonistas en cuero, discos viejos de Corsini y Spinetta. Pero sobre todo un susurro: ha muerto el intermediario. Son tan nuevos, y tan antiguos, como un escenario y un grupo de gente alrededor.

La Canción sin nombre

Hace unos días encontré en casa de mis padres una pila de revistas de rock. *Generación X*, *Vos* y otros remedos banales para los jovencitos del menemato. No recordaba que, en las primeras páginas, estaban los temas de las bandas del momento: Ace of Base, 4 Non Blondes, Spin Doctors, Los Ladrones Sueltos. Cualquiera que se haya reencontrado con un viejo top ten lo sabe perfectamente. En su mayoría se trata de esas canciones mal envejecidas que, en el mejor de los casos, generan un flashback risueño. No conviene buscar a los clásicos: salvo The Beatles (excepción ilusoria, porque esos muchachos formaban parte de una entidad divina), un clásico recién salido del horno suele ser tan moderno y singular como incomprendido. Es la lanza de Kandinsky que, unos años después, construirá un mundo alrededor de su herida: el statu quo.

Primera lección aprendida:
la foto del presente no está en primera plana.

Es una nota de color, un recuadro a pie de página. Allí, cifrado y en estado embrionario, palpita el famoso Zeitgeist. El desafío será, entonces, descubrir en qué lugar de Buenos Aires está la cocina de esa música que todavía no tiene nombre y mañana va a derribar a patadas las paredes de nuestra sensibilidad.

Ahora, es posible que esté detrás de esta puerta.

Una puerta antigua en el barrio de San Telmo que bien podría ser una puerta más: no hay luces, tampoco carteles ni marquesinas de colores. Ninguna señal que indique que, cuando pasemos al otro lado, nos espera un concierto de música en vivo. Una frase al pie de la invitación virtual lo pide expresamente: la dirección no debe publicarse en agendas. Tanto misterio no es raro, después de todo, vivimos en los tiempos pos-Cromañón.

La madrugada del treinta de diciembre de 2004, durante un recital de la banda Callejeros, una bengala lanzada desde el público incendió el local República Cromañón y el rock argentino chocó contra su propio iceberg. Ciento noventa y cuatro personas murieron y otras mil cuatrocientas resultaron heridas. Además de la tragedia y la herida fatal en el corazón de una cultura, Cromañón dejó como saldo un profundo cisma sociopolítico: el público tuvo que cambiar de hábitos y reconsiderar su conducta, mientras el under, de pronto, se convertía en un páramo arrasado.

Las cosas no volvieron a ser como antes. Nunca más. Después del desastre, el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires salió desesperado a limpiar culpas y prácticamente comenzó a perseguir la música en vivo. De modo que una vez que toquemos timbre, paguemos los veinticinco pesos de la entrada (como dice Daniel Melero, el presente es lo más barato que hay) y finalmente atravesemos la puerta, vamos a estar en infracción. Dentro de la cultura y fuera de la ley.

Pero acá estamos. Como todos estos muchachos de la bohemia porteña —dispuestos un poco a la marchanta en la casa chorizo—, tomando un vermut que es cortesía de la casa: el arquetípico Cinzano Rosso. También hay cerveza, vino y el fernet de rigor. Hacia el fondo del patio, sobre un tablón, algunos comparten una picada vegetariana hecha de tortillas, panes, pastitas de verdura y legumbres. No son precios for export: el tema es en pesos argentinos.

Entre el caudal de periodistas, músicos, productores, fotógrafos, diseñadores y otros colectivos que —para sintetizar— vamos a llamar "el público", van y vienen los miembros de lo que una vez fue la Orquesta de Salón. El ensamble que el trovador Pablo Dacal fundó en 2003 para investigar una cancionística posible, arreglar sus propios temas y, de paso, encontrar una sensibilidad nueva para el siglo veintiuno. El ensamble que a fines de 2009, después de grabar dos discos notables (uno de ellos, la suite generacional *La era del sonido*), disolvió para buscar otras cosas y viajar más liviano. Bueno, esta noche la Orquesta de Salón se reúne para tocar otra vez.

De entrada queda claro que lo que vamos a ver no se corresponde con esos comebacks ultraplanificados que el mercado vende como nostalgia en paquete: esto es único, muchachos, y sucede en el marco del ciclo que Dacal presentó durante todos los sábados del verano en Buenos Aires. Es la reunión que un grupo de músicos con arte y oficio celebra como una cena espontánea de fin de año.

Aunque, por ahora, nadie toca. El clima del lugar lo impone la fritura de un tocadiscos que llega desde una de las salas. Un viejo Wincofón que, a su lado, ostenta una columna de vinilos curtidos, escuchados. En la colección hay discos de Oscar Alemán, el *Blonde on Blonde* de Dylan, João Gilberto, Pescado Rabioso, Ignacio Corsini,

Pablo Dacal

Charles Aznavour, Rolling Stones, *Treinta minutos de vida* de Moris, Ariel Ramírez, *La Grasa de las Capitales* de Serú Girán, una edición alemana sobre la obra instrumental de Yupanqui, el primero de Almendra, Agustín Magaldi y el flamante *Posters privados* del pianista —y amigo de la casa— Ulises Conti.

Segunda lección aprendida:
una genealogía fonográfica
nos dice muchas cosas.

Por empezar, que estamos frente a un puñado de personas que, si bien tienden su lazo umbilical con el rock, en algún momento comenzaron a percibirlo como una prisión, primero, y una tradición, después. Ya no como la música eternamente joven sino a la par de una cultura tan poderosa como el tango, el foxtrot, la chanson o los folclores latinoamericanos.

Uno de los primeros en poner en palabras este concepto fue, precisamente, el mismo Dacal en el manifiesto "Asesinato del rock". El músico lo

publicó en un par de blogs y, una tarde, se atrevió a leerlo en la Biblioteca Nacional frente a buena parte de los pioneros del rock argentino. Uno de los puntos centrales del texto dice así: "Para encontrar lo nuevo hay que atreverse a no formar parte de la sociedad artística imperante. Si no hay sitios donde mostrar ni medios que nos comuniquen deberemos inventarlos. Hacer sin dudar, como un acto de fe".

El manifiesto articuló algo que estaba en el aire y necesitaba ser dicho. También aportó el contexto teórico para que se desarrollaran los ciclos de música en bibliotecas, centros culturales y casas clandestinas como estas que florecieron en la escena pos-Cromañón.

Tercera lección aprendida:
pese a cualquier límite, el que tenga algo
para decir va a encontrar su camino.

No deja de ser notable que, a partir de entonces, no solo se editó el primer disco de la Orquesta de Salón sino que también debutaron Lisandro Aristimuño, la Alvy Singer Big Band, Ezequiel Borra, Pablo Grinjot y la Ludwig Van, Gabo Ferro, Julieta Rimoldi y Tomi Lebrero con su Puchero Misterioso. Propuestas musicales con personalidades disímiles que comparten una sensibilidad común y dos rasgos estéticos: el respeto por el formato canción y la preeminencia de instrumentos acústicos. En un panorama desalentador, esa austeridad les otorgó la ventaja de tocar casi sin estructura. Una decisión y una fatalidad.

Incluso uno de los rasgos característicos de ese primer período fueron los conciertos sin amplificación. Es decir que el primer desafío de esta generación fue desde el silencio, tanto sonoro como visual. No como dogma melancólico, sino acaso como una forma de llegar al núcleo para comenzar otra vez.

Ahora Pablo Dacal toma su guitarra y se sienta solo en el extremo de la sala. Es un flaco alto, de zapatos negros y el pelo revuelto como un beatnik. Su voz llega sin intermediarios: desde la garganta a nuestros oídos. No hay photoshop posible para estas canciones que, al comienzo, exploran un repertorio que intenta descifrar la nueva canción criolla del siglo XXI.

Alby Singer Big Band

Después la orquesta se va armando hombre a hombre. Primero entra Manuloop, el cellista y arreglador que formó el ensamble junto a Dacal. Luego se suman Maxi Schonfeld (oboe), Julio Sleiman (guitarra clásica), Pedro Guerri (percusión), Germán Cohen (trombón y maracas), Gonzalo Braz (clarinete) y Leandro Rudak (contrabajo). Cuando el plantel está completo parece menos una sinfónica que una pandilla de amigos del barrio. Músicos que se propusieron recuperar el oficio a fuerza de conciertos y un repertorio expansivo que incorpora con naturalidad a autores como Charly García, Ignacio Corsini, Eduardo Mateo, Ramón Ayala o el propio Dacal.

Apenas el público está a punto caramelo, la Orquesta hace "La mala reputación". Una versión basada en la traducción de Paco Ibáñez pero arreglada para una orquesta con vocación anfetamínica. El cantor se mete entre la gente y al final de cada estrofa todo el mundo pone el grito en el techo: "¡A la gente no le gusta que uno tenga su propia fe!". Ni el propio Brassens hubiera soñado que, sesenta años después y en una remota casona al sur del planeta, su chanson seguiría activando corazones anarquistas.

Más tarde, en el preciso instante en que el concierto llega a su cenit, la Orquesta arremete con "El mundo del espectáculo". Un reggaetón

camarístico que habla de mensajes de texto, drogas, farándula nacional y Juan Domingo Perón. Sin embargo el centro de la canción —lejos del híbrido, pisando la delgada línea del presente con pasos de equilibrista— parece ser otra cosa. De hecho el estribillo, que parafrasea al situacionista Guy Debord, dice: "todo lo que antes vivía se aleja como representación".

Cuarta lección aprendida:
hoy que miles de personas prefieren mirar los recitales a través del monitorcito de su cámara digital, todos entendemos perfectamente de qué está hablando ese estribillo.

Un bandoneonista sudado y en calzones no es precisamente la imagen de Buenos Aires que proponen los folletos. Menos aún si el muchacho, en lugar de tentar el bolsillo de los turistas con caminitos y cumparsitas, está rodeado por un grupo de barbudos que ensaya en un boliche de Barracas.

Y allí los vemos, dispuestos en ronda alrededor del piano, con guitarras criollas, cajones peruanos, charango, trombón y hasta un tiple. Son la mitad más uno de Onda Vaga, Sofía Viola, Faca Flores, Lucio Mantel, Pablo Dacal, Ezequiel Borra, Julieta Rimoldi, El Gnomo, Lucas Giotta, Juan Ravioli y el bandoneonista de marras: Tomi Lebrero. Los tipos que, en el centro de ese círculo, invocan al espíritu de Atahualpa Yupanqui como si fuera un cancionista vagabundo del futuro.

Ahora estamos en La Dulce, el bar donde cocina la poeta colombiana Tálata Rodríguez: un salón viejo a unas cuadras de Constitución donde se puede tomar ginebra o limonada al amparo de lucecitas navideñas y posters de películas de Leonardo Favio. Aquí, en este momento, se está filmando un documental sobre la nueva escena musical porteña. Pero no es necesario que hagamos silencio.

Rodeados por cámaras, algunas luces y micrófonos, los músicos se pasan los acordes de "La pura verdad", la última canción que Yupanqui escribió en su vida. Por supuesto que no será una visita literal a la creación de Atahualpa. Es la versión personal que armaron Nacho Rodríguez y El Gnomo, el muchacho de rulos que acaba de llegar de Uruguay y lidera una banda llamada La Filarmónica Cósmica.

Nacho, por su parte, es miembro de Onda Vaga (el quinteto que es la consolidación como grupo de la guitarreada entre amigos) y el autor de la primera canción emblemática de esta generación: "Cántale". Una especie de milonga redentora que, en el Cabo Polonio, fue bendecida con guitarras flamencas, palmas y un brindis a su salud. El estribillo, que nació espontáneamente en otra ronda, suena como Love o el Dúo Salteño, fulminados por el verano del amor: "cántale a la luna y al sol, cántale a la estrella que te acompañó, cántale a tus amigos con el corazón".

Quinta lección aprendida:
esta manera de hacer música, tan antigua como moderna, es la prehistoria del escenario.

Sobre esta premisa, la ronda de músicos se fue estableciendo como una modalidad de show. Una forma de encontrarse y cantar las canciones del colega. Zambullirlas en el canto colectivo para fortalecer un cancionero nuevo, incluso con sus propios hits: "Nadie en el espejo" de Lucio Mantel, la "Zamba del fin del mundo" de Dacal, "Los artistas" de Pablo Grinjot y "El cantor de los pueblos", una vidala cósmica de Tomi Lebrero que funciona como homenaje para el poeta correntino Francisco Madariaga: "Voy a retratar el paisaje criollo del universo, voy sin show de televisión cruzando un desierto, soy el cantor de los pueblos…".

Empujadas por un viejo anhelo borgeano, estas canciones abren los colores del país afectivo para que las atraviese el mundo. De hecho, Lebrero empezó a tocar el bandoneón después de leer en su adolescencia un libro de Deleuze. Allí, el filósofo francés hablaba de posmodernismo y la necesidad de representar la cultura propia en el mundo globalizado. O al menos ese es el recuerdo que tiene Lebrero de aquella lectura, tan temprana como determinante.

Por esa razón, desde sus primeros pasos como cancionista, Lebrero se propuso recuperar con desparpajo el puente entre la ciudad cosmopolita y la fuente rural. La apuesta que, de algún modo,

comparte con buena parte de estos muchachos reunidos en La Dulce. Una intención tangible hasta en el timbre de Julieta Rimoldi, la chica nacida en Ushuaia que aporta el canto con caja. Y en esta tarde de Barracas sitiada por el tráfico porteño, ahora su voz —que equilibra el susurro de las chanteuses con Björk y las madres del folclore— se abre camino como agua bendita.

A la hora del almuerzo, mientras las pizzas salen del horno llega Alfonso Barbieri con su acordeón. Barbieri es recibido con entusiasmo: parece un tipo encantador. En su obra, plástica y cancionística, tiene la habilidad de combinar ese encanto con la provocación. Por ejemplo, después de haber recibido el ataque de un grupo extremista católico durante una de sus muestras decidió vestir a su novia de monja y ponerla en la tapa de uno de sus discos. Ahora, sin ir más lejos, tiene entre las manos su nuevo trabajo, *Valses eróticos del Río de la Concha de tu Madre*. El título, admite, pone muy nervioso a todo el mundo; a Barbieri, sin embargo, le parece poético.

Antes de sumarse a las mesas pasa por el mostrador en busca de un trago. Contra la barra, donde Barbieri toma su shot de ginebra, están pegados los afiches realizados por el colectivo Superabundans Haut, un taller de composición e impresión analógica cuyos dueños son amigos de la casa. Los afiches llevan solo unos meses aquí, pero las palabras vienen del siglo dieciséis: son fragmentos del Discurso de la Servidumbre Voluntaria, la proclama contra el poder absoluto que Étienne de La Boétie gritaba por las plazas de Burdeos. Como buena prédica por la libertad, las palabras de La Boétie se abrieron paso a través de la historia y consiguieron su propia tribuna popular en el siglo veintiuno. No solo en las impresiones de Superabundans Haut sino también en una canción de Viajantes, el grupo fantasma que Barbieri armó con Dacal.

En la reescritura dylaniana de Viajantes, el *Discurso* dice así: "Quien te domina no tiene más piernas que vos, más ojos que dos, más manos que dos. De dónde sacó tantos ojos que están espiándonos, están registrándonos. No fue nadie más que vos, solamente fuiste vos quien se los dio". En el canto de estos muchachos argentinos, el objeto de su reclamo no es —al menos, no exactamente— la monarquía. Esta generación de cancionistas parece rebelarse, sobre todo, contra la dictadura del consumo, los massmedia y la tecnología. Contra el paisaje publicitario y las escalas parasitarias de los intermediarios.

Sofía Viola, sentada a unos pasos de la barra afinando su charangón, lleva esa prédica al llano. Con solo veintidós años, su música ya se reveló como un salto evolutivo en la nueva cancionística porteña: en sus creaciones conviven sin complejos elementos de la cultura andina (yaraví, huayno, cueca) con rock argentino, hot jazz, ranchera, tango, vals criollo y la impronta *do it yourself* del punk. El resultado es una canción llena de humor y hondura. El eslogan de su segundo disco, *Munanakunanchej en el Camino Kurmi*, es elocuente:

"No se consigue en ninguna disquería del país". La propia Sofía los fabrica artesanalmente, hace todos los dibujos de la portada y vende los discos mano en mano.

Sexta lección aprendida:
hacer un disco, como tocar,
también puede ser un oficio.
Un simple acto de humanidad.

Los músicos regresan a sus puestos. Hay unos segundos de silencio y, por lo bajo, sentimos una vibración subterránea. Es un canto siberiano que prepara el terreno para el ingreso de las guitarras. Antes de cantar, todos miran el centro de la ronda, y los versos de Yupanqui empiezan a llegar como arrastrados por un viento bíblico: "Lo que entra en la cabeza de la cabeza se va. Lo que entra en el corazón se queda y no se va más".

Mientras la cámara toma posición y se suman los demás instrumentos podemos entender por qué —aunque no haya gestos de modernidad— la canción resulta tan vital. Después de muchos años nos estamos acercando a Yupanqui para abrazar a un hombre que no está en el pasado. Para leer su canción en estado de pregunta: "¿Quieres saber por qué? ¿Quieres saber por qué? ¡Escúchalo bien ¡Escúchalo Bien!". La respuesta es plural: "Al corazón solo entra la pura verdad, al corazón solo entra la pura verdad".

De a poco, el verso comienza a girar sobre sí mismo y las voces se disuelven en una sola columna de aire. En un punto la ronda de músicos lo vuelve un mantra y el canto se convierte en pura fuerza centrífuga. Un remolino que sube al cielorraso de La Dulce y nos hace sentir otros. Otra cosa.

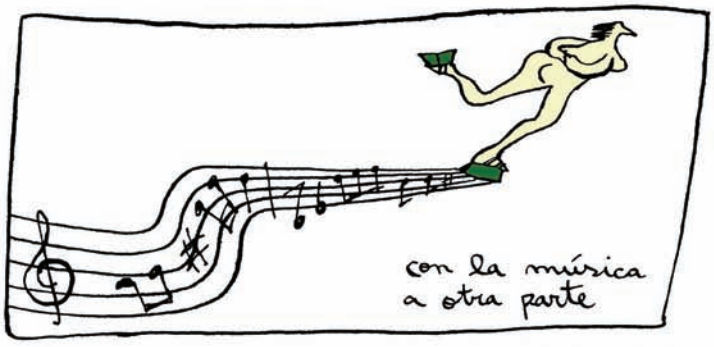
Séptima (y última) lección aprendida:
al corazón solo entra la pura verdad. ◣

Martín E. Graziano (Tres Arroyos, 1980). Periodista y editor de música en *Infonews*. Escribe sobre música y culturas populares en *Rolling Stone*, *G7* y *Gatopardo*, entre otras. Publicó el libro *Cancionistas del Río de la Plata*. Trabaja como productor, investigador y guionista.

Fotografías:
Lula Bauer
lulabauer.blogspot.com

POSTALES
TODO ROCK DEPENDE DE UN ENCHUFE Y TODAVÍA NADIE LE DEDICÓ UN TEMITA
ODIAS EL RUIDO.
TE PUSISTE UN COMPACT DE SILENCIO.
LA BISABUELA DE SID VICIOUS
VIOLA VIOLA
Rockeros
Zappa los sigue mirando
Escucha tu corazón.
ARRO-ROCK
MI NENA
arreglé el ruido de la canilla. ahora gotea el primer movimiento de la sonata para piano y violín de Cesar Frank.

BACH ES REBELDIA


con la música a otra parte

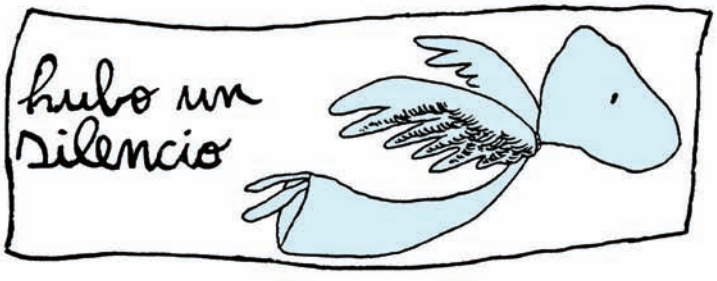
¿QUÉ QUEDARÁ DE UN COVER DE UN COVER DE UN COVER DE UN COVER?

Yo veo una guitarra.
Yo veo una botella

NOTAS DE LA BANDA DE LA POLICÍA: do re mi fa sol la afirmativo.
TOQUÉMOSLA EN AFIRMATIVO BEMOL

Conseguí la Repiso la cuelgo junto a la Les Paul

COITO CON GUITARRA.


hubo un silencio

BELLO Y MONOTEMÁTICO. ES POSIBLE.

La ley del mínimo esfuerzo

Disco Libra, la disquería de Quique Fauri en Mercedes —se acuerda Chiri—, tenía unos cuatro mil long plays en las bateas. ¿Te acordás que nos pasábamos horas buscando música rara, después del colegio?

—Me acuerdo que estuvimos años enteros buscando *Películas*, el segundo disco de La máquina de hacer pájaros. Y también había un disco muy raro, en inglés, de Spinetta solista, que era imposible conseguir en Mercedes.

—*Only Love Can Sustain* —me dice, en un inglés espantoso—. Era la figurita difícil de la discografía del Flaco. Ahora todo está en Taringa, gracias a dios y a la virgen santa.

—¿Pero no te queda como una melancolía del esfuerzo que ya no hacemos? —le pregunto.

—Explicáte.

—Quiero decir: hoy todo lo que había en Disco Libra, todos esos miles de discos, están en internet y entran en un pendrive de ocho gigas.

—Ocho gigas sobran. Te queda espacio para meter los estrenos de Video Gioscio, que estaba a la vuelta.

—Por eso... Era lindo no conseguir algo, y buscarlo por todos lados, viajar a Buenos Aires y recorrer las disquerías de Cabildo, con el corazón a mil por hora cada vez que aparecía una tapa amarilla —le digo, con voz de viejo—. Estos pibes de la cancionística nueva, los de la crónica, tienen esa sensación de clandestinidad, por eso me gusta la movida que hacen.

—Martín Graziano escribió un libro que se llama *Cancionistas del Río de la Plata*, donde entrevista a Gabo Ferro, Lisandro Aristimuño, Ana Prada y Martín Buscaglia, que es uruguayo, entre otros muchachos de la joven guardia argentina —me cuenta Chiri—. La tesis del libro es la misma que Martín formula en la crónica de Orsai: cómo músicos que nacieron en el rock empiezan a barajar tradiciones anteriores como los folclores rurales, el tango o el jazz, y crean un sonido nuevo y personalísimo.

—Pero no solo eso: también convidan a sus oyentes a hacer un esfuerzo para encontrar esa música. En esta época el acceso a la cultura es sencillo, y está bien, pero nos hace muy sedentarios. Y estos pibes entendieron eso: hacen fiestas y conciertos complicados de encontrar.

—Nosotros hacemos eso también, con la revista —me dice Chiri.

—Claro. Sería más fácil llenar la revista de publicidad y hacerla gratuita para el público. Pero lo gratuito, lo que no cuesta nada conseguir, va a la basura más rápido.

—A la papelera de reciclaje.

—Estos chicos lo saben —digo—. ¿Serán conscientes de que a lo mejor realmente sean el inicio de una nueva etapa?

—¿Te acordás de "Cómo vino la mano", aquel libro de Miguel Grinberg? —dice Chiri—. Un libro emblemático sobre la historia del rock argentino desde el inicio, desde que no era nada.

—¡Claro! Como Martín Graziano ahora, Grinberg fue testigo directo de los inicios del rock argentino en la década del sesenta.

—¿Sabías que Grinberg era amigo personal del polaco Witold Gombrowicz?

—No tenía idea —le digo.

—Incluso escribió mucho sobre él. Gombrowicz llegó a Argentina en 1939 y se quedó acá casi veinticinco años. Era medio marginal, no le daba pelota a la gente del grupo Sur y a los intelectuales porteños los despreciaba. Pero estaba rodeado por un grupo de iniciados, o discípulos, con los que se juntaba en su pensión y en los bares y les comía la cabeza. Entre ellos estaba el joven Grinberg.

—Para mí Gombrowicz y Luca Prodan son lo mismo —le digo—: dos extranjeros que llegan a Argentina medio de carambola, uno se queda en el país anclado por la guerra europea, el otro llega escapando de la heroína… Pero los dos pusieron patas para arriba la música, en un caso, y la literatura, en el otro.

—Es cierto, Jorgito. Estos tipos nos miraron desde muy adentro con ojos de afuera, y nos enseñaron a vernos a nosotros mismos.

—Hay un libro, de la época de Prodan, del Buenos Aires de los ochenta, que nunca pude conseguir —le digo—. Ni siquiera en internet. Lo busqué muchísimo, porque lo recordaba hermoso, sexual, adolescente, marginal. Y hace poco alguien lo escaneó y lo colgó. ¿Te leo algo?

—Dale. ◣

QUE LA MUJER QUE AMES ESTÈ EN SU HABITACIÒN CON OTRO HOMBRE, MIENTRAS VOS ESTÁS EN LA HABITACIÒN DE AL LADO.

QUE GOLPÈE A TU PUERTA, ENVUELTA EN UNA TOALLA. QUE TE SONRÍA. QUE TE DIGA SI PODÈS IR A COMPRAR CIGARRILLOS, PARA ELLA Y PARA SU AMANTE.

Y QUE VAYAS, QUE LA QUIERAS TANTO. QUE LLUEVA. QUE CORRAS HASTA EL QUIOSCO.

QUE VUELVAS EMPAPADO. QUE ESCUCHES SUS JADEOS DE PLACER.

QUE TE SUCEDA ALGO ASÍ... PARA QUE ME ENTIENDAS.

IMPRESIONANTE. ¿QUÈ ES?

UN CACHITO DE "PLÁSTICO CRUEL", UNA NOVELA DE JOSÈ SBARRA.

GUAU...

¿TENÈS MÁS CACHITOS?

Plástico Cruel

Por **José Sbarra**

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Me contó su vida en el baño de la Estación Central. Cuidaba cerdos, y olía a eso, pero se negaba a tocarme. Cogía en una batea con una cerda y le daba asco tocar a un travesti. Sin embargo, en sus ojos, hubo un margen de curiosidad cuando le mostré las tetas... Y, como que soy la más puta de las poetas, aproveché ese margen.

—Dejáme en paz.

—No pretendo alterar tu paz, solo deseo chuparte la pija.

Llegó a la ciudad en un tren de carga. Vino para triunfar como poeta (de lo cual deduje que su idea de la realidad es un tanto distorsionada). Pero es casi un niño (un niño de campo, se entiende).

—No me gustan los maricas.

—¿Dónde viste un marica con tetas, bebé?... Soy un travesti.

Su primer amor fue una cerda particularmente mansa: la ponía en una batea y ahí se la cogía. Unas niñas exploradoras completaron su educación sexual. Y yo lo tenía ante mí, recién llegado, casi indefenso.

—Fumáte un cigarrillo, me gustan los hombres indiferentes, que fuman mientras les chupo la pija.

Fue monaguillo y niño-dios en el pesebre viviente de su pueblo.

—Tomá. Vas a necesitar algo de dinero hasta que triunfes.

—Gracias, me llamo Axel.

—Axel, el Cerdo.

—No, Axel, nada más.

—Para mí sos Axel, el Cerdo. Lo digo cariñosamente.

—Todo hay que entenderlo al revés: sos un hombre, pero sos una mujer, y los insultos son pruebas de cariño.

—Me gustan los chicos que aprenden rápido. Mis amigos me llaman Bombón.

—¿Bombón?

—Sí, es una cosa que se come. Voy a presentarte a mis amigos.

—¿Son todos como vos?

—Sí, son todos poetas.

—Me refiero a si...

—Hombres y mujeres normales... podría decirse así. Bueno, ¿somos amigos o no?

—Pero amigos, nada más.

—No soy El-ogro-come-niños.

—Si me preguntan, ¿digo que sos mi amigo o mi amiga?

—Vos no venís del campo, venís de otro planeta.

—Sos muy divertida, Bombón.

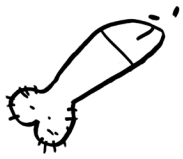
—Y vos tenés la risa y la verga más puras que conocí en toda mi poética y puta vida.

Sus ojos me tomaban fotografías y yo salía muy bella.

¿Dónde está tu equipaje?

—No tengo.

—Sí que tenés, Axel, no lo olvides nunca, el equi-



paje lo llevás entre las piernas.

Desde este diario declaro al baño para caballeros de la Estación Central como Honorable Salón de Poetas.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Lo más increíble no es dónde conocí a Axel, el Cerdo, ni tampoco el hecho de haberlo conocido. Lo más increíble es que mientras escribo mi diario, él está en mi cama, durmiendo desnudo.

Desde cualquier ángulo que la enfoquen, mi vida se ve fascinante. Axel, el Cerdo, podrá vivir en la ciudad. Consiguió un sótano. Le regalé un póster que hicieron con una foto mía hace mil años. Le llevo cigarrillos y comida. Come como un tigre, un león y un elefante.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

¿Ya dije que lo amo?

Linda Morris y su madre

—Perdí el vuelo y suspendieron los próximos porque no sé quiénes están de huelga.
—Tomás un autobús y listo.
—Pero mi equipaje se va en el vuelo que perdí.
—Pediré que lo retiren y te reunirás con él en cuanto llegues.
—¿La gente que me espera no lo tomará a mal?
—Linda, es un detalle de muy buen gusto que el equipaje de una dama llegue antes que ella.
—¿Yo soy una dama?
—No, hija, y a juzgar por tu incapacidad para distinguir una trufa a las hierbas de un corazón de ciervo a la parrilla no llegarás a serlo nunca.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer, pequeño cerdo?

Axel tiene la edad en que todavía se desean cosas que se pueden obtener.

—Ir al mar.
—Decís "ir al mar" como yo diría "a París".
—No estuve nunca en el mar. Cada vez que leo esa palabra en un libro, me dan ganas de subirme a una carretera y bajarme en la playa.

Música para mis oídos. Me conmueve. Cualquier estupidez que dice Axel se convierte en música para mis oídos. Me conmueve. Es tan joven que me siento como una madre, una putísima madre, se entiende. No fui con él porque no puedo abandonar mis shows en el Boogie-Bar. Y porque no quiero ser detenida por corruptora de menores. Le compré un pasaje. Lo empecé a extrañar desde que le compré el pasaje. ¡Qué duro ser madre!

Señales de tránsito

Consideraciones sobre el orgasmo, según el existencialismo genital: 1) La intensidad del placer en el orgasmo es absolutamente independiente de la persona que está colaborando para que lo alcances. 2) Es posible alcanzar el orgasmo al mismo tiempo que el otro, pero se trata solo de una coincidencia en la simultaneidad del fenómeno. El placer del orgasmo es inexorablemente individual. 3) Algunos amantes suponen que disfrutan porque están enamorados. Se sorprenderían como niños engañados si supieran qué poco tiene que ver el amor con la intensidad del placer. 4) No se puede hacer nada por Plástico Cruel si ella no está dispuesta a disfrutar.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Me reúno con La Malco, Trespa y Frula en la Estación Central. Todos me preguntan por Axel, ese chico los impresionó tanto que hasta inspiró un poema de Frula: "Mi amante es una cerda". Hace cuatro meses que Axel llegó a la ciudad y a mi vida. Cuatro meses de amor unilateral y desmesurado. Todo en él me conmueve: es el chico que yo hubiese querido ser. Soy la puta-madre-cerda, cuando mi pequeño regrese de la costa, pasaré una noche entera con mi mejilla reposando entre sus piernas.

Axel y Linda Morris

—¿Me dejás del lado de la ventanilla?
—Mnnn. Pasá.
—¿Tristeza o malhumor?
—Fastidio. No salen aviones y tengo que viajar en esto.
—Esto es un autobús. Al principio parece horrible, pero después pasan una película y te dan un alfajor.
—¿Sos el hijo del dueño de la empresa?
—¿Tengo el aspecto?
—Para nada. ¿Te molesta si fumo?
—Por mí podés fumar, masturbarte o violar al chofer que me da igual.
—Solo quería saber si te molestaba el humo.
—Y yo te respondí que no.

—Hablás como un rockero. ¿Sos una estrella de rock o "algo así"?
—Una estrella de rock no soy, pero ¿qué quiere decir "algo así"?
—Nada. Es una manera de hablar. Me llamo Linda Morris, ¿y vos?
—Yo no.
—Desde la escuela secundaria que no escucho un chiste tan estúpido.
—Es mi problema con las mujeres cultas. Yo soy Axel, para los amigos Axel, el Cerdo.
—El viaje va a ser largo, conviene que hagamos esfuerzo por ser simpáticos.
—Espero que tenga baño este autobús.
—¿Baño?
—Sí, Linda, es un espacio pequeño con una pileta, un espejo y un inodoro para...
—Sé muy bien lo que es un baño. Está ahí atrás.
—Gracias.
—¿No ibas al baño?
—Solo quería saber si había, porque siempre tuve la fantasía de voltearme a una mina en el baño de un autobús.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Axel tiene un aspecto que a cualquier mujer le hace pensar: "Una ducha y a la cama". Pero es más fácil llevarlo a la cama que a la ducha.

Axel y Linda Morris
—Yo tengo veintiséis. ¿Vos cuántos años tenés?
—Si después de *cuántos años*, viene *de qué signo sos y qué animal en el horóscopo chino*, mejor yo sigo leyendo y vos seguís con lo que estabas haciendo antes de abrir la boca.
—Solo quería saber tu edad, sospechaba que te habías escapado del jardín de infantes.
—Ahora tu sospecha quedó confirmada.
—Te prometo que no hablo más, pero decime cuántos años tenés.
—Los suficientes como para meterme en la cama de una mujer que no sea mi madre.
—Llegamos.
—¿Me dejás pasar, Linda?
—¿Adónde vas?
—Al mar.
—Obvio, pero supongo que irás a un hotel, ¿no?
—No. Voy al mar.
—¿Pensás dormir en el agua?
—No, en la arena.
—¿Te estás burlando?
—No.
—¿Y tu equipaje?
—Lo llevo entre las piernas.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Hambrienta de sexo. He perdido el placer de estar una noche a solas. El chico de los cerdos todavía no regresó. Sufro como una madre, de esas.

Señales de tránsito

Vio el mar por primera vez. En la distancia el mar era azul. Incuestionablemente azul. Sintió la felicidad de comprobar. Corrió desnudo por la arena de una playa sin turistas hasta que las olas le salpicaron la cara. Se detuvo, sospechando algo terrible, tomó entre sus manos un poco de mar. Y lo temido ocurrió. En el hueco de sus manos, el mar dejaba de ser azul, era solo agua transparente. Acortar la distancia para destruir el encanto.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

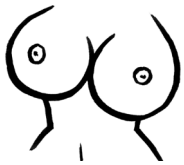
Volvió a su cueva Axel, el Cerdo. Sé que volvió de la playa, pero todavía no vino a verme.

Le regalé el pasaje y algo de dinero. Por la noche y por la arena y por una mujer arrojó al mar las piedras luminosas de nuestros buenos momentos. ¿Por qué no fui con él?

Axel y Linda Morris
—¿Vas a venir?
—¿Querés que vaya?
—¿Por qué no respondés directamente?
—Porque vos no pedís directamente. Decime exactamente lo que querés.
—Quiero saber si vas a venir.
—No.
—Bueno, yo quería saber nada más...
—Axel...
—¿Qué?
—¿Por qué?
—¿Por qué, qué?
—¿Por qué no podés expresar tus sentimientos?
—Será porque no tengo.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Si lo pierdo a Axel puedo instalar un circo con tigres, leones y elefantes. Gastaría en alimentación lo mismo que gasto con Axel.



Axel y Linda Morris

—Te recordaba más alto.

—Siempre decepciono la segunda vez. ¿Te gusta mi casa?

—Nunca pensé que pudiera haber vida humana en un sitio como este... ¡Aaaay! ¡Ratas!

—Son Pablo y María, no les temas, tienen su propia comida.

—¿Qué es esto?

—La cocina. Y pasando esa pila de escombros está el baño.

—Va a quedar hermoso cuando termines de refaccionarlo.

—Ya está terminado.

—¿Qué era antes... esto?

—Un estacionamiento subterráneo, ahora es mi casa.

—¿Vivís sin ventanas?

—Y duermo de día, pero no me encierro en un ataúd ni clavo los colmillos en el cuello de las mujeres.

—¿Ese desayuno es para nosotros o tenés caballos?

—Leche, cereales, frutas, miel, queso y fiambres. Una amiga me manda esto porque estoy en la edad del crecimiento.

—¿Vas a desayunar desnudo?

—No creo que los vecinos puedan espiar, pero para que no se altere tu digestión vamos a fumarnos un buen porro.

—No, gracias. Si anoche aparecí aquí, no quiero pensar dónde puedo despertarme si fumo otra vez esa cosa.

—¿Qué buscás?

—Un reloj.

—No hay. ¿Es tan importante saber qué hora es?

—No sé, pero quizás me dé una idea de que aún estoy dentro del sistema solar.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Todavía no reapareció (Axel, el Cerdo, por supuesto). Extraño su voz ronca de cachorro excitado.

Axel y Linda Morris

—Mis amigos son La Malco, Frula, Trespa y Bombón.

—¿Qué significan esos nombres?

—La Malco quiere decir: la malcogida.

—¿Frula?

—Frula, lo sabe todo el mundo, quiere decir cocaína.

—¿Bombón y Trespa?

—Un bombón es una cosa que se come. Y a Trespa le dicen así desde chico.

—¿Vos no tenés ningún apodo?

—Sí, me dicen el Cerdo, Axel el Cerdo.

—Viéndote, no hace falta preguntarte por qué. ¿Bombón y Trespa son pareja?

—No, a Trespa le gusta otra clase de mujeres.

—¿Qué clase de chica es Bombón?

—Es la clase de chica que puede ser un chico.

—¿Es lesbiana?

—No, es travesti.

—¿Está operada?

—Tiene tetas, buenas tetas.

—Pero... ¿abajo?

—Tiene huevos.

—¿Te acostaste con Bombón?

—Me chupó la pija un par de veces.

—¿Por qué lo decís todo de la peor manera posible?

Bombón —poeta y puta— (Diario)

A mí me encienden por las tetas. Si un hombre me acaricia bien las tetas podrá obtener de mí lo que quiera. Mis pezones son el PLAY para que empiece el placer. Aprieta mis tetas y dará comienzo el juego. Me enciendo por ahí. No soy una mujer hasta que un hombre no abre sus labios para cerrarlos sobre mis pezones. Aprieta mi PLAY y el placer del mundo estará en tus manos.

Axel y Linda Morris

—¿Dónde conociste amigos tan extravagantes?

—En el baño de la Estación Central.

—¿En un baño público?

—Sí, es un sitio generalmente amplio y sucio, donde culmina el ciclo de la digestión.

—¿Pero qué hacen en el baño?

—Reuniones de poetas y algunos negocios. Es más cálido que la calle y no te obligan a consumir como en los bares.

—¿Y el olor?

—Nos agrada bastante.

—¿La Malco también pertenece al taller literario del baño público?

—No, La Malco atiende el kiosco de cigarrillos de la estación.

—¿Qué hacía Bombón en el baño el día que la conociste?

—Entró para sacarse la ropa de mujer y ponerse la ropa de hombre porque la estaban siguiendo.

—¿Quiénes la seguían?

—Dos policías que querían encamarse con ella sin pagarle. La vi salir del wáter vestida de hombre o de algo semejante. Llevaba un bolso con ropa y libros.
—¿Libros?
—Sí, unos objetos de papel con un montón de palabras inútiles que te hacen parecer inteligente.
—¿Qué hace con los libros? ¿Se los lee a los clientes?
—Le pregunté más o menos lo mismo y me contestó que no respondía preguntas idiotas. Yo le confesé que soy idiota.
—¿Y qué te dijo?
—Que ella era idiota y poeta. Yo también, le dije, soy idiota y poeta. Bombón agregó que era idiota, poeta y travesti. Yo tampoco, le dije.
—¿Y así empezó una culta amistad?
—Sí, me hizo pasar al wáter para demostrarme su calidad poética. Me bajó el cierre de la bragueta y metió mi pija en su boca.
—Comprendo, no pudiste impedirlo.
—Me dijo que ese era el alimento fundamental para su poesía.
—¿Y qué hiciste?
—Bueno, siempre estuve en contra de la desnutrición. No la soltó hasta que me hizo acabar.

Axel y Linda Morris
—¿Por qué no trabajás?
—Porque conozco el número privado de todos los peces, pero no me gusta molestarlos a cualquier hora.
—Si te hacen una buena traducción puede ser que lo que dijiste sea una genialidad, pero yo no entendí nada.
—Creo que entré por la puerta equivocada.
—Por como vas vestido, parece que siempre entraste por la puerta equivocada.
—Linda, ¿sos un ser humano o una muñeca de plástico?
—Por lo desagradable pareces judío.
—Lamentablemente no soy judío.

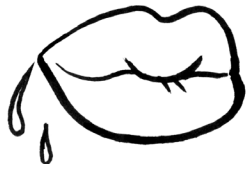
Señales de tránsito
Cuántas complicaciones para realizar un acto tan simple y, sobre todo, tan breve.

Axel y Linda Morris
—¿Sabés qué está haciendo ahora la mitad de la ciudad?
—¿Qué?
—Está cogiendo con la otra mitad. Si se atrevieran a gritar la felicidad de sus orgasmos caerían los vidrios de todos los edificios. Gritá, Plástico Cruel, gritá.

Axel y Linda Morris
—¿No estuvo mal, verdad?
—Puede que seamos la pareja más extraña, pero lo que hicimos estuvo estupendo.
—Entonces, ¿todavía tenés ganas de volver a verme?
—Sí, Axel.
—¿Aunque mis reservas de seducción sean limitadas?
—Espero que sean limitadas.

Bombón —poeta y puta— (Diario)
Finalmente vino Axel, me encontró deprimida. Odio parecerme a La Malco.
—Tengo cuarenta años, Axel.
—Ni se te nota.
—Sí que se nota.
—¿En qué?
—En qué, no sé. Pero sé cuándo. Y es cuando necesito sentirme deseada por alguien.
Dio resultado. Axel durmió conmigo, abrazándome por detrás. Yo, obviamente, despierta toda la noche. Fue casi la felicidad.

Axel y Linda Morris
—¿Qué te gusta de mí?
—Me gusta cómo te quedan los libros.
—¿Y qué otra cosa te gusta de mí?
—Que vivís fuera de la ley.
—¿Te gusta cómo funciono en la cama?
—La gente no pregunta esas cosas.
—Yo sí. ¿Te gusta o no?
—Lo que más me gusta es que sos un chico extraordinario y ninguna mujer se da cuenta, no te miran con deseo, te dejan pasar como si no valieras nada.
—¿Por qué te gusta eso?
—Porque así permiten que solamente yo goce con vos. Sos un regalo muy caro envuelto en papel de diario.
—Supongo que en tu estilo eso es un elogio. Pero no me respondiste si te gusta o no.
—Sí, me gusta.



Axel y Linda Morris

—Sos el peor.
—¿Por necesitar cuatro orgasmos por día?
—La gente normal no lo hace tantas veces.
—Nunca pretendí pasar por normal.
—¿Qué hacés?
—Dejáme un poquito, vos dormí.
—¡Axel, no!
—Entonces chupáme la pija mientras fumo un cigarrillo.
—Yo no soy tu prostituta.
—Ese es tu problema. Yo solo le pido a la humanidad que me ponga un cigarrillo en la boca y que me chupen la pija.
—Sos un perverso.
—Sí.
—Y estás loco.
—También.
—Estás muy loco.
—Sí, y te pido que me chupes la pija ahora, antes de que tu cadáver y el mío estén masturbándose bajo la tierra.
—Axel, los cadáveres no se masturban.
—El mío impondrá esa costumbre.

Linda Morris y su madre

—Axel me llevó al Boogie-Bar. Cuando apareció Bombón en el escenario, dijo: "Un leñador perdió su hacha y acusó a un joven del pueblo. Ese joven, según la opinión de todos, caminaba como un ladrón, miraba como un ladrón, y hablaba como un ladrón. Cierto día el leñador recordó el sitio donde había dejado su hacha y la recuperó. Desde ese momento, el joven del pueblo, según la opinión de todos, caminaba, miraba y hablaba como un chico normal".
—¿Qué significa esa historia?
—No sé. Pero después de contarla, Bombón empezó a hacer un striptease.
—¿Se desnudó totalmente?
—Claro, si no, nunca me habría convencido de que era un hombre.
—¿Y por qué le gusta a tu amigo ese lugar?
—Axel dice que es el único sitio donde se puede encontrar poesía.
—¿Recitada por un travesti?
—Para Axel, Bombón es el mejor actor y la mejor actriz del mundo.

Axel y Linda Morris

—Hola, soy yo.
—¿"Yo", quién?
—Axel, el Cerdo.
—¿Hay otro Axel?
—Sí, mi papá.
—¿Y cómo está el cerdo Axel?
—Bien. Te llamo para hacerte una pregunta.
—¿Qué pregunta?
—¿Todavía tenés ganas de verme?
—Sí.
—¿Estás segura?
—Sí. Lo estoy.
—No quisiera que lo dijeses sin estar convencida.
—Lo estoy de veras.
—Esta noche hay luna redonda. Voy a verla en el parque.
—Axel.
—¿Qué?
—¿Me estás proponiendo una cita?
—Bueno, yo voy a estar en el parque, así que si vas, seguramente vamos a encontrarnos.
—¿Me querés?
—Estoy trabajando seriamente en ese asunto.

Linda Morris y su madre

—Volvamos a casa, ese chico es peligroso.
—¿Axel peligroso?
—Si no lo es, ¿por qué me pediste que te acompañara?
—Porque es tarde y me da miedo este parque.
—¿Entonces por qué aceptaste una cita en este lugar?
—Axel pensaba venir aquí aunque yo no viniera.
—O sea que no sabe si vendrás o no.
—Así es.
—Tomemos un taxi y volvamos a casa.
—Sigamos caminando.
—Vos estás loca.
—Allá está Axel.
—¿Qué hace?
—Mira la luna.
—¿Se interna en este parque para mirar la luna?
—Viene solamente cuando hay luna llena.
—Tenés razón. Ese chico no es peligroso, es tonto.

Axel y Bombón

—Hola, Axel, habla Bombón. Necesito que me prestes tu sótano-loft por una hora.
—No puedo, Bombón, estoy con una chica.

—Llevá a esa puta a algún cine que necesito tu casa. Es fundamental.
—¿Vas a venir a meditar?
—Un viejo me va a pagar cuatrocientos dólares.
—¿Y por qué no lo recibís en tu casa?
—Mi sobrina vino a pasar unos días. Ya tiene catorce años.
—Comprendo. Está grande y se puede dar cuenta de la clase de vida que lleva su tío.
—No es eso, Cerdo.
—Entonces, ¿qué?
—Me lo quita. Tiene unas tetas preciosas y me quita los mejores clientes. ¿Me prestás tu cueva o no?
—Sí. Pero está en un estado algo ruinoso.
—¿Hay cucarachas?
—Por suerte, no.
—¿Les ponés veneno?
—No, se las comen las ratas.
—¿¡Hay ratas!?
—Solamente dos: Pablo y María. Creí que las conocías.
—No, Axel, no tuve el gusto.
—Fue por recomendación tuya que las adopté.
—Estás más loco que nunca. Yo no puedo haberte recomendado que tuvieses ratas.
—Vos me dijiste que si me sentía solo, lo mejor era que me consiguiera una mascota. Bueno, conseguí dos.
—Me refería a perros, gatos o pájaros, Axel.
—Bombón, ¿cuánto hace que no nos vemos?
—Por lo que contás, no nos vemos desde que tu casa formaba parte de la civilización occidental.
—En el estado en que se encuentra no creo que sirva para tus negocios.
—Pero no puedo traer al tipo a casa. Voy a la tuya. No creo que se fije mucho en la decoración. Y con respecto a las ratas, encerralas en la cocina por una hora.
—No tengo divisiones. Tiré los tabiques.
—Bueno, lleválas al cine con esa puta.
—¿Cuándo venís?
—Al tipo lo cito para las cinco y yo voy a llegar quince minutos antes, para poner un poco de orden.
—De acuerdo, nos vamos al cine.
—¿Con las ratas?
—Las encierro en el baño.
—Voy a sacarle cuatrocientos dólares. Cien te los dejo sobre tu cama.
—No hay.
—¿No hay qué?
—Cama.
—¿No tenés cama, Axel? ¿Y dónde dormís?
—En el suelo.
—¿Ponés el colchón en el suelo?
—Eso de "colchón" es producto de tu fantasía.
—¡Ay, Axel! Si no te conociese, pensaría que no querés prestarme tu casa.
—Te dije que sí, Bombón, pero tengo que avisarte el grado de anarquía alcanzado.
—Voy a llevar una colchoneta. Repetime la dirección.
—Calle de la Luna 17 bis. La llave se la dejo a la portera. Ella está en el tercer piso, departamento 83.
—¿Entre el primero y el tercer piso hay 83 departamentos?
—Noventa.
—Axy, eso no es un edificio, es un palomar.
—Pero palomas casi no hay porque las ratas les comen los huevos.
—¿Sigue mi póster colgado en la pared?
—Tuve que venderlo.
—No importa, Axy, trataré de buscarte algún trabajo.
—¡Qué clase de trabajo?
—El más sucio que encuentre, no te alarmes. En unas horas estoy ahí. Hasta luego, Axel.
—Bombón.
—¿Qué?
—¿Se trata de una broma, verdad?
—¿Que necesito tu casa?
—No, eso de conseguirme un trabajo.

Axel y Linda Morris

Coches junto al lago. Dentro de las carcazas metálicas se encienden los cuerpos. En esa intimidad de vidrios y lata, las parejas fotocopian el amor.
—¿De dónde sacaste este auto, Axel?
—Me lo prestó un amigo, ¿te gusta?
—Sí.
—Ahí hay un buen sitio para fumarnos un porro, chupáme la pija mientras lo armo.
—¿Así?
—Así, Plástico.
—¿Qué pasa?
—Era demasiado bueno para que durase.
—¿Qué querés decir?
—Que se acercan dos policías de la brigada-contra-el-placer, están alumbrando los coches con sus linternas, no te levantes.
—¿Qué vamos a hacer?
—Decirles que este humo es un sahumerio y que

lo que tenés en tus manos no es mi pija sino un libro de poemas.
—¿Se lo van a creer?
—Si no nos creen, será nuestra primera condena juntos: seis meses por fumar porros…
—Los abogados de mi padre lo pueden resolver.
—Hay un delito más, Plástico.
—¿Cuál?
—Soy menor de edad.
—¿Por qué no me lo dijiste antes?
—No me parece el momento más adecuado para discutirlo. Aparte, hay otro delito.
—¿Cuál?
—El auto es robado.
—¿A qué distancia están los policías, Axel?
—Les quedan cuatro coches por revisar antes de llegar a nosotros.
—Huyamos.
—Hay otro delito.
—¡Otro más! Sos el manual del delincuente completo.
—Este delito es el más grave de todos.
—¿Cuál?
—Estoy enamorado de vos, Plástico Cruel.
—Si de veras es cierto, apretá a fondo el acelerador.
—¿Así?
—Así, mi amor.

Señales de tránsito

Nadie está a salvo. Me enamoré. Es así de simple. Las estrellas están de sobra. Si hasta yo, que nací en el país de los que siempre llegan tarde, estoy enamorado, quiere decir que le puede pasar a todo el mundo. No escucho campanas ni me da por besar a la portera. No salto, no bailo, no canto, ni hablo solo, pero en algún rincón de mi cerebro están festejando con una banda y con fuegos artificiales. Estoy enamorado. Es más que un ácido. Demasiado. Es una felicidad que se pasa de rosca y te hace llorar. Es apenas soportable.

Axel y Bombón

—Estoy enamorado, Bombón.
—¿De mí? ¿Y me lo decís así?
—De vos, no. De esa chica que conocí en el autobús.
—¿Cómo se llama?
—Linda.
—¿Algún dato más que me permita imaginarla?
—Es de plástico cruel.
—Comprendo, Axel, ojalá no te destruya.
—¿Estás felicitándome o me estás augurando un destino fatal?
—Estoy diciéndote que te amo.

Axel y Linda Morris

—¿Les hablaste de mí a tus amigos?
—Les dije que estabas viniendo algunas noches por mi cueva. Y dos palabras más.
—¿Qué significa: "dos palabras más"?
—Eso, Linda, dos palabras. Solo dos palabras.
—¿Cuáles?
—Plástico Cruel.

Axel y Linda Morris

—¿De veras que nunca te hiciste la paja?
—No vas a conseguir que me sienta que la anormal aquí soy yo.
—No me importa quién es anormal aquí ni en ningún lado. Pienso en el placer que te perdiste.
—¿No se te ocurre que puedo haber tenido otros placeres?
—¿Cuáles?
—Muchos. No todo es sexo.
—Nombráme los otros placeres.
—Leer, conversar con amigos, escuchar música, pasear, ir al cine y a las exposiciones o al teatro.
—No puedo creer que estés hablando en serio.
—Sos vos el que no habla en serio.
—¿Pretendés decirme que escuchar música es igual que un orgasmo?
—Igual no, muchas veces es mejor.
—Es una broma, ¿verdad?
—Aparte de lo que vos pensás, existe la realidad.
—La realidad y yo andamos por caminos distintos y no siento ninguna curiosidad por ella. Decime, Plástico, ¿te gusta mi pija?
—La gente no hace esas preguntas.
—Yo sí.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

No soy una estúpida. Sí, soy una estúpida. Cada día que abro los ojos sé que estoy cometiendo un error.

Axel y Linda Morris

—Voy a preparar un té.
—Hay en la lata que dice orégano.
—¿Y el azúcar dónde está?
—En la lata que dice harina.

—Todo muy práctico.
—En la lata que dice glucosa, hay glucosa.
—¿Para qué tomás glucosa?
—Es para cortar cocaína.
—¿Sos un traficante?
—Eso de "traficante" suena demasiado espectacular. Compro para mí y vendo la parte que me sobra.
—Corregida y aumentada.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Estoy perdiendo a Axel, lo más hermoso que encontré en mi puta y poética vida. Ayer me preguntó:
—¿Por qué hacés lo que yo quiero y me das siempre la razón?
—Porque a los niños y a los locos no hay que contradecirlos, y vos sos las dos cosas.

Axel entendió el subtexto y se portó como antes de conocer a su muñeca Barbie. Pero lo estoy perdiendo.

Axel y Linda Morris
—Cualquier cosa que pase, me mandás al frente a mí. Fuiste a traerme algo que yo te pedí y no sabés nada. ¿De acuerdo?
—¿Entonces, por qué no vas vos?
—A mí me ven la facha y ya saben que llevo algo. A vos ni se les ocurriría pararte. La policía tiene olfato.
—¿Dónde es?
—En una relojería.
—¿Una relojería?
—Sí, un negocio con un señor que se pone una lupa en un ojo y está todo rodeado de relojes.
—¿Y cómo se la pido?
—En la vidriera hay un neón rojo. Al lado hay otro neón verde. Si el neón rojo está apagado, no te acerques. Y si el neón rojo está encendido: entrá y pedile cinco gramos para Axel, el Cerdo. El tipo que te va a atender es mi amigo Frula.
—Si el neón rojo está apagado: peligro, y si el neón rojo está encendido: adelante. ¿Y para que tiene el neón verde?
—Ese anuncia que también hay de lo otro.
—¿Marihuana?
—No, dólares falsos.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Conocí a Plástico Cruel. Es rarísima. Se pone nerviosa cuando los hombres nos gritan algo. Se enrojece cuando hablamos de sexo. Es una hipócrita típica.

Axel y Linda Morris
—No podés seguir viviendo aquí.
—¿Por qué razón?
—Sencillamente porque ninguna persona puede vivir de este modo si está en su sano juicio.
—Nunca dije que tuviera intención de estar en mi sano juicio. ¿Qué otro motivo hay?
—Bueno… Que nadie… esto es…
—Ya ves, no podés encontrar ningún motivo válido. De manera que puedo seguir viviendo aquí.
—¿A vos no parece importarte lo que pueda decir la gente?
—La gente soy yo. Y a yo le parece estupendo que yo viva aquí.

Axel y Linda Morris —el amor líquido—

Cae tu meada. Oro desde tu entrepierna hasta mis piernas. Rayo de sol humeante y vertical. Cae tu meada. Chispas doradas de tu amor líquido caen sobre los engranajes caliente de mi locura. Bañáme. Empapáme. Cae tu meada. Meáme la espalda, meáme el culo, los huevos, los pies y llenáme la boca. Luego yo, cerdo marítimo, por las grietas de tu pecho de piedra te mearé el corazón y bañaré los últimos bostezos de tu pureza.

Linda Morris y su madre
—¿Qué es eso del amor líquido, Linda?
—¿No te lo imaginás?
—No.
—Es que te meen encima cuando estás desnuda.
—¿Y ese chico intentó hacerte eso?
—No lo intentó. Lo hizo.
—Pobrecita, ¿cómo conseguiste escapar?
—No me escapé… Lo disfruté, mamá.
—¡Linda!
—Es un chico fantástico...
—¿Quién?
—¡Axel, mamá!, en la cabecera de la cama tiene un collage.
—¿Qué tiene de fantástico eso?
—Que son un hombre y una mujer cogiendo.
—Su tema favorito, supongo.
—Pero está hecho con las facturas del gas y de la luz que nunca pagó. ¿No es fascinante?
—Prefiero ignorar cuál es tu concepto de lo fascinante.

—A veces me parece que lo quiero y otras veces me veo como una investigadora social analizando a un terrorista. Su visión del mundo es completamente distorsionada, pero después de una noche junto a él, empiezo a sentir que la visión distorsionada es la mía.
—¿Está enamorado de vos?
—Hoy me dijo que me veía estúpida, misteriosa y egoísta.
—¿Y algún elogio más?
—Me dijo que esa manera de ser mía lo está volviendo loco.
—¿Eso significa que te quiere o que piensa asesinarte?
—Creo que las dos cosas.

Axel y Linda Morris
—La única manera de que mi padre continúe dándome dinero es que nos casemos.
—Ese es un deporte que no me interesa practicar.
—Te estoy hablando en serio.
—Tampoco practico el deporte de la seriedad. Lo que vos necesitás es un buen trip.
—¿Un buen trip?
—Sí, Linda, un viaje de ácido.

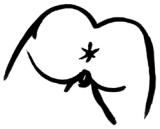
Linda Morris y su madre
—Hace cuatro días que no te veo.
—Estuve de viaje, mamá.
—¡Qué estupendo! Mi estilista dice que un viaje es la mejor terapia, aunque mi terapeuta no está de acuerdo. ¿Y a dónde fuiste?
—A Egipto.
—¿Paraste en el Milton de El Cairo? Es el único hotel soportable.
—No, mamá, me tomé un ácido lisérgico y estuve en el antiguo Egipto, con faraones y todo eso. Yo era Cleopatra.
—Adoro las fiestas de disfraces. ¿Pagaste con tarjeta?
—Los traficantes solo aceptan efectivo.
—Vivimos tiempos de una inmoralidad tan pavorosa, que me parece lógico que los hoteleros no quieran aceptar tarjetas.
—No dije "hoteleros", mamá, dije traficantes.

Axel y Linda Morris
—¿Cómo podemos saber si realmente estamos enamorados?
—Vamos al parque a mirar la luna. Si al verla, decimos: "Ahí está la luna", mientras metés la mano en mi bragueta y yo te acaricio el culo, quiere decir que realmente estamos enamorados. Pero si contemplamos la luna y nos sentimos sublimes, quiere decir que, además de estar realmente enamorados, somos dos pelotudos.

Axel, el Cerdo, y Linda Morris
—Estoy en dificultades, Plástico.
—¿Qué te pasa?
—Tengo dos mil cuatrocientos dólares.
—¿Y a eso lo llamás estar en dificultades?
—Son falsos.
—¿Querés que los lleve a tu amigo Frula?
—Podemos cambiarlo por diez o veinte gramos. Decile que son para el Cerdo.
—Okay.
—Si te para la policía, vos no tenés idea de lo que llevás, decile que yo te pedí que…
—No me escribas un guion. Puedo improvisar. ¿Voy a la relojería?
—No. Ahora está en la vereda de enfrente, atiende una carnicería.
—¿Una carnicería?
—Sí, es un lugar lleno de cadáveres desangrándose sobre mostradores de mármol.
—¿Alguna contraseña?
—Esperá que no haya ningún cliente y decí solamente que vas de parte de Axel el Cerdo.
—¿La policía no tiene fichado ese nombre?
—Probablemente.
—¿No te conviene cambiarlo por otro?
—Imposible.
—¿Por qué?
—Porque me gusta demasiado que me llamen Axel el Cerdo.

Bombón —poeta y puta— (Diario)
Le regalé dos mil cuatrocientos dólares a Axel. Son falsos, pero se cotizan al veinte por ciento. ¡Qué más le puedo dar para que me ame? No resisto estar a su lado comportándome como si no quisiese besarle cuello-manos-pija-huevos-culo-y-pies-sucios. Todavía no se le pasó la curiosidad por investigar el contenido de su muñeca inflable marca Morris.

Linda Morris y su madre
—¿Con quién vas a salir, a qué sitio horrible vas a ir y a qué hora pensás volver?
—¿Estás trabajando de madre?



—Estoy tratando de ser tu amiga. Una madre tiene la obligación de saber con quién sale su hija. No me lo hagas difícil, Linda.
—Voy a la cueva de Axel.
—¿Es un bar de moda?
—Es la casa de Axel.
—¿Dónde lo conocimos a ese chico? ¿En algún coctel de la embajada de Grecia?
—No, mamá, Axel, el chico del parque, nunca entró en una embajada.
—Hace bien. Esas recepciones son cada vez más aburridas.
—Me voy, mamá.
—Chau, hija, dale mis saludos al chico de la embajada de Grecia.
—Chau, mamá.

Axel y Linda Morris
—Quedáte a dormir, por favor.
—¿Por qué tanta insistencia esta noche?
—Porque afuera hay luna redonda.
—Está bien. Me quedo a dormir con una condición.
—La que quieras.
—Que me dejes dormir tranquila y no te aparezcas a mitad de la noche en mi colchón.
—Te lo prometo.

Axel y Linda Morris
—¿Qué hacés en mi cama?
—Me sentía muy solo.
—Pero me habías prometido…
—Olvidé decirte que nunca pude cumplir una promesa.

Linda morris y su madre
—Me quedó ardiendo el culo toda la semana.
—¿Cómo te atreviste a hacer algo así?
—Con él no hay nada a lo que no me atreva.
—Vas a tener que ir al analista.
—Cada vez que siento el ardor en el culo me acuerdo de Axel. Es como si lo llevara a todas partes dentro de mí.
—¡Linda! Dejá de hablar de ese modo.
—No puedo. Estoy enamorada.
—¿Se lo dijiste a ese chico?
—Sí. Y me respondió que lo único que le interesa del plástico es su cualidad de ser descartable.
—¿Cuál es la traducción?
—¿Sabés cómo me llama?
—Creo que prefiero no enterarme.
—Plástico Cruel.

Bombón —poeta y puta— (Diario)
Solo tengo el deseo y la poesía. "Y mi amistad", me dice Axel. Cuando lo que busco de un hombre es que me ame, su amistad es solo un consuelo, y nada me entristece tanto como un consuelo. Le contesto a Axel. Toma su cerveza y se va. Extraña a la burguesa plastificada.

Axel y Linda Morris
—Buenos días, ¿te acordás de mí?
—¿Qué hora es? ¿Estuvimos durmiendo toda la mañana?
—Axel, el Cerdo, encantado.
—No sé ni qué día es hoy…
—¿Qué importancia tiene que sea septiembre o lunes?
—Por favor, Axel, guiarme por el calendario me tranquiliza y no me interesa polemizar sobre el tema.
—Linda, el calendario es solo una opinión.
—Una opinión con la que coincido y coincide todo el mundo civilizado. ¿Dónde dejé mi ropa?
—¿Te vas? ¿Las convenciones del mundo civilizado te reclaman?
—Volveré mañana.
—No me hables del futuro.
—¿El futuro?
—Sí, ya sabés, cuando esté mirando la vida desde la ventana de un geriátrico.
—Dije "mañana", no el siglo que viene.
—No hay diferencia, para mí, todo lo que no es ahora, no existe.

Axel y Linda Morris
—¿Qué hiciste durante mi ausencia?
—Inauguré un museo de cadáveres.
—Comprendo. ¿Cadáveres desconocidos?
—No. Solo cadáveres de amigos. Expuse en público mis penúltimas desilusiones y convoqué una asamblea de sufridores ocasionales.
—¿Para no sentirte solo?
—Sí, y también me hice pintor. Pinté una acuarela con vino rojo.
—¿Cómo anduviste de salud?
—Me hice cuatro autopsias parciales: de recuerdos, de planes, de corazón, de pija.
—¿Comiste?
—Sobrevolé como un cuervo hambriento hectáreas de locura.

—¿Te drogaste mucho?
—Sorprendí la imperceptible vibración de una monja que intentaba fugarse. Presencié un desfile de lujosos carruajes con enfermos mentales, vi pasar esqueletos con trajes de lentejuelas envenenadas, escuché música de carbonizados dirigidos por una corista epiléptica que se electrocutaba sobre un caballo de neón.
—¿Me extrañaste?
—Conocí el golpe incesante de tu recuerdo contra la escollera de mis huesos. Y supe que el adiós es cortante como la aleta de un tiburón en la superficie del silencio.
—Efectivamente, te drogaste mucho.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

Un ataúd de cristal y yo vestida de novia. Y que me maquillen.

Axel y Linda Morris

—¿Subís o no?
—No me gusta viajar en un auto conducido por una mujer.
—¿No creés que sepa manejar?
—No es eso. Me hace sentir como un marica.
—¿Un tipo como vos tiene prejuicios?
—Sí. Sólidos prejuicios.
—Conducí vos.
—¿Adónde vamos?
—A verlo a mi padre.
—¿No conocés algún sitio más interesante?
—Vamos a sacarle dinero.
—¿Por dónde agarro?
—Por la autopista.
—¡Qué bueno es este auto!
—Es el mejor. Costó doscientos mil dólares.
—Parece que tu viejo tiene mucha pasta.
—Esa fábrica blanca es de él.
—¡Guau! ¿Por dónde está la entrada?
—No está ahí. Está en otra, más adelante. Esa gris también es de él.
—¿Cuántas tiene?
—No sé. Esa del tanque como un cilindro también es de él.
—¿Qué fabrican?
—Desde hamburguesas hasta misiles.
—¿Y ésa?
—Esa es mía. Me la regaló cuando cumplí ocho años. Yo quería una bicicleta y él se apareció con las acciones de esa empresa. Fue muy decepcionante.
—Me imagino el sufrimiento.
—No te imaginás nada. Si una chica quiere una bicicleta y los padres no se la compran, ya sea porque son pobres y no les alcanza el dinero o porque son ricos y no les alcanza el cerebro, la decepción es la misma.
—No es la misma, pero para qué discutir.
—Axel, si no coincido para nada con vos, ¿por qué estás conmigo?
—Por el placer de manejar este auto y porque tenés mucha plata.
—Hasta hoy no lo sabías.
—Los cerdos tenemos muy buen olfato.
—¿Y si te digo que te bajes del auto?
—¿Querés que me baje?
—No. Tomá por ese camino. Es allá.
—¿Esa? No tiene ningún cartel.
—Hacé señas con los faros para que sepan que está todo bien.
—¿Está todo bien?
—Sí, a menos que quieras que te vuelen la cabeza por intentar tomar vos solo una fábrica de armamento pesado.

Axel y Linda Morris

—¿Por qué caminás inclinado?
—Se me desprendió un taco del zapato.
—¿Dónde comprás los zapatos?
—El derecho lo encontré en un container y el izquierdo me lo regaló un amigo, son bastante parecidos, ¿verdad?
—Si te casaras conmigo serías inmensamente rico y por ende inmensamente feliz.
—¡Entonces era cierto! El dinero hace la felicidad.
—Quizá no, pero hace que la infelicidad sea mucho más cómoda.
—Prefiero mi incómoda felicidad.
—Insisto en que podría hacerte mucho más feliz de lo que sos.
—Nena, me parece que te sobrestimás o que me subestimás.
—Acordate de que bastaría un silbido tuyo para llevarme al altar.
—No sé silbar.

Bombón —poeta y puta— (Diario)

La Malco encuentra misterio en el sexo mal satisfecho. Esa posesión incompleta la retiene y la lleva a perseguir hombres que no tienen ningún interés en ella. Cuando se enfrenta a la indi-

ferencia de algún amante, viene a casa y llora. En esas ocasiones nunca la dejo a solas: tengo miedo de que abra las llaves del gas. A veces, para mí, ser testigo de su sufrimiento es un consuelo. Ni siquiera las mujeres son felices. ¿Hay algo más triste que un consuelo?

Señales de tránsito

Reuní un congreso de hormigas putas para que masticaran las hojas de tu recuerdo. Te borré de las paredes, del techo, del aire. Dediqué días y noches a borrarte. Lijé maderas, sombras y sábanas. Borré tu culo de las sillas. Hice un trabajo de borradería tan bueno que, si algún día volvés, cuando trates de hablar, verás que tenés borradas la lengua y las palabras.

Axel y Linda Morris

—¿Hace mucho que me esperabas?
—Pasó un chico con una soga, pasó una soga y después pasó una vaca. Pasaron dos curas sospechosos de homosexualidad…
—¿Por qué eran sospechosos de homosexualidad?
—Porque uno me miró el bulto y después lo codeó al otro. Pasó una vieja que no podía cruzar la calle porque el semáforo no permanece cuatro horas y media en la luz verde, pasó un policía de civil…
—¿Si estaba de civil cómo sabés que era un policía?
—Al pasar dejó olor a neuronas en estado de descomposición. Después pasaron mil años y un tren…
—¡Y llegué yo!
—Eso fue mucho después. Antes pasó una guerra y murieron niños, alguien inventó una nueva religión y de la carpa de un circo se escapó un elefante en celo. Y entonces… Hola, Plástico.
—Hola Axel, ¿cómo estás?
—Tocáme la bragueta y vas a saberlo.

Señales de tránsito

El único virus mortal es el aburrimiento y el único delito es la crueldad deliberada.

Axel y Linda Morris

—Los chicos nos respetaban demasiado o nos odiaban.
—¿Y a vos te odiaban o te respetaban demasiado?
—A mí me buscaban. Jugaban conmigo para tocarme.
—¿Por qué?
—No sé. Nunca pude explicármelo.
—¿Te dejabas tocar?
—Sí. Creo que era una ingenua. No sabía sí eso estaba bien o estaba mal.
—¿Ahora lo sabés?
—No.
—¿Te interesa que te dé mi opinión?
—No.
—¿Qué sentías cuando te tocaban?
—Cosquillas… Miedo… No sé.
—¿Dónde te tocaban?
—En todo el cuerpo.
—Quise decir si en tu casa o en la calle.
—En mi jardín había un laberinto de ligustros. Los chicos me encerraban y me agarraban como pulpos desesperados.
—¿Todos a la vez?
—Sí.
—¿Cuántos eran?
—Seis o siete.
—¿Te gustaban?
—No. Había uno que sí. Yo le pedí que viniera solo, pero él insistía en que me dejara tocar por sus amigos.
—Era solidario. ¿Y te besaban?
—No mucho. Eso no les interesaba.
—¿Al que te gustaba tampoco?
—A él lo besaba yo. Abríamos la boca y mezclábamos las lenguas.
—¿Él te enseñó eso?
—No. Supongo que besarnos con la boca cerrada nos habrá resultado aburrido y abrimos los labios.
—¿Cuánto duró esa historia?
—Poco tiempo. Súbitamente me dio un ataque de santidad, y dejé de responder al llamado de los ligustros.
—¿Ellos se resignaron?
—Al principio los defraudé, después se olvidaron de mí.
—¿Y el que te gustaba…?
—Me dejó de gustar.

Señales de tránsito

Que la mujer que ames esté en su habitación con otro hombre. Que la ames. Y que ella esté haciendo el amor con otro hombre mientras vos estás en la habitación de al lado. Que llenes el espacio de música para tapar voces y sonidos que luego no podrías nunca olvidar.

Que alguien golpee a tu puerta. Que al abrir la veas a ella envuelta en una toalla. Que te sonría.

Que te diga si podés ir a comprar cigarrillos, para ella y para su amante. Que la mujer que ames haya ido hasta tu cuarto a pedirte que, ya que estás vestido, compres cigarrillos para ellos.

Y que vayas, que la quieras tanto.

Que llueva. Que corras por la calle hasta el quiosco a comprarles cigarrillos. Y que llueva mucho.

Que regreses empapado con los cigarrillos. Que la llames. Que golpees a la puerta de su habitación. Que tengas que repetir su nombre. Que escuches los sonidos de algo imprevistamente recomenzado. Que escuches jadeos de placer. Que vuelvas a tu cuarto. Que pasen los minutos como siglos. Que ella, la mujer que ames envuelta en su toalla, llame nuevamente a tu puerta. Que abras y te encuentres otra vez con su sonrisa. Que tengas que sonreír. Que debas imponerle otra sonrisa a tu confusión. Que le des los cigarrillos y que ella te agradezca por haber ido con esa lluvia. Que te pregunte cómo estás. Y que le respondas que estás bien. Y que no sea cierto. Que la ames tanto. Que te suceda algo así... para que me entiendas.

Axel y Linda Morris

—Cabalgá vos, Linda, porque yo estoy cansado.

—¿Qué me pedís que haga?

—Lo que quieras, pero hacelo todo vos, paráme la pija, hacé con ella lo que quieras, te la presto.

—Solo quiero amar.

—Entonces amáme la pija, amála, tratála como a una fiera a la que vas a domar y después metétela donde quieras, hoy estoy para mirar el techo y gozar. Si te gusta la pija, te la presto. Y si no, volvé a tu casa.

—¿Vos que vas a hacer?

—Si tengo fuerzas, me haré una paja antes de dormir.

—Estás loco.

—Y eso es lo que te gusta de mí.

—Cuando jalás demasiada cocaína me pedís cosas raras.

—Solo te pido que me ames.

—Pero el amor no es así.

—¿Y quién sabe de qué forma es el amor? ¿el cine? ¿las telenovelas? ¿Dónde está dicho que el amor no es así?

—En los libros.

—No en los que escribo yo. ◣

José Sbarra
(Argentina,
12 de julio de 1950)

O 15 de julio, los datos no son claros. Tampoco es seguro que José Sbarra sea su verdadero nombre y se desconoce la ciudad exacta de su nacimiento. "Cerca de un cementerio", ha dicho alguna vez. Fue maestro normal, periodista, escritor y guionista de televisión. Como periodista trabajó en publicaciones infantiles como *Billiken,* aunque más tarde dejó los contenidos pedagógicos y se sumó al staff de *Playboy* y de *Perfil*, donde colaboró en los guiones de la colección "Yo fui testigo". Se ganó la vida, sin embargo, como guionista todo terreno, escribiendo parlamentos para toda clase de formatos: ciclos de divulgación ("Para crecer", conducido por Canela), programas de variedades ("El show de la vida", de Héctor Larrea, o "El show de Carlos Perciavalle"), o formatos humorísticos (el de los uruguayos "Hiperhumor", por ejemplo). También coordinó talleres literarios y fue fundador de un ciclo de mesas redondas y tertulias llamado "Circo de poesía". Publicó varios libros infantiles y juveniles: *Cielito, ¿Miedo, yo?*, *No enciendas la luz*, *Andy el paseador de perros*, *El beso del vampiro* y *Socorro nadie me quiere*, posiblemente el primer libro de autoayuda infantil. Después llegaron sus obras más oscuras: *Obsesión de vivir*, *Marc, la sucia rata* y *Plástico Cruel*. Todavía se mantienen inéditos *Los pterodáctilos*, *El libro del desamor*, y *Bang-bang*. José Sbarra falleció el 23 de agosto de 1996, tras padecer HIV.

Plástico Cruel es una novela de culto, nunca reeditada, que conoce su versión digital desde febrero de 2011. Esto significa que durante veinte años enteros se mantuvo alejada de los buscadores de internet y de la posibilidad de encontrar nuevos lectores. El extenso fragmento que ahora publicamos en Orsai (los tres primeros capítulos, de siete) tuvo un intenso trabajo de recopilación por parte del portal ZonaLiteratura.com, editado por Gustavo Mayares. En el sitio, los lectores podrán encontrar la versión íntegra de *Plástico Cruel* para descarga directa, y gratuita, en múltiples formatos digitales. ◣

Dr. Sbarra y Mr. Symns

Increíble que un tipo que trabajaba en la revista *Billiken*, llegara después a su casa y escribiera literatura erótica sadomasoquista —dice Chiri.

—Sí. Sbarra fue una especie de doctor Jekyll y Mister Hyde. O de Lou Ferrigno y Bill Bixby. Vos no te acordás, pero hace mil años, en una *Cerdos & Peces*, leímos un fragmento de *Plástico Cruel*. Teníamos diecisiete años y esperábamos esas revistas con muchas ganas. Yo casi me sabía de memoria ese párrafo que termina diciendo "Que te pase algo así, para que me entiendas".

—Yo lo tenía muy difuso —me dice—, pero cuando me lo leíste me vino de golpe a la cabeza. ¿Cuántos libros publicó Sbarra?

—Varios, pero algunos no le gustaron. Se arrepintió de haberlos publicado. *Plástico Cruel*, por supuesto, no entra en esa categoría.

—Es una suerte que vuelva a estar disponible, y además gratis, para descargarlo —dice Chiri—. La historia es casi teatral, puro diálogo, ¿no?: es sobre un travesti que se llama Bombón y un adolescente…

—Axel, el Cerdo: un pibe muy carismático. Es una historia de un amor no correspondido. Y aunque la novela esté escrita en forma fragmentada cuenta una historia lineal, y te pinta el submundo de Buenos Aires de los ochenta.

—El otro día encontré una entrevista a Sbarra que le hace Enrique Symns. El inicio dice así: "Es homosexual, algo frívolo y también denso. Pero muy querible y sobre todo: está apasionadamente vivo".

—No me extraña…

—Las preguntas que le hace Symns son buenísimas: ¿*Plástico cruel* es literatura para homosexuales? ¿Tuviste una vida sexual intensa, promiscua? ¿Qué clase de cosas sádicas hacías? ¿Sos violento en el sexo? ¿Nunca violaste ni forzaste? Y en un momento le dice: "Desconozco tu historia", para que el otro se la cuente. Es muy genial.

—Tenemos que hablar con Enrique Symns, tenemos que invitarlo a escribir en Orsai. Qué hombre hermoso —le digo.

—Sbarra hace una síntesis de su vida, que estoy seguro Symns desgrabó y la dejó tal cual. Oí: "Mi familia era rica y mi viejo era un boludo que se peló. Vivíamos mal, sin agua caliente y yo tenía que ir a bañarme a la casa de mi abuelo. Mi viejo le fundió la fábrica a mi abuelo. Vivía en una casa con calle de tierra. Pero en verano me sacaban y me llevaban a Mar del Plata. Siempre trabajé de todo. Durante diez años llevé gente a Bariloche, llevaba turistas. Desde los dieciocho años hice eso. Fui cadete, me metía en los piringundines y me hacía coger por las putas. Yo iba por eso, pero también porque los tipos me tocaban la pija. Después también me los cogía".

—Qué fantástico —le digo—. ¿Dónde salió esa entrevista?

—En el número uno de la revista *El cazador*. La nota se llama "Coger, drogarme, escribir". Y escuchá esta parte. Symns le dice: "Me identifico con vos en el sexo y las drogas, pero escribir…". Y Sbarra le contesta: "Es cierto. Yo me veo escribiendo y me parece la imagen más desagradable, un tipo escribiendo es un pajero…".

—¡Un tipo que escribe es un pajero! —grito—. Es genial. Hay muchos tipos que escriben y vos ves que, en realidad, se están haciendo una paja. "Todo muy lindo, muy inteligente, pero lo que usted escribe no me dice nada", me dan ganas de decir cuando agarro uno de esos libros.

—Sbarra tiene altibajos —dice Chiri—, Symns, por supuesto, también. Incluso muchas veces Symns se pone demasiado maldito para mi gusto. Pero escriben de otra manera. Son narradores honestos. Sbarra dice algo interesante en ese reportaje: "¿Vos sabés la cantidad de pendejos que andan con mi libro? ¿Sabés lo que debe ser que encuentren un libro de alguien que fue igual que ellos? Para ese pibe de catorce o quince años, mi libro está vivo. De los treinta años para arriba, no me interesan los lectores. Me chupa un huevo y te soy sincero, si el libro gusta o no gusta, si es bueno o si es malo. Yo escribo para unos cuantos pendejos".

—Qué mal —digo—. Nosotros tenemos más de cuarenta. ¿Para quién publicamos este fragmento de la novela de Sbarra, entonces?

—Para los pendejos —me dice Chiri—. ¿Tenemos lectores pendejos, no?

—Sí —le digo—. Y está bien que sea así. Porque en realidad, cada vez que sale un ejemplar de Orsai de la imprenta, yo lo abro imaginándome que estoy en Mercedes y que tengo diecisiete años. Abro la Orsai como si la hubiese estado esperando a escondidas. ◣

no también es una PALABRA.

Aprende a usarla, *carajo*.

EL GRAN SURUBÍ

Capítulo III

contábamos un chiste muy salame
arrancando el motor muertos de frío
juan y pinchame se fueron al río
juan se ahogó quién quedó quedó pinchame
el miedo de morirnos en el agua
con el gomón volcado y en lo oscuro
el miedo a quedar plancha quedar duro
querés jugar al teto a la piragua
jodíamos temprano antes del sol
se te helaban las manos y las bolas
manteniendo el gomón entre las olas
rescatáte tomá ginebra bol
el hambre se mezclaba con el miedo
soñábamos con pollos al espiedo

el viento de septiembre era filoso
te entraba hasta las muelas por la oreja
te bancabas los chistes a tu vieja
aferrado al gomón te hacías el oso
para que no pudiéramos fugarnos
nos largaban con poco combustible
nos decían que el agua era bebible
y un sangüich y a otra cosa sin quejarnos
encarnábamos con una oveja muerta
medio podrida y medio congelada
el anzuelo pesaba como nada
lo guardábamos dentro de una cubierta
cuidado que la punta pincha el bote
y terminás de ofelia y camalote

un gigantesco signo de pregunta
era el anzuelo negro interrogante
la duda del mortal del ignorante
cuando el cielo parece que te apunta
con una muerte azul enamorada
de tu latido solo y huerfanito
el cagazo de ser un dios finito
pendiente de la última trompada
la gran pregunta negra caía al río
a ver si respondía el dios de abajo
o nos mandaba a todos al carajo
o dejaba el anzuelo bien vacío
salía el sol y un flaco repetía
pedazos de los simpsons que sabía

por cada cinco botes había un capo
con brújula con radio y gps
el nuestro era el petiso genovese
borrachito altanero medio sapo
te cagaba a puteadas porque sí
después contaba cosas personales
después se arrepentía en sus finales
le rezaba a la virgen de itatí
le encantaba mandar larguen la línea
apaguen el motor vayan a popa
agarren bien el remo que no es sopa
qué ganas de dormirlo de una piña
hablaba de su monstrua en balvanera
una vieja ansiolítica y petera

vamos vamos muchachos nos gritaba
surubí para todos con perón
cada barco sacaba comisión
cobraba por el bloque que empacaba
el barco era una gran procesadora
compactaba la pulpa de pescado
como un ladrillo blanco congelado
que nutría a la gris devoradora
la conurba mayor capitalina
la boca de la hambruna subsidiada
la falta de la vaca iluminada
ya casi no había carne en la argentina
que pique de una vez el bagre che
surubí para todos por tevé

y el bicho no picaba no había caso
descarnaba la oveja carroñero
cauteloso nocturno cizañero
de lejos se escuchaba el coletazo
a veces un mordisco hacía que el bote
avanzara cien metros como lancha
nos llevaba tomándose revancha
con fuerza de tremendo cachalote
una vez con linterna uno gritó
lo viste no lo vieron vi la jeta
la boca era como una camioneta
es enorme puta que lo parió
a veces nos hacía un remolino
mareándonos el bote y el destino

el petiso nos daba indicaciones
cambiábamos de zona sin horario
hacia las partes dulces del estuario
porque el pez se ocultaba en las regiones
donde el agua no estaba tan salada
la escasez provocaba mal humor
principio de motines un tumor
crecía en nuestra flota envenenada
las flotas de gomones de otros barcos
pescaban uno cada siete días
y nosotros bajo las tres marías
ya sin chistes quedamos medio parcos
un gomón se volcó vuelta campana
los hallamos flotando a la mañana

ballester y el petiso resolvieron
encarnar los anzuelos con ahogados
sin ovejas nos vemos obligados
a hacer el sacrificio nos dijeron
yo lo vi a peñalver medio verdoso
en el gomón de al lado blando muerto
con el sueño total al descubierto
tan lánguido y en paz estaba hermoso
lo vi que lo tiraban ensartado
a la pregunta viva del anzuelo
clavado en los talones bajo el cielo
cayó dentro del agua y casi nado
a sacarlo del fondo o a quedarme
abajo con su cuerpo hasta borrarme

otro gomón volcó a la madrugada
se ahogaron otros cuatro un día quieto
entonces sospechamos en secreto
nos estaban usando de carnada
abrazado a un tambor azul de plástico
que usábamos de bolla con la cuerda
uno sobrevivió la muerte lerda
y dijo que sintió como un elástico
les bajaba su bote hacia un costado
rompiéndoles la plancha de madera
y dijo que también podía que fuera
la púa en las aletas del pescado
imposible saberlo cada muerto
era plata a los ojos del mamerto

cuando ya los ahogados eran trece
un motín se empezó a poner pesado
los fueron a buscar al barco anclado
a ballester y al sapo genovese
nadie dijo quién fue pero temprano
a un lado de la isla medio lejos
los trajeron ya muertos a los viejos
los iban a vengar tarde o temprano
pero antes disfrutamos un montón
buscamos las parrillas se hizo fuego
los trozamos con calma y hasta luego
el hombre sin cabeza es buen lechón
los asamos despacio nos reunimos
y en el aura del sauce los comimos

Continuará en el próximo número.

Cruz / Diablo

Capítulo Tres

Si solo pudieras hacer una,
¿cuál sería la pregunta?

Todavía te faltan unos veintinueve años para que oigas sonar por primera vez en la radio, como el resto de los demás mortales, la misma canción que van a escuchar en un rato ahicito nomás… Y casi cincuenta para el momento en que hagas tu último disparo. Ahora, después de haber estado caminando no sabés ya cuanto tiempo junto al Viejo que bajó del monte, sin tener la más mínima idea de adónde están yendo, te enojás con él cuando te dice "Ratita". Pero ni siquiera te preocupás ni mucho menos te ponés a pensar cómo mierda es que el Viejo que bajó del monte sabe cuál es tu apodo. Y lo que es peor: ¿cómo puede ser que siga vivo después de que le metieras un escopetazo?

Haciendo una trompa bien de nene cuando pretendés ser un hombre, afirmás:

—¡Así no me llamo yo!

—Pero así es como me le dicen.

—Yo no quiero que me digan así —te me plantás.

—Entonces va a tener que hacer algo para

ganarse otro apodo —te asegura el Viejo que bajó del monte.

Y agrega:

—Por ahora nomás va a seguir siendo el Ratita… ¿Mañana? Veremos.

Vos lo escuchás y te llenás de rabia. Pateás una piedra en el camino que sale dando saltitos y levantando algo de polvo. Como tenés la escopeta del Papá sobre los hombros, perdés el equilibrio y casi te me caés.

El Viejo que bajó del monte arruga la frente y niega con la cabeza.

—Así pasan los accidentes. Después dicen que uno las carga.

Lo que te está diciendo en realidad es que sos un boludo.

Llegan a lo de Landero. Vos conocés de nombre nomás por el Papá. Pero sabés muy bien que te conviene no decir que sos uno de sus changos. Aunque estés armado. Que en lo de Landero el Papá ya no es bienvenido. Y que de saber que está en el hospital moribundo ahí habría alegría.

Hay gente adentro. No mucha. Tampoco poca. La mayoría son obreros del tabaco. Un grupo juega al nueve tallado. Todos esperan que al Adolfo Peluffo lo agarre la inspiración y se ponga a tocar la guitarra. Algo. Lo que sea. Para que se escuche otra cosa que no sean los gritos de ¡nueve clavado! el zumbido de las moscas quereseras o el cantar de las chicharras despidiendo al sol antes de que se vaya. En lo de Landero hay ganas de paso doble o de bayón. Pero lo que se va a oír esta tarde es otra cosa.

Se acoda en la barra el Viejo que bajó del monte y se pide una caña. Una mujer gorda se la sirve. Él, con un gesto de la cabeza, le agradece y después se la manda adentro del garguero de un tirón. Fondo blanco. Se ve que tenía ganas de alcohol. Parece que también de música. Porque, primero, mira de pies a cabeza al Adolfo Peluffo y a su guitarra dormida. Y, después, encara a la pareja.

El Viejo que bajó del monte le apoya su mano izquierda en el hombro al Adolfo. Y se lo aprieta. Y el músico siente en el cuerpo algo que nunca ha visto pero de lo que ha oído hablar. Siente el hormigueo de la electricidad. Y es entonces cuando —para la sorpresa y el horror de los que son testigos— el Adolfo Peluffo se pone a tocar la guitarra y a cantar en la lengua del gringo, que no domina:

Un paseo salvaje
Sobre una tierra pedregosa
Tal lujuria por la vida
El circo viene a la ciudad
Nosotros somos los que tienen hambre
Por eso fue entrar y salir
Igual que un río que corre
Como el fuego necesita la llama
Ardí por vos

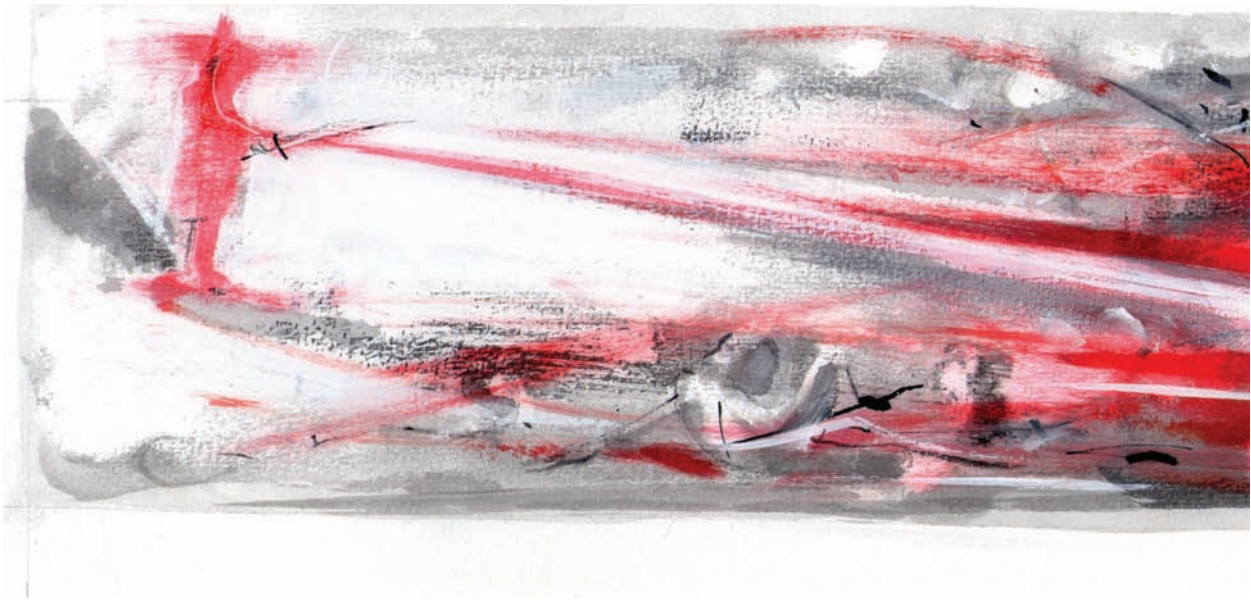
Tengo que sentirlo en mi sangre
Ando buscando tus caricias
No me hace falta tu amor
Y deseo
Y necesito
Y tengo
Lujuria
Animal

Y aúlla el lobo
¡Cómo silba ese hocico!
Le sigue el ritmo a los latidos de un corazón
Y a la medianoche (en la hora de las brujas)
Estoy corriendo con el viento
Soy una sombra en el polvo
Y como la manipuladora lluvia… sí
En la humedad de la siesta
Yo nunca duermo

Tengo que sentirlo en mi sangre
Ando buscando tus caricias
No me hace falta tu amor
Y deseo
Y necesito
Y tengo
Lujuria
Animal

Gritá, mujer
Que el lobo aúlla
Voy a cazarte como un animal
Voy a quitarte tu vida y a escaparme

Tengo que sentirlo en mi sangre
Ando buscando tus caricias
No me hace falta tu amor
Y deseo
Y necesito
Y tengo
Lujuria
Animal



Y deseo
(“Tómeme”, susurra en nuestro idioma el Viejo que bajó del Monte)
Y necesito
(“Tómeme”, pronuncia entre dientes)
Y tengo lujuria
(“Conviértame en su…”, anhela fervorosamente)
Animal

Y deseo
(“Muéstreme”, pide pasándose la palma de la mano por la cara)
Y necesito
(“Fróteme despacito”, suplica apoyando la misma mano en su pecho)
Y tengo lujuria
(“Déjeme ser su…”, declara con los ojos cerrados)
ANIMAL

Y deseo
(“Deseo” repite el Viejo que bajó del monte)
Y necesito
Y tengo
Lujuria
ANIMAL

Y ahí termina la canción. Y ahí dejan de sonar tan diferentes esa voz y esas seis cuerdas. Cuando el Viejo que bajó del monte ya no aprieta con la zurda el hombro del músico. Y el Adolfo Peluffo sacude la cabeza como señal de que ha vuelto a ser él mismo y de que lo ha abandonado eso que lo tenía poseído. Termina la canción justo cuando los ojos del Adolfo dejan de ser blancos como dos huevos duros para volver a ser los de siempre: los del color del mate cocido.

Y lo primero que ve, como todos los demás también, es la aparición fantasmal de los tres pistoleros. Que de repente se han corporizado en el medio del salón. Tienen la misma altura y el mismo color de pelo. Chuzas y barbas rojas. Dos las llevan bien largas. Hasta el pecho. Y uno solo usa bigote. Los tres, aunque no son ciegos, llevan puestos anteojos negros.

—Los Mala Sombra —se los presenta el Viejo que bajó del monte.

Porque se conocen.

Y se conocen muy bien.

Se nota que supieron cabalgar juntos en otras épocas.

Que formaron parte de una misma banda.

—Miguel —pronuncia en voz alta el Viejo que bajó del monte.

Y Miguel devuelve el saludo levantando el mentón.

—Rafael —llama al otro pistolero.

Y Rafael, agarrándose el ala de su sombrero con el pulgar y el dedo índice de la diestra, le dice hola.

—Gabriel —nombra al tercer Mala Sombra.

Y Gabriel, después de refregarse con un dedo nariz y bigote colorado, escupe el suelo que pisa y también las puntas de los pies del Viejo que bajó del Monte.

No hay tiempo de medirse con ese maleducado. Porque justo ahí entra él. El Otro viejo. Nacido en el barro. Lleva puesto también de esos abrigos

largos hasta los tobillos. El mismo color que los de los otros tres. El de la arcilla. Debajo un traje gris oscuro. Impecable. Corbata bien negra. Como las botas lustradas. Con el brillo de casi-casi un espejo. Sombrero de un gris un poco más claro que el del saco y el pantalón. Y la camisa blanca. Blanca al igual que su bigote bien tupido. No ha sacado las manos de los bolsillos del sobretodo.

El Otro Viejo nacido en el barro busca bien en la concurrencia del lugar hasta que finalmente encuentra lo que andaba buscando: al Viejo que bajó del monte. Achina los ojos, para verlo mejor, y le pregunta:

—¿Sos vos?

El Viejo que bajó del monte no responde. El Otro Viejo nacido en el barro, sacando a la vez ambas manos de los bolsillos y sin desabotonarse el sobretodo, se lleva la falda derecha del abrigo detrás de la cintura. Le vuelve a preguntar ya apretando los dientes:

—¡¿Sos vos?!

El Viejo que bajó del monte continúa con la boca cerrada.

Al reconocerlo, y ya sin ninguna duda de quién es, el Otro Viejo nacido en el barro grita furioso a pesar de los hilos de baba que unen sus labios:

—¡¡¡SOS VOS!!!

Y desenfunda un revólver.

Un Long Colt calibre cuarenta y cinco.

Y dispara.

Una vez.

Rápido.

Bien rápido.

Y a traición.

¡BANG!

Todos los presentes adentro de lo de Landero, vos incluido, se quedan duros. Estatuas. Y al único que ves moverse en ese segundo en el que se gatilla el arma es al Viejo que bajó del monte. Desenvainando su puñal y dando un paso hacia delante. Latiguea el brazo de su mano hábil para partir con el filo a la mitad, en dos partes exactamente iguales, la bala destinada a hacer impacto justo en su pecho. Como si fuera un cigarrillo lanzado de un tincazo. Sí. Chispea anaranjado el proyectil al ser achurado. Chispea anaranjado y silba. Y acto seguido, el Viejo que bajó del monte hace jugar un instante entre sus dedos al puñal cuyo filo momentáneamente es una brasa antes de volverlo a encastrar, apagado, en su cinturón y cruzarse de brazos.

La eternidad y un minuto después y todos continúan aguantando el aliento. Pero el Otro Viejo nacido en el barro sigue hecho una furia. Y señalando al Viejo que bajó del monte con el caño del Long Colt todavía humeante le ladra:

—Vos no podés estar acá. Vos no podés bajar cuando quieras. Ya te lo dije una vez y pensé que no te lo tenía que repetir: por los siglos de los siglos… es SI YO QUIERO.

Y agrega:

—Que así sea.

Y es a esas palabras, a ese altanero *si yo quiero* y a ese otro *que así sea*, y —¿por qué no?— también a aquel que abrió fuego contra él, que el Viejo que bajó del Monte le retruca:

—No si antes yo meto la cola.

Continuará en el próximo número.

$a500
REPUBLICA ARGENTINA
$a5,00
FLOR MALO
Tachuela
CASA DE MONEDA
5160
TACHUELA
$a500
REPUBLICA ARGENTINA

La laguna

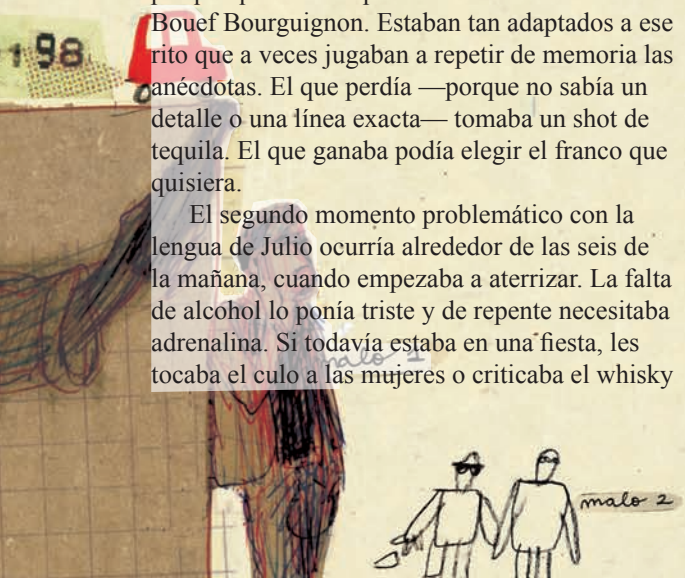
Capítulo tres

De todos los tipos de borracho que existen, Julio podría haber sido el resentido, el llorón o el cargoso, pero le había tocado ser el más difícil: el verborrágico. Y no porque tuviese mucho para decir o porque fuese un gran conversador, sino más bien porque no toleraba la angustia del silencio. Julio era una persona urgente, intensa, que hablaba como si se vomitara encima. El silencio le molestaba, era una piedra en el asiento. Le costaba aguantar los baches de la conversación, sentía que tenía que llenarlos, incluso a fuerza de comentarios fuera de lugar y chistes podridos. Hasta su arte culinario reflejaba, implacable, ese horror al vacío: sus creaciones eran barrocas y tenían muchos niveles. No había borde que no tuviera un firulete de salsa, una decoración. No dejaba nada libre, ni siquiera cuando el plato estaba diseñado para lucir vacío.

Su verborragia era general, pero tenía dos momentos álgidos bien concretos. El primero era cuando andaba por la segunda botella. Estuviera cocinando o en una fiesta, en ese momento Julio tenía un brote fanfarrón que empezaba con una serie de anécdotas en las que al final —fuese cual fuese el conflicto— él demostraba que tenía razón y humillaba al resto. Su batallón de cocina ya había escuchado mil veces el cuento del cliente que pedía hielo para el vino tinto, el del español que le discutía el punto de la carne, el de los dos estudiantes de cocina que había echado porque quisieron explicarle cómo se hacía un Bouef Bourguignon. Estaban tan adaptados a ese rito que a veces jugaban a repetir de memoria las anécdotas. El que perdía —porque no sabía un detalle o una línea exacta— tomaba un shot de tequila. El que ganaba podía elegir el franco que quisiera.

El segundo momento problemático con la lengua de Julio ocurría alrededor de las seis de la mañana, cuando empezaba a aterrizar. La falta de alcohol lo ponía triste y de repente necesitaba adrenalina. Si todavía estaba en una fiesta, les tocaba el culo a las mujeres o criticaba el whisky a los gritos hasta que algún hombre podrido de escucharlo lo agarrara a las piñas. Si estaba en la calle, se peleaba con cualquiera. No le molestaba: al contrario, le gustaba pelear. Pablo, que conocía perfectamente ese momento, trataba de dejarlo en su casa un rato antes, para que el alcohol lo durmiera hasta el otro día. A veces era peor. A diferencia de los borrachos sigilosos que entran en puntas de pie y se tumban en la cama hasta el día siguiente, a Julio le gustaba despertar a su exmujer para hablar estupideces o tirársele encima. Ella estaba acostumbrada. Su cuerpo dormía a medias, esperando sentir la mano insistente de Julio picoteándole el hombro como un pájaro carpintero. Entonces, en vez de enojarse, ella le hacía lo peor que le podía hacer: abría los ojos y lo miraba en el silencio más riguroso y vengador. Fijo. Julio iba y venía, buscaba otro whisky y le largaba alguna de las teorías en las que venía pensando mientras ella lo miraba, despectiva. Que estaba celosa de que él supiera disfrutar. Que era demasiado remilgada, obsesiva. Que en su profesión salir y beber eran una piedra fundamental.

Recién cuando se caía o vomitaba, ella pegaba media vuelta y apagaba la luz. No necesitaba mirarlo más, le alcanzaba con oírlo chorrear sangre en el piso del baño, aunque se riera. Después no le hablaba durante dos o tres días y empezaba la verdadera pesadilla. Ella lo miraba calma como una esfinge y él daba vueltas alrededor, a veces colérico, otras veces suplicante, intentando arrancarle un comentario. Le decía que ella exa-



geraba. Más tarde le pedía perdón. Juraba que iba a cambiar. La insultaba de nuevo. La acusaba de castradora. Y al final le daba una piña tan fuerte al placar que hundía el aglomerado y la sacaba de las casillas. Si la discusión escalaba, ella se iba a lo de la madre unos cuantos días. A veces volvía sola. A veces él la iba a buscar. Otras veces ella misma se peleaba con sus padres y volvía, porque entre los dos males él era el menos nocivo. Y así durante los últimos años, hasta que un día se cansó, armó un bolso más grande y se instaló con su hijo en un departamento que tenía su familia en Almagro. Julio supo que era el final cuando abrió el resumen de la tarjeta de crédito y vio que ella había comprado un somier. Un par de meses después le llegó una citación y los papeles de divorcio.

Esa noche, Tachuela llegó justo cuando promediaba la segunda botella de vino. Julio estaba contando la anécdota del cliente que pidió hielo para un Malbec. Iba por la parte en la que él le mandaba un vino blanco bien barato y una hielera llena y le sonreía desde la ventana de la cocina, cuando vio a su viejo asistente cruzar la puerta e ir hasta su antiguo puesto de trabajo.

—… la moza, creo que era Valeria, le lleva el balde lleno de hielo y el tipo me mira sin entender un carajo… jajajajaja y le digo andá, andá, y Valeria no lo podía creer, debe haber pensado que estaba loco, pero fue, se lo llevó y yo le hacía "ok" y el tipo me miraba, desorientadísimo, jajajaja.

Julio continuó con su anécdota sin dejar de mirar a Tachuela como un perro que mira a su presa. Quería que él supiera, que sintiera, en realidad, que esa era su cocina. Recién ahí, mientras lo miraba con el rabillo del ojo y sonreía, borracho y bravucón, se dio cuenta de que Tachuela nunca se había llevado sus cuchillos. El detalle lo sorprendió. ¿Qué clase de chef se iba de una cocina sin sus cuchillos? O mejor dicho: ¿Qué clase de chef se olvidaba los cuchillos y no los venía a buscar, desesperado, al día siguiente?

Para los cocineros, los cuchillos son a su oficio lo que una guitarra a un músico: una prolongación de la mano, un médium del espíritu. Salvo los aprendices, nadie usa los que hay disponibles en la cocina, sino que cada uno trabaja con los propios. Algunos los prefieren de cerámica, otros de acero alemán, con empuñadura de madera o del mismo acero con el que se hizo la hoja. Los más quisquillosos encargan su propio juego a un cuchillero artesanal, que diseña cada pieza teniendo en cuenta el tamaño de la mano, el control de los movimientos, la fuerza y el peso del brazo del chef en cuestión. Tachuela, previsiblemente, tenía los suyos, que no dejaba que nadie tocara, mucho menos Julio. Y los había dejado dos semanas en esa cocina, al alcance de cualquier bachero apurado, del error, de las manos inestables y vengativas de su jefe. Sin embargo, él no había reparado en esto hasta esa noche, cuando Tachuela vino a despedirse como si nada hubiera pasado. Había conseguido trabajo en la cocina de un hotel boutique de cuatro estrellas. Parecía contento. Como si ahora pudieran saludarse de igual a igual, se acercó con ademán de nobleza y le extendió la mano.

—Suerte con la policía —acotó.

Julio quedó congelado, con la mano en el aire. Por primera vez desde que trabajaba en ese hotel estaba en silencio.

Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía. Suerte con la policía.

Desde que Tachuela había salido de la cocina, Julio no podía pensar más que en esa frase. Suerte con la policía. ¿Era una burla por los trámites que tenía que hacer? ¿Un deseo genuino de que la policía se esforzara en encontrar a los delincuentes? ¿Una advertencia, una amenaza, un guiño despiadado? Las cosas se estaban poniendo demasiado raras. Primero, lo de los secuestradores. ¿Quiénes eran esos tipos y por qué estaban vestidos así? Segundo, lo del celular. ¿Si ese no era el suyo, en dónde había quedado y quién lo había sacado del volquete? Tercero, el saludo de Tachuela: ¿por qué alguien diría "Suerte con la policía" si hasta donde todos sabían, la policía ya había dado con los delincuentes y tenía pruebas suficientes para retenerlos?

Mientras más lo pensaba, más se angustiaba. Daba vueltas por la casa, entre aterrado y furioso, tratando de hilvanar una historia que parecía coherente de a pedazos. Cuando creía que había

descubierto lo que estaba pasando y se empezaba a calmar, encontraba un agujero en el tejido que echaba por tierra sus elucubraciones y empezaba todo de nuevo. Lo que más ruido le hacía era que Tachuela no hubiera renunciado durante cinco años a pesar de sus desprecios, la mala paga y las horas exorbitantes de trabajo. No se había ido cuando Julio le revoleó su salsa velouté sobre los azulejos. No se había ido cuando se burló de él adelante de sus padres, que habían venido especialmente desde Córdoba a comer en el restaurante en el que trabajaba su hijo. No se había ido cuando le dijo que no podía figurar en el menú debajo de su nombre. Y tampoco se había ido cuando desapareció tres días y lo dejó solo con las compras, la cocina, los clientes y el ataque de nervios del dueño. No se había ido nunca, por más desgastante e injusta que hubiera sido la situación. Solo lo había hecho ese día, cuando todo indicaba que por fin echarían a Julio; pero eso no solo nunca sucedió, sino que además Julio se había hecho de unos días de franco y trato preferencial con el dueño a fuerza de mentiras y engaños. Quizás se había ido por despecho, cuando perdió las esperanzas de que lo despidieran. Pero también cabía la posibilidad de que se hubiera ido por venganza, para hacer fracasar su plan desde el anonimato.

La noche siguiente Julio aprovechó que le tocaba revisar cuentas con Ratazzi para sacarle información. Mientras le cantaba el importe de algunas facturas deslizó, casi como al pasar, un par de preguntas aparentemente improvisadas. ¿Lo había vuelto a llamar desde aquella noche? ¿Había enviado un telegrama de renuncia? ¿Habían pedido referencias desde otro trabajo? ¿Cuánto tiempo estuvo sin llamar? Ratazzi respondió vaguedades. No recordaba demasiado y se confundía de empleados.

—¿El petiso cuál? ¿El que lava los platos?

—No, mi ayudante.

—¿Es petiso?

—Sí. Uno ancho arriba, que parece una chinche…

—Ah, no sé. Quizás llamó y no me acuerdo.

Julio terminó de revisar las facturas, le adelantó el pedido de la semana y volvió a la cocina. No quería presionar a Ratazzi y arruinar la milagrosa armonía que habían logrado luego del secuestro, pero necesitaba saber. A eso de la medianoche dejó la cocina en manos de su equipo y se fue fingiendo dolor de cabeza. Estacionó el auto en la esquina del hotel de Tachuela a esperar que terminara de trabajar. Aprovechó para tomar la segunda botella de vino y fumar un cigarrito. No sabía bien qué esperaba, pero necesitaba hacerlo. La única forma de acercarse a la verdad era seguirlo y ver si notaba algo diferente en su comportamiento. Lo que fuere. Una duda. Una mentira. Una cara extraña en la mitad de la noche.

Previsiblemente, a eso de las tres de la mañana, Tachuela salió del hotel y se subió a un ciclomotor retacón que estaba encadenado en la esquina. Le extrañó que no lo dejara en el estacionamiento del hotel, pero era tan orgulloso que probablemente no quería que todos vieran que se manejaba en un vehículo económico y no en un auto acorde a sus aspiraciones. Lo siguió con el auto unas cuantas cuadras hasta que lo perdió. De noche, con la calle despejada, era difícil seguir a alguien sin ser visto. De día para él era más complicado por el tránsito y los semáforos, sobre todo porque esa motito escurridiza podía serpentear entre los autos y perderse en alguna calle desierta. La única certeza que tuvo fue que iba para el lado de provincia. No era mucho, pero era algo. No estaba yendo a la comisaría.

—¿Cómo de mentira?—preguntó Pablo, desencajado.

Julio no dijo nada. Sabía que si esperaba unos minutos Pablo iba a conectar los puntos solo. El turno todavía no había empezado y él ya estaba tomando el segundo whisky. Pablo, en cambio, tomaba una gaseosa.

—¿Un secuestro de mentira?

Julio le pidió que bajara la voz y esperó, paciente, que su amigo saliera del shock.

—¿Y de dónde salieron esos tipos?

—No sé, no los conozco.

—¿Y el celular?

—Tampoco.

Pablo se quedó pensando un rato largo y Julio siguió bebiendo. A esa altura casi se había tomado la botella entera. Su amigo, mucho más disciplinado, no bebía alcohol en horas de trabajo.

—¿Y entonces?

—Entonces creo que fue él, el petiso de mierda ese.

—¿Por qué haría algo así?

—Por envidia. Por resentimiento. Porque todos los petisos son resentidos y porque él siempre esperaba que me rajen y se volvía loco porque yo siempre caía bien parado. Porque es un petiso sorete —acotó Julio.

Su amigo frunció el ceño, dudoso. El argumento no lo convencía demasiado.

—Porque pensó que ese día me echaban y que yo me inventé eso. Sospechó que era mentira, averiguó y fue y se lo dijo a la policía. Y la policía aprovechó que yo mentí para agarrar a dos perejiles cualquiera, decir que había encontrado a los delincuentes, cerrar el caso y quedar bien. No lo planeó, le cayó del cielo.

Pablo se quedó pensando. Tenía cierta lógica. Era improbable, pero posible.

—¿Y el teléfono?

—Quizás me vio meterlo en el volquete.

—¿Y por qué pondría otro parecido al tuyo? Si nadie lo iba a ver…

—Eso no lo sé. Es lo único que no entiendo.

Julio volvió a agarrar la botella y trató de servirse, pero Pablo le sostuvo la mano.

—Por ahí es mejor que empieces a tomar menos.

Julio lo miró, irritado.

—Si no hubieras tomado tanto el día anterior te habrías despertado. Mirá en el quilombo que estás por haberte emborrachado. ¿Del hombro estás mejor?

Julio movió el hombro. Se había olvidado del hombro.

—¿Querés que vaya yo? Puedo ir, sentarme a comer, qué se yo.

—¿Al hotel nuevo? No, ya sabe que somos amigos.

—Por eso. Lo miro. Hablo por teléfono. Le hago un par de preguntas. Si se pone nervioso, está en algo raro. Si le da lo mismo, es una casualidad y punto.

Julio lo pensó. No era mala idea.

—Si pasa algo raro, te llamo y te venís. No tomes mucho.

Esa noche, Julio dejó a Pablo en la entrada del hotel de Tachuela y lo esperó afuera. Estacionaron el auto a la vuelta, para no despertar sospechas y Pablo se bajó y fue caminando sin que nadie lo viera. Apenas entró, Julio se fue. Trató de no beber hasta que volviera, pero fue imposible. Pablo recién llegó a la madrugada, con la fiesta a punto de empezar.

La fiesta de esa noche era una de las mejores fiestas que se podía conseguir en el hotel. La organizaba la amiga de una pasajera que venía tres o cuatro veces por año acompañada por dos hermanos vagos, un amigo gay, algunas amigas, su secretaria y un chofer. Julio las conocía a todas. Juntas, solas, con otro grupo o incluso con los maridos. Eran muchas y cada vez aparecían más,

alentadas por la atención de Pablo y ciertas licencias que les daba el hotel, entre ellas, la cocina de Julio. En general, eran fiestas con problemas porque había muchos desconocidos, pero la bebida y las drogas eran buenas. El secreto para sobrevivirlas era irse antes de las seis, si era posible acompañado, o quedarse en la cama con alguna.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Julio decidió pasar del alcohol. Quería estar alerta cuando llegara Pablo. Tomó algunos tragos espaciados, pero su amigo tardó tanto que al final terminaron siendo unos cuantos. Al menos tres o cuatro. Julio entonces se preparó para lo peor. Pensó que Tachuela lo había amenazado, que se habían agarrado a piñas, o que Pablo había descubierto un complot en el que estaban metidos Tachuela, Ratazzi y su exmujer. Se imaginó todo. Ratazzi lo vigilaba, Tachuela hacía el trabajo sucio y su exmujer les daba información. No era tan loco. Ratazzi no le contestaba las preguntas y ella no le atendía el teléfono desde hacía varios días. Quizás sentía culpa o tenía miedo de delatarse con la voz. Quizás solo estaba enojada por lo del secuestro.

Cuando llegó Pablo, a las tres, Julio se le tiró encima para preguntarle si había visto algo raro.

—Nada. Lo normal. Lo único, te vas a enojar…No sé si decírtelo, no quiero armar más lío.

Julio se preparó para todo.

—Decímelo.

—En el menú el enano tiene uno de tus platos.

—¿Qué?

—Sí, tiene la terrina de pato con higos.

—¿Me estás cargando? ¿Pero parecido o idéntico?

—Diría que idéntico, solo cambia un poco la presentación. Yo no sé mucho de cocina pero la comí varias veces, la terrina es la misma, los higos son idénticos. O sea: el sabor es igual, eh… Muy buena.

Pablo se golpeó la panza y sonrió. Julio estallaba de bronca. Le había robado un plato suyo y encima se hacía el indignado, era claro que quería joderle la vida. Podría haberse robado algunas ideas —¿qué chef no robaba ideas?— pero robarse un plato, y además el plato más popular del año, era una provocación. Cuando le dijera a Ratazzi iba a enloquecer. Seguro que en ese hotelucho era la mitad de barato.

—Tampoco es tan grave, es una terrina nomás. El resto es diferente. Comí como un puré, ahumado, rarísimo, no sabés lo que era. Voy a soñar con el puré… ¿De nabo? ¿De coliflor? ¿Puede ser?

Julio no le contestó. Se puso tan nervioso que empezó a tomar más rápido de lo habitual. Para las cuatro de la mañana ya estaba tirado en un sillón, semimuerto, balbuceando incoherencias. Un hombre desconocido se sentó al lado y le rozaba el muslo con su campera. Julio se sacudía molesto. Le hizo algunos comentarios y como el tipo no le prestó atención se puso más pesado que de costumbre. Le hacía señas obscenas a su pareja y se reía en voz alta, buscando, premeditadamente, arruinarles la conversación. Durante un tiempo el tipo lo aguantó, pero a la larga se le agotó la paciencia y se tiró encima de Julio. Pablo intervino, los separó y lo dejó tirado en un diván del balcón, con el aire barriéndole la cara. Como todos, se estaba empezando a hartar de su amigo. Curiosamente, ni en ese momento ni después nadie se les acercó. A esta altura ya todos conocían a Julio y sentían pena. Nadie quería estar cerca de él. Las fiestas con desconocidos en general se prestaban al lío y a la confusión, pero lo de Julio era demasiado. Siempre había un problema.

Recién a la madrugada una rubia de cincuenta años con la nariz cincelada a pura cirugía caminó hacia él. Sacudió su copa haciendo ruido con los hielos y se agachó para mirarlo a los ojos. Por cómo le sonreía, Julio estuvo seguro de que habían tenido sexo alguna vez. Quizás solo había querido.

—Estabas desaparecido.

La mujer le acarició la pierna. Julio ni siquiera se inmutó. Siguió echado en el sillón como si nadie le estuviera hablando.

—¿Qué pasó? ¿Estás haciendo buena letra con Laura? ¿Querés volver? —preguntó ella, venenosa.

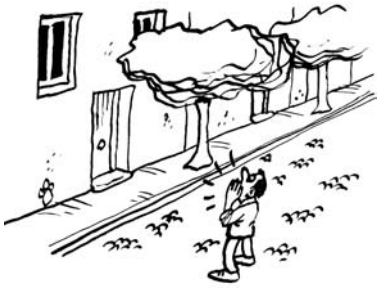
Julio se incorporó y la miró por primera vez. Laura era el nombre de su exmujer.

—Tenés algo mío vos —insistió, sugestiva.

Julio no respondió. Estaba ocupado tratando de recordar de dónde se conocían, pero el alcohol no lo dejaba. La mujer notó que no la reconocía y se sintió herida. Esperó unos segundos, pero Julio se cansó y se volvió a acostar como si nada. Fue entonces cuando lo insultó.

—Mi celular, pedazo de boludo. ¿No te quedaste con mi móvil vos?

Continuará en el próximo número.



Continuará en el próximo episodio

Otra vez me dieron ganas de ir a la casa de Carolina Aguirre, tocarle el portero eléctrico y preguntarle a los gritos, desde la calle, cómo sigue la historia de Julio Kaminski —le digo a Chiri.

—A mí también pero no sé dónde vive. Sé que pasa los veranos en el Tigre y que escribe desde ahí, sentada en una reposera, mirando el río y los lanchones que van y vienen, como una escritora del siglo diecinueve.

—¿Todavía hay escritores que le dan bola a la naturaleza? —le pregunto.

—Como Thoreau.

—¿Quién es Thoreau?

—¿Vos dirigís una revista literaria muy internacional y no sabés quién es Thoreau? Un escritor yanqui, del siglo diecinueve. Casi casi el inventor del ecologismo. El chabón vivió como dos años solo en el bosque, en una cabaña que se hizo él mismo. Tiene un libro que se llama *Walden*, ahí cuenta todo. Lo loco de esto es que una universidad de California, ahora mismo, está desarrollando un videojuego sobe esta experiencia de Thoreau.

—Debe ser el videojuego más aburrido de la historia —le digo—, porque ya casi me quedo dormido con tu explicación.

—Por lo que vi en internet —me dice Chiri—, vos te metés en la cabeza de Thoreau. Ves todo desde su perspectiva. Das largos paseos por el bosque, agarrás una fruta de un árbol y te la morfás. Después caminás hasta el lago, que se llama Walden, tirás una caña y sacás un pescado, y todo el día así.

—Un embole. ¿Por qué hablamos de esto?

—Porque Carolina Aguirre pasa los veranos al aire libre, en la naturaleza, mirando el río.

—Hablando de río —le digo—, el surubí de Mairal se está poniendo cada vez más impresionante. ¡Pobre Peñalver! Cuando llegué a esa parte me sentí muy triste. Me había encariñado mucho con él.

—¿Y los dibujos de González? —me dice Chiri—. El último, en el que están los cuerpos mutilados al asador, me parece tremendo. Puro arte de industria nacional.

—Pobres los norteamericanos, ¿viste?

—¿Qué les pasó?

—Este año no tuvieron a quién darle el Pulitzer de literatura y lo dejaron desierto. ¿Habrá sido tan malo el 2011 para la literatura yanqui?

—Si le preguntás a Vargas Llosa seguro que te dice que sí. ¿Viste que para él la cultura está retrocediendo?

—¿Dijo eso?

—En *La civilización del espectáculo*, que es su último libro, dice que la cultura de la diversión se está devorando a la alta cultura. Y opina que la democratización de la cultura, por ejemplo, beneficia la cantidad a expensas de la calidad.

—Está gagá, hay que decirle a todo que sí.

—O responderle con buena literatura popular, como está haciendo Leo Oyola con Cruz/Diablo y con el resto de sus libros —me dice Chiri—. Leo no subestima a nadie. Mezcla tradiciones populares, testimonios orales, incorpora viejas historias y elementos de la cultura de masas y escribe altísima literatura para todo el mundo. Y es divertido. Y es genial. En este último capítulo incluso se da el lujo de poner una canción de Def Leppard, la que el Viejo que bajó del monte le hace cantar al Adolfo Peluffo, en trance.

—Sí, está haciendo magia Oyola. Pedro y Carolina también. Los folletines funcionan como series británicas de seis episodios, pero son literatura. Me parece que la cultura del ocio lo que hace es comprimir, mejorar las tramas. Qué sé yo... Capaz que es deformación de tanto ver tele y Vargas Llosa tiene razón. ¿Estás viendo Fringe?

—No —me dice Chiri—. La dejé.

—¿Viste los separadores que ponen entre bloque y bloque, que en realidad son letras que al final del capítulo forman una palabra clave para el capítulo siguiente?

—Sí. Se llaman códigos Glyphs.

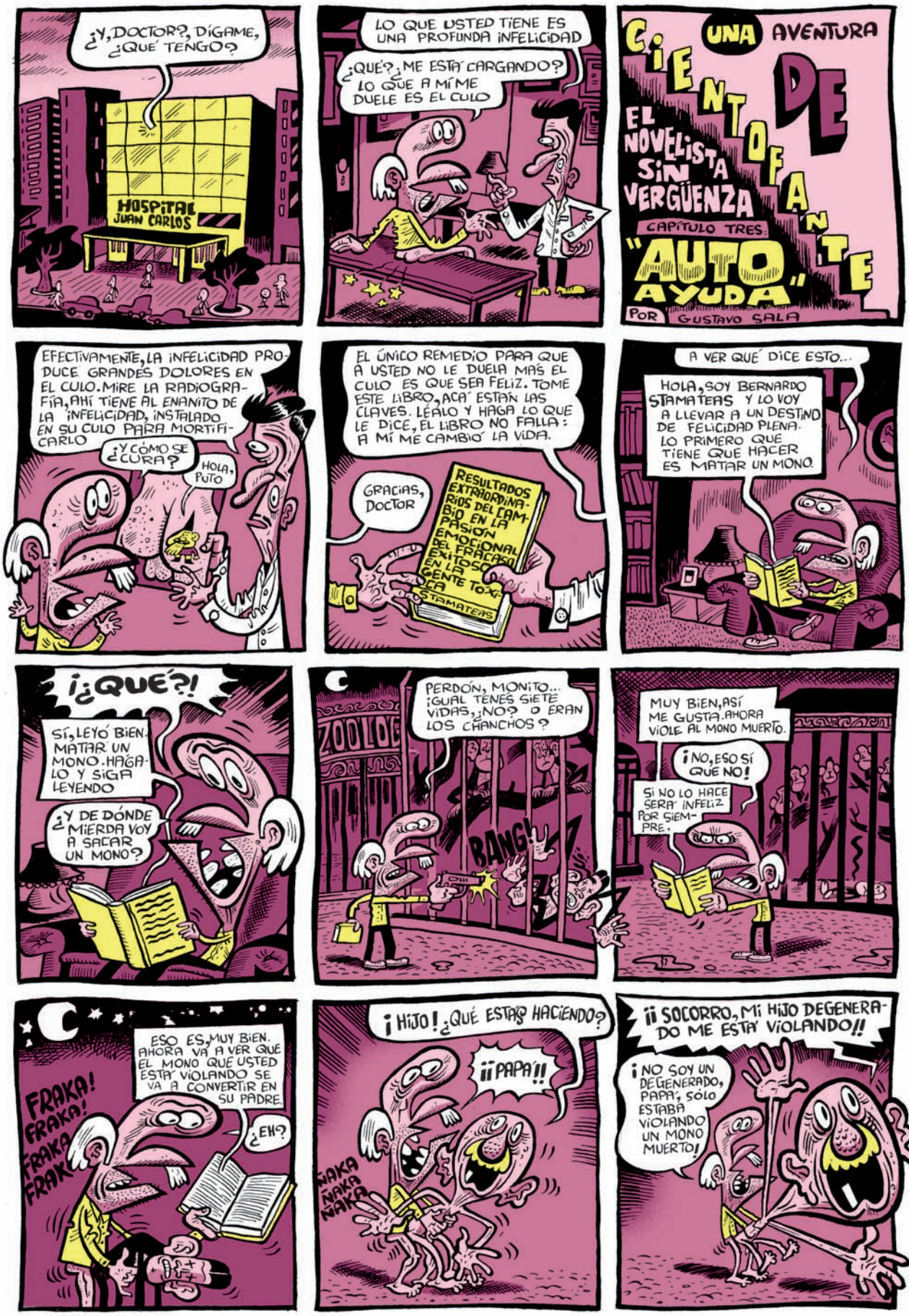
—Deberíamos usar algo así en la revista, un código secreto que informe algo que va a pasar en el número que viene.

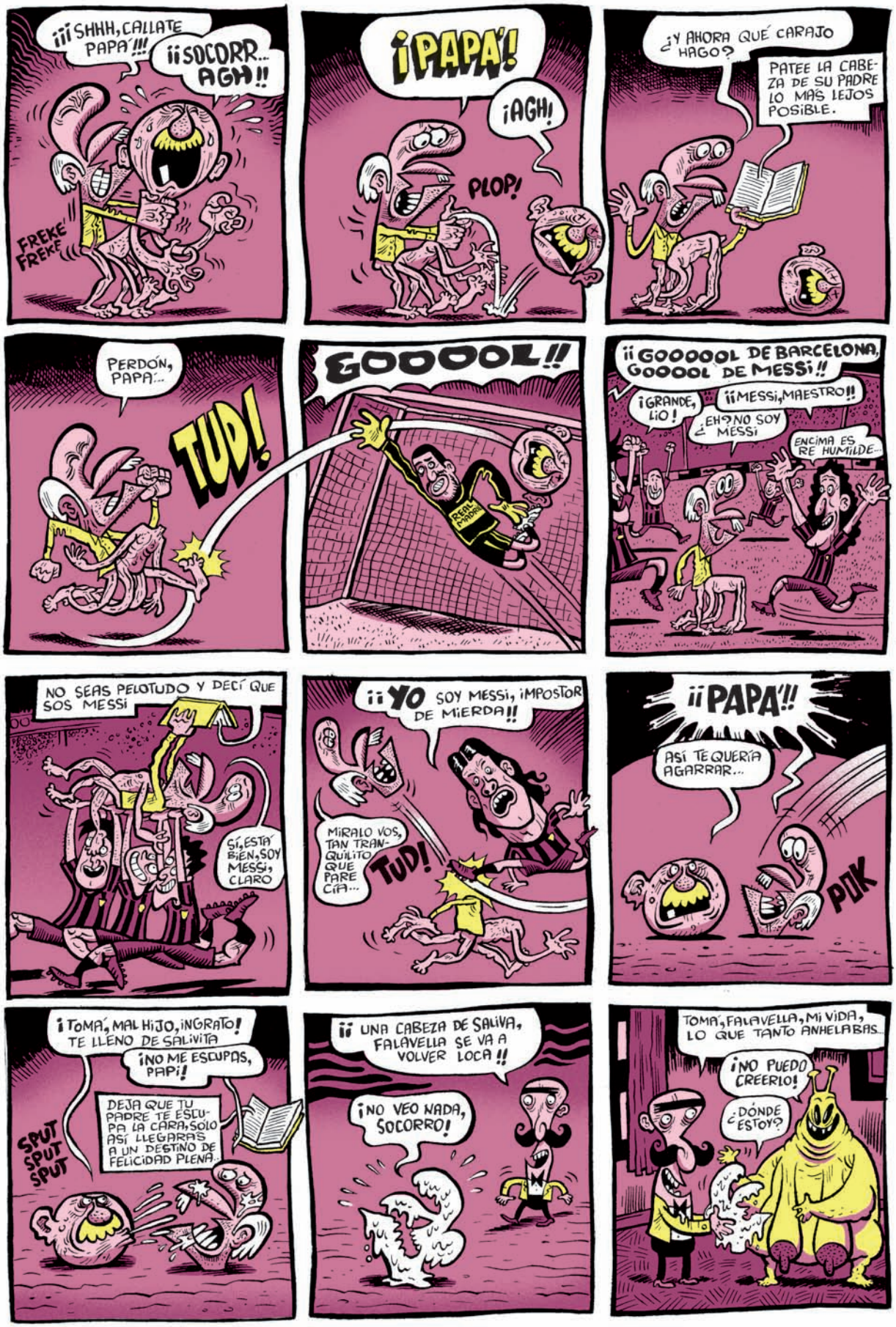
—¿"Deberíamos usar" significa que ya lo estás usando, verdad?

—Correcto —le digo—. Si te fijás bien, en cada una de las siete sobremesas de esta edición, hay datos que forman una palabra sobre algo que va a pasar en el número ocho.

—Qué gordito juguetón que sos.

—Es lo que tengo. ◣


¿Y, DOCTOR?, DÍGAME, ¿QUÉ TENGO?
HOSPITAL JUAN CARLOS
LO QUE USTED TIENE ES UNA PROFUNDA INFELICIDAD
¿QUÉ?, ¿ME ESTÁ CARGANDO? LO QUE A MÍ ME DUELE ES EL CULO
UNA AVENTURA DE CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGÜENZA
CAPÍTULO TRES.
"AUTO AYUDA"
POR GUSTAVO SALA
EFECTIVAMENTE, LA INFELICIDAD PRODUCE GRANDES DOLORES EN EL CULO. MIRE LA RADIOGRAFÍA, AHÍ TIENE AL ENANITO DE LA INFELICIDAD, INSTALADO EN SU CULO PARA MORTIFICARLO
¿Y CÓMO SE CURA?
HOLA, PUTO
EL ÚNICO REMEDIO PARA QUE A USTED NO LE DUELA MÁS EL CULO ES QUE SEA FELIZ. TOME ESTE LIBRO, ACÁ ESTÁN LAS CLAVES. LÉALO Y HAGA LO QUE LE DICE, EL LIBRO NO FALLA: A MÍ ME CAMBIÓ LA VIDA.
GRACIAS, DOCTOR
RESULTADOS EXTRAORDINARIOS DEL CAMBIO EN LA PASIÓN EMOCIONAL DEL FRACASO EXITOSO EN LA GENTE TOXICA
STAMATEAS
A VER QUÉ DICE ESTO...
HOLA, SOY BERNARDO STAMATEAS Y LO VOY A LLEVAR A UN DESTINO DE FELICIDAD PLENA. LO PRIMERO QUE TIENE QUE HACER ES MATAR UN MONO.
¡¿QUÉ?!
SÍ, LEYÓ BIEN. MATAR UN MONO. HÁGALO Y SIGA LEYENDO
¿Y DE DÓNDE MIERDA VOY A SACAR UN MONO?
ZOOLOGICO
PERDÓN, MONITO... ¡GUAL TENÉS SIETE VIDAS, ¿NO? O ERAN LOS CHANCHOS?
BANG!
MUY BIEN, ASÍ ME GUSTA. AHORA VIOLE AL MONO MUERTO.
¡NO, ESO SÍ QUE NO!
SI NO LO HACE SERÁ ¡INFELIZ POR SIEMPRE.
FRAKA! FRAKA! FRAKA FRAK
ESO ES, MUY BIEN. AHORA VA A VER QUE EL MONO QUE USTED ESTÁ VIOLANDO SE VA A CONVERTIR EN SU PADRE.
¿EH?
¡HIJO! ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?
¡¡PAPÁ!!
NAKA NAKA NAKA
¡¡SOCORRO, MI HIJO DEGENERADO ME ESTÁ VIOLANDO!!
¡NO SOY UN DEGENERADO, PAPÁ; SÓLO ESTABA VIOLANDO UN MONO MUERTO!


¡¡¡SHHH, CALLATE PAPÁ!!!
¡¡SOCORR... AGH!!
FREKE FREKE
¡PAPÁ!
¡AGH!
PLOP!
¿Y AHORA QUÉ CARAJO HAGO?
PATEE LA CABEZA DE SU PADRE LO MÁS LEJOS POSIBLE.
PERDÓN, PAPÁ...
TUD!
GOOOOL!!
¡¡GOOOOOL DE BARCELONA, GOOOOL DE MESSI!!
¡GRANDE, LIO!
¡¡MESSI, MAESTRO!!
¿EH? NO SOY MESSI
ENCIMA ES RE HUMILDE...
NO SEAS PELOTUDO Y DECÍ QUE SOS MESSI
SÍ, ESTÁ BIEN, SOY MESSI, CLARO
¡¡YO SOY MESSI, IMPOSTOR DE MIERDA!!
MIRALO VOS, TAN TRANQUILITO QUE PARECÍA...
TUD!
¡¡PAPÁ!!
ASÍ TE QUERÍA AGARRAR...
POK
¡TOMÁ, MAL HIJO, INGRATO! TE LLENO DE SALIVITA
¡NO ME ESCUPAS, PAPI!
DEJA QUE TU PADRE TE ESCUPA LA CARA, SOLO ASÍ LLEGARÁS A UN DESTINO DE FELICIDAD PLENA.
SPUT SPUT SPUT
¡¡UNA CABEZA DE SALIVA, FALAVELLA SE VA A VOLVER LOCA!!
¡NO VEO NADA, SOCORRO!
TOMÁ, FALAVELLA, MI VIDA, LO QUE TANTO ANHELABAS...
¡NO PUEDO CREERLO!
¿DÓNDE ESTOY?

AAAH... AHORA ME LA PASO TODA POR LAS TETAS...
¡¡SOCORRO!!
YA PUEDO MORIR EN PAZ. EUSEBIO, POR FAVOR, DISPARAME...
CLARO, MI VIDA
¡NOOOOO!
PANG!
¡¡LIBRO DE MIERDA!! POR TU CULPA MIRÁ EN LO QUE ME CONVERTÍ!!
SÓLO CONVERTIDO EN SALIVA Y DESPARRAMADO EN LAS TETAS DE UNA GORDA EXTRATERRESTRE LOGRARÁS ENCONTRAR EL CAMINO A LA FELICIDAD
¡OH, MI AMOR! ¡QUE RICA ESTÁS! ASÍ MUERTITA ME VOLVÉS MÁS LOCO TODAVÍA!
¡DEGENERADO DE MIERDA, CHUPALA A LA GORDA, NO A MÍ!
NO TE MOLESTES EN HABLARLE PORQUE NO TE ESCUCHA
CHUP CHUP
¿OBAMA, NEGRO LINDO?... SÍ, YA SE MURIÓ LA GORDA, VENÍTE NOMÁS...
¡SOCORRO, SAQUENME DE ACÁ!
DAME UN BESO, EUSEBIO...
SÍ, DAME ESA LENGUITA QUE ME LA COMO TODA...
SLURP SLURP CHUP
¡ASQUEROSO! ¡PUAJ! ME PASASTE TU SALIVA!! SOY EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, MÁS RESPETO, CARAJO!
PERDONAME, PENSÉ QUE TE IBA A EXCITAR MÁS!
PUAJ!
¡YA NO QUIERO ESTE ESTÓMAGO ENSALIVADO! A LA MIERDA!
¡NOOO!
¿Y, CIENTOFANTE? ¿NO SE SIENTE MEJOR AHORA?
¡DOCTOR! ES VERDAD, YA NO ME DUELE EL CULO, SOY FELIZ! ¡GRACIAS, DOCTOR!
NO ME AGRADEZCA A MÍ, AGRADEZCALE AL LIBRO...
SPLAT!
A PROPÓSITO... ¿DÓNDE ESTÁ EL LIBRO?
¿? ¿? ¿?
HOLA, SOY BERNARDO STAMATEAS Y LO VOY A LLEVAR A UN DESTINO DE FELICIDAD PLENA. LO PRIMERO QUE TIENE QUE HACER ES MATAR UN MONO
¿UN MONO? ¡A MÍ ME GUSTA MATAR COSAS MÁS POWER!
ENTONCES INVADÍ UN PAÍS LATINOAMERICANO Y HACELOS MIERDA A TODOS
AHÍ VA QUERIENDO...
JA JA, JA, NEGRO LOCO
SALA 2012

Revolución

Señor Director:

Esta mañana en la góndola del supermercado noto que varios productos incluyen en sus nombres la palabra "Revolution". Por la tarde voy a buscar los números cinco y seis de Orsai a una oficina sobre la calle Corrientes. Será mi primer contacto con ella, luego de ver el afamado video y de darle un pispeo al .pdf (al cual le escapo como mi abuela al iPhone).

Una piba que estudia Filosofía y Letras en Puán me extiende los dos números. Es linda la piba. Se llama Rocío, tendrá unos veinticuatro años. Pero menos mi estado civil que mi ansiedad, me impiden darle mucha bola. No llego a ser un ortiba, pero tampoco un *uy que copado este pibe*. Bajo de la oficina donde Rocío labura en publicidad web o algo por el estilo, y me meto en el bar que hay en la esquina de Corrientes y el pasaje donde estaba el antiguo teatro Picadero. Y me pasa lo que me pasa con los libros bien hechos (en su continente digo, pues me pasa antes de bucear en su contenido).

Me asaltan pequeñas fobias: no quiero tocarlo con las manos manchadas, ni quiero abrirlo mucho para que no se despegue el lomo, y mucho menos me ensalivo el dedo para pasar de páginas. En fin, que lo sufro mientras lo disfruto. Paso las páginas sin leer, solo mirando. Y me sorprendo. "¿Cómo mierda lograron hacer esto?" Pido un café solo, voy al editorial del número cinco y leo: "El representante preguntó 'de qué grupo?'. Le dije que éramos un grupo de mercedinos". Y estallo de la risa. Una y otra vez vuelvo mentalmente sobre ese párrafo. Lo disfruto durante minutos y pienso que solo ese párrafo valdría el precio de tapa.

Por la noche me acuerdo de las madres de ambos fundadores. Cuando son casi las cuatro de la matina y yo sigo despierto leyendo Orsai. Aunque sé que es en vano, caigo en la trampa y la tentación de buscar una publicidad entre los textos. Y mientras me cepillo los dientes vuelvo a pensar en los productos del supermercado (como el desodorante Axe, por ejemplo) que utilizan la palabra "Revolution" en sus nombres. Antes de caer rendido al sueño, me voy con la certeza de que Orsai es un producto realmente revolucionario.

Atentamente,

Zurdo Molina
Suscriptor Nº 09290

Suscriptores en orsai

Señor Director:

He querido escribirle desde hace algún tiempo. No lo hacía porque pensaba escribirle largo, con mucho detalle. Tenía la intención de darle nombres, direcciones, números, estadísticas incontestables... Pretendía ser irrefutable. Y no me hacía el tiempo para tanto trabajo. Sin embargo hoy, un orsaiano me movió a decidirme a hacerlo de una vez, mas no voy a darle nada de eso. Simplemente le escribiré lo que me salga. Procuraré ser breve.

Tengo veintidós suscriptores del 2012, contándome a mí mismo. De esos veintidós solo ocho, contándome nuevamente, son del 2011. Yo no soy Tonga, pero llegué a distribuir a más de cincuenta suscriptores distintos durante el 2011. Redondeando, digamos que solo unos treinta y cinco fueron constantes de principio a fin. Es decir que, de los treinta y cinco quedaron solo ocho. Todos los demás del 2012 son neófitos.

Esto no es un reclamo ni nada parecido, es solo para que lo sepa y lo tenga en cuenta. Incluso, tal vez, para que averigüe, compare y verifique si esto es un caso aislado o si en otros lugares sucedió algo similar. Suponiendo que le den ganas de ser meticuloso. Debe ser difícil ser tironeado de todos lados, y que ninguna decisión parezca ser buena, porque siempre va a haber uno que se queje. Lo que yo quiero decirle es que me gusta lo que está haciendo, pero no es solo la revista, sino también lo que representa. Pienso que no soy el único que ve algo más. Quizás un símbolo. No sabría especificarlo, posiblemente sea un símbolo de libertad para mí. Otros verán otra cosa.

Y quiero que tenga éxito aunque no sea mi propio sueño. Quiero que tenga éxito con unas ganas que salen de lo más profundo de mis entrañas. Lo quiero con la piel. Por eso es que le pido que no olvide que a alguna gente que lo apoya el objeto le da calor y la hace sentirse parte. Una parte importante. Imprescindible.

Me despido con las palabras de un lector, las que me movieron a escribirle esta noche: "Gracias por tenernos al tanto, nuestra situación no ha cambiado, cuando el espectro de posibilidades de adquirir la revista coincida con el nuestro (estamos deseosos de que esto pase) volveremos al ruedo. Mientras tanto el Gordo nos dejó en orsai del proyecto; mejor dicho, del objeto. A la revista la seguimos en pdf, pero está claro que no es lo mismo".

Atentamente,

Fernando Canizo
Suscriptor Nº 00387

Reglas perversas

Señor Director,

o mejor querido Hernán: Vos no me conocés, yo un poco sí. Nunca nos vimos personalmente, pero tu nombre y tus proyectos son parte de lo mejor que me pasó en estos últimos meses. Lo que no es poco, al menos para mí.

Habrás recibido decenas, acaso cientos de mensajes, diciéndote cosas por el estilo: que alguien se emocionó leyendo alguno de tus textos —como yo, que lloré de emoción en un bar del barrio de Colegiales, un domingo soleado, después de leer ese prólogo en el que escribiste sobre el encuentro con aquel borracho que resultó imprescindible en la génesis de esta tremenda idea que concretaron—, que bravo por lo que están haciendo, etcétera. Serán muchos; pues, seré una más.

Como periodista y autora sentí un millón de veces que las empresas —editoriales, diarios, revistas— se valían de mi trabajo y obtenían más rédito del que yo me hubiera atrevido jamás a reclamar. Los que escribimos tenemos muy pocas armas para defendernos de ese tipo de cuestiones, lo sabés: somos demasiados los que hemos cargado con algún padecimiento común.

Lo que yo no sabía, y ustedes me enseñaron, es que hay una vida por fuera de ese sistema opresivo, casi nada o nada interesado en la cultura, casi nada o nada interesado en las ideas —poéticas, transformadoras, ingeniosas o intrascendentes— que podamos tener intención de compartir o difundir.

Hemos vivido años produciendo para ellos y nos tocó el turno: Orsai nos demostró que podemos ser, sin someternos a estas reglas perversas a las que parecíamos habituados.

No quiero aburrirte; te felicito de todo corazón. Leí muchas de las notas publicadas, fui al bar en San Telmo: solo puedo decirte, ¡chapeau! Me gusta pensar me parte de esta nueva comunidad de gente que toma la sartén por el mango y se atreve a expresarse, pensar, producir, compartir, sin tanto temor. Alguna vez nos hemos preguntado: "y ¿qué harías si no tuvieras miedo?".

Yo creo que los más valientes hicieron Orsai.

Atentamente,

Verónica Abdala
Suscriptora Nº 10275

Publicidad encubierta

Señor Director:

Escribo para manifestarle mi indignación frente a lo que podría llamarse su más reciente gran mentira.

Admiro su talento, me encanta el proyecto de blog, revista literaria, editorial, pizzería, bar, etcétera, pero no puedo soportar durante un segundo más la impunidad con la que engaña a sus seguidores.

Primero fue Mirta Bertotti y el baldazo de agua fría al enterarnos de que la mujer gorda era un invento de su retorcida imaginación.

Luego llegaron las anécdotas mejoradas y esa sensación ambigua de admiración y envidia ante tales relatos, que no amainaba del todo aunque estuviéramos enterados de su inclinación hacia los giros dramáticos.

La cosa empezó a embarullarse con la aparición de nuevos personajes en Orsai: Lucas y Alex, el cínico Meana, el Negro Sánchez, Chichita, el Chiri, Comequechu o Tonga. Todos hijos de la síntesis entre su imaginación y las drogas, sin dudas, pese a su permanente insistencia de que algunos eran de verdad.

Con el tiempo uno se iba acostumbrando a sus recursos literarios y llegaba a divertirse con ellos. Y se decía para sus adentros: "¡Qué lechón hijo de puta, le pidió canelones!".

Pero, lamentablemente, hoy digo basta. La gota rebalsó el balde. Y todo por culpa de una frase. Tres palabras inocentes, casi imperceptibles, que aparecen en las portadas de las revistas de este año: "No contiene publicidad". Interesante declaración de principios. ¿Pero con qué nos encontramos en un vistazo al hojear la revista número seis? Paso a enumerar: Apple, Toro Viejo, Baccardi, Heineken, Absolute, Tag Heuer, Woolite y más. ¿Qué es esto? ¿Un experimento antropológico para ver hasta dónde llega nuestra ingenuidad? ¿Qué teoría quiere demostrar para pavonearse en una futura entrada de su bitácora personal?

Quizás sea la prueba de que no ha podido lograrlo. Quizás la vieja industria editorial siga más viva que nunca y su empresa no haya podido pasar de la utopía romántica. Quizás los hombres corbata, las agencias de publicidad y sus creativos de manual, los intermediarios, sigan siendo el mal necesario, el motor que mueve los hilos de nuestra cultura occidental. Sea lo que sea, lo único que le pido es no más mentiras.

Reconozca su derrota ante el sistema que yo, un anticonsumista de la primera hora, reconoceré la mía. De la cual se desprende, sin ir más lejos, esta carta. Un texto que se lee torpemente escrito aunque pintaba mucho mejor, mucho más divertido, cuando se bocetaba en mis pensamientos, mientras paseaba por las calles de Buenos Aires a alta velocidad, arriba de mi flamante motito Vespa, comprada impulsivamente, por culpa de una *Publicidad No Tradicional* muy bien escondida entre líneas de lo que aparenta ser una excelente crónica de Orsai.

Atentamente,

Emiliano Griego
Suscriptor Nº 00015

Padre olvidadizo

Señor Director:

La puta que lo pario ¡qué buena que está la número 6! Intenté comenzar a leerla ordenadamente: la crónica de Seselovsky, un cafecito, Garcés con Castillo dando una de las visiones más esclarecedoras sobre Malvinas, me dije: bueno, una pausita, pero esperá, ¿a ver la historieta? y por qué no, sigo con lo de Bin Laden... Risa, más risas, risas más fuertes, qué culeao, pensé (porque soy cordobés), qué bueno que está esto, pero bueno, ya está. Paro y voy a vestirme aunque sea (tengo que ir a buscar a mi hija), pero me engancho con la continuación de la historia de amor de Melania: risas de nuevo, me veo a mí mismo en un espejo (pero del otro lado, es decir, yo, el hombre). Bueno, paro acá, tengo que irme... Pero uf, lo de Curtis Garland luce como un textazo, lo dejo para después y hojeo lo que sigue: la historieta de Casero: ¡guaa! Acá risas mezcladas con mirada sacada, ¡qué volado!, pienso, y me acuerdo que hace mucho que el porro no me pega así. Sigo hojeando, hay más, más... ¡Más! Miro las ilustraciones de Jorge González y pienso: qué bueno sería tener alguna de estas como un cuadro, en un buen living... Primero tendría que tener un buen living, claro. Pero también están buenísimas para un cuadro las ilustraciones del Hueso Ricciardulli. Sigo hojeando, postergando todo por unos minutitos más de adelanto de lo que tengo para leer, y... ¡la concha de la loraa! ¡La Vespaa! Qué alucinante, no entiendo cómo nunca me la compré cuando era más pendejo, con más onda. ¡Y encima Nueva York! Qué pelotudo, ¿por qué no me habré ido a vivir un tiempo allá en vez de venirme a Buenos Aires? O después, no sé. Pero basta, tanto disfrutar y desear lo que veo en esta revista me va a hacer mal. Me resuelvo a cerrarla y veo, al final, el texto del Sr. Director. El título inmediatamente me indica que, como muchas de las cosas que he leído desde la Orsai número uno, claramente tiene un cruce con mi historia personal. Las tres primeras líneas me lo confirman: ¡mi hija!, ¡tengo que ir a buscar a mi hija ya! Gracias gordo, cuánta magia.

Atentamente,

Carlos Sueldo
Suscriptor Nº 08193

Lost in traslation

Señor director:

Con orgullo y prepotencia ostento en mi oficina mi segunda Orsai, que en realidad es la número seis, pero para mí es la segunda que recibo pues recién me suscribí este año. Mis compañeros de trabajo, admiradores de Orsai y mal pagados como yo, admiran la revista tanto como a mi espíritu suicida, que me llevó a pagar una suscripción carísima que me dejó pobre pero feliz. Hasta donde sé, somos muy poquitos los suscriptores bolivianos oficiales. Tal vez por viajes, amigos y otros medios, en Bolivia deben circular veinte revistas Orsai: llegamos solo ahí. No es para menos, entonces, que cada dos meses entre a mi oficina con mi revista contra el pecho, logrando cada vez mayores aclamaciones y casi vítores de mis amigos. En vez de despotricar contra todo, diré que la mediterraneidad, la aduana, y el cambio al dólar me dan, gracias a Orsai, una dosis de prestigio y exclusividad.

Todo este orgullo sin embargo se torna en zozobra cuando leo las traducciones de los cuentos de los escritores brasileños, tan bien publicitados en los goteos, con fotos y farándula de por medio. Pues resulta que la traducción está en “argentino”: decís, hacés... ¡Oh, por Dios, no! No, señor Director, no. Está bien que se le note lo argentino a usted y al staff argentino, se respeta y admira ese tipo de naturalidad, es como un sello de transparencia y autenticidad, pero un brasilero diciendo “vos no podés” no se lo cree nadie.

No me puede decir que disfruta de la traducción de la “Guerra de las galaxias” al español de España, donde Luke Skywalker es “Luke caminante de las estrellas”. Aludo a su experiencia personal de extranjero para entender mi posición: someterme a leer a un guapísimo brasilero en tono gauchesco es, además de raro, poco creíble y hasta pretencioso. La traducción es un esfuerzo notable, pero creo que debe reconsiderar la traducción al argentino. Sea tan amable de considerar mi réplica.

Atentamente,

Claudia Michel
Suscriptora Nº 01717

Propuestas temáticas

Señor Director: Ya tengo en mis manos mi Orsai seis, que seguramente degustaré a un ritmo que espero no sea tan voraz como la cinco. ¡Muchas gracias por el excelente trabajo que están haciendo! Hace rato que quería enviarte unas líneas sobre algunos temas que en mi doble condición de informático y bibliotecario (profesiones mucho menos incompatibles de lo que se podría creer, sobre todo en la actualidad) me han llamado la atención en relación a algunas cuestiones que se generan por los avances tecnológicos con los cuales convivimos y que podrían generar alguna nota interesante.

Aunque no creo que les falten ideas, sino todo lo contrario (y aunque seguramente están al tanto de la mayoría de estas cosas) nunca viene mal una ayudita que les pueda disparar algo

nuevo. Además calculo que les resultará piola conocer algunas cuestiones que a algún lector le podría interesar ver retratadas en la revista. Ahí van:

1) Las posibilidades que brinda el "crowdfunding" en la realización de muchos proyectos, por ejemplo el rodaje de las películas "El cosmonauta" (a su vez primera película a distribuirse con licencia Creative Commons) a través del aporte de un montón de productores y colaboradores asociados y de Cha 3D Mubi, la peli de Alfredo Casero.

2) Los "flashmob", esos eventos multitudinarios convocados por personas a través de las redes sociales con diferentes objetivos, ya sean políticos, solidarios, para diversión, etcétera.

3) El auge de la fotografía digital y los problemas de censura que se están suscitando en la actualidad en algunos países a través de la prohibición de tomar fotografías en lugares públicos por cuestiones de seguridad y las campañas para contrarrestar esta situación de "soy fotógrafo, no terrorista".

4) Otras redes sociales fuera de las más difundidas; por ejemplo "Couchsurfing" que contacta viajeros de todo el mundo con gente que ofrece su "couch", es decir su sofá, para que una persona se pueda alojar unos días y así establecer un contacto cultural directo.

5) El "Geocaching", o una versión moderna de la búsqueda del tesoro a nivel mundial, con miles de jugadores y con la web y los GPS como herramientas principales.

6) Enfermedades modernas: los casos de aislamiento extremo como los hikikomoris en Japón u otras enfermedades como los "crackberrys".

7) El fenómeno de los microcuentos, microficciones, minicuentos, minificciones, o como corno sea que quieran llamarlos que a partir de los blogs, la telefonía móvil y la lectura dinámica, breve y veloz que algunos exigen en estos tiempos permitió la aparición de muchos sitios al respecto, revistas, concursos, nuevos autores, etcétera.

Atentamente,

Diego Ariel Vega
Suscriptor Nº 00254

Proyecto perro

Señor Director:

Por haber ayudado en algunas minucias de la distribución tuve en mi poder la revista número seis antes de tiempo. Recién terminé de leerla y no puedo comentarla con nadie. Desgracias de haber tenido esa ventaja. Entonces me decidí a escribirle.

El proyecto Orsai me atrapó desde el principio y me dio mucho. Amigos, charlas, muchas risas, cervezas y pizzas. Entrar al bar es saberse entre amigos, sea en ese espacio de Humberto Primo o en cualquier otro lugar donde ese ambiente se traslade para reunirnos. Eso ya sería suficiente para justificar el proyecto. Pero además tengo en mis manos una revista que, a cada párrafo, a cada final de nota, cuento, folletín, me deja la misma sensación: aun si este fuera el único texto, justificaría todo el proyecto.

Quizás la explicación sea que este es un proyecto perro. Nuestros ojos mirando la felicidad sin atender a los distintos intentos de distraernos del objetivo.

Atentamente,

Guillermo Movia
Suscriptor Nº 00951

Procrastinando

Señor Director:
Ayer, mientras demoraba las contestaciones de demanda que estaban sobre mi escritorio, recordé una historieta que leí hace un tiempo en el diario Clarín escrita por vos y dibujada por Altuna. Es la historia del abuelo que se escapa del asilo y en el que el relato avanza mientras retrocede en el tiempo del dibujo. Quedé muy marcado con el párrafo final, que encuentra al chico con el abrazo de su mamá diciéndole "nunca te voy a dejar" como última imagen del anciano. No creo en las causalidades; sin embargo, tratando de encontrar en la web esa ilustración que daba vueltas sobre mi cabeza con una fuerza demoledora —no por eso carente de belleza— encontré tu video presentando la revista, y así fue que: 1. me registré como suscriptor nómade; 2. contacté al distribuidor; 3. terminé de pagar el importe anual de suscripción (hoy a la mañana cuando Alejandro ingresó a su trabajo); y 4. estoy recorriendo parte de las ediciones anteriores. Todo eso en doce horas. ¡Ya soy suscriptor!
Atentamente,

Hernán Kozlovsky
Suscriptor Nº 09569

Lector amigo, recibimos con gusto tu carta al Director —o tu fotografía— para que se publique en la próxima Orsai. Se recomienda contundencia, brevedad y un dejo de neoliberalismo en las misivas, y extravagancia en los daguerrotipos. Se publicarán las mejores. En caso de adjuntar fotos que pretenden ser publicadas junto a la epístola, que sean en alta calidad. No publicamos desnudos integrales, pero los festejamos mucho en la redacción.

Cartas y fotos a:
orsai.cartas@gmail.com

LOS EMPLEADOS

Por **Hernán Casciari**

desde Sant Celoni

Bajamos la escalera caracol con alarma. Chiri llevaba las fotocopias en la mano y los papeles le temblaban. Mi susto tenía más que ver con su cara de pánico que con mi propia inquietud. Entonces vi, por fin, a los dos hombres que nos estaban buscando; los vi en la vereda hablando entre ellos con tranquilidad, sin apuro. Supe enseguida lo que Chiri no se animaba a decirme. Me quedé paralizado, mirándolos a través de la cortina. Yo no conocía al tío Luis Basilis, pero a mi abuelo Marcos sí lo conocía muy bien. Y uno de ellos era bastante parecido a mi abuelo: algo más joven, pero igual de serio y de gordo. Pero no era mi abuelo. Y el otro no era el tío Luis.

Miré a Chiri:

—Somos nosotros —le dije.

Él hizo que sí con la cabeza, sin mirarme:

—Somos nosotros, pero viejos.

Hicimos silencio. De repente Chiri dejó de estar asustado (lo supe porque suspiró) y eso me tranquilizó también a mí. Creo que tenía miedo de estar loco él solo, de que ni siquiera yo le creyera.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Enseguida, ni bien me hablaron —me dijo en voz baja—. Yo venía en la bici para tu casa y los vi en la esquina de la Treinta y Dos. El gordo se dio cuenta de que era yo el que venía y le avisó al canoso. De lejos no los reconocí, de cerca me parecieron conocidos, pero cuando me hablaron me di cuenta. No les dije nada, pero me di cuenta. Hablan igual que nosotros.

—Vos tenés canas y anteojos de puto.

—Vos sos gordísimo. Y usás cartera.

—No es una cartera, es un morral de hippie.

—No existen los hippies gordos.

Habíamos levantado la voz y nos oyeron. Los dos hombres a la vez miraron la puerta. El más gordo saludó con la mano. El canoso nos hizo señas para que saliéramos.

Abrimos la puerta despacio, caminamos hasta la vereda y nos quedamos, los cuatro, mirándonos. El canoso me señaló al verme y le dijo al gordo:

—Ya tenías tetas de chiquito.

Los dos se rieron. Yo me puse colorado y encorvé los hombros. Me dio muchísima bronca ver que Chiri también se reía y se ponía del lado de los mayores. El canoso miró la hora en un rectángulo negro, muy raro, que sacó del bolsillo.

—Boludo, apuremos que tenemos que entrar a imprenta —dijo. El más gordo se acercó y me preguntó:

—¿Hay alguien en casa?

Negué con la cabeza.

—¿A dónde están?

—En la Liga.

—Entonces vamos adentro —dijo, abriendo el morral—, tenemos que solucionar un asunto.

Estuvieron en casa media hora, no mucho más. En ningún momento se presentaron, ni nosotros les preguntamos los nombres. Había algo más fuerte que las palabras que nos unía y nos hacía entender quiénes eran. Mejor dicho: quiénes éramos los cuatro. Nos reunimos en la cocina, ellos caminaban por mi casa sin confundir los pasillos ni las habitaciones. El canoso abrió la heladera sin permiso y sacó una botella de leche. El gordo puso cuatro vasos grandes en la mesa y les echó dos cucharadas soperas de Nesquik a cada uno, menos al suyo. A su vaso le puso seis. Chiri y yo lo mirábamos sin decir nada.

El canoso bebió un trago, entrecerró los ojos y suspiró con alegría:

—¡Ah, la chocolatada de esta época es mil veces mejor! —dijo.

El gordo se llevó el vaso a la boca pero no se detuvo. Bebió y bebió, sin respirar, hasta la última gota. Después se limpió la boca con el mantel.

Ya no me quedaban dudas: ese gordo era yo. Y lo peor es que yo era ese gordo porque nunca había dejado de tomar la leche de esa manera. Ni siquiera de viejo. Tenía razón el doctor al que me llevaba Chichita: el problema era el Nesquik.

—El asunto es así —se puso serio, de golpe, el canoso—. Estamos haciendo una revista, ya vamos por el número siete, y hasta hoy nunca habíamos tenido un desacuerdo entre nosotros.

—¿Una revista de qué? —pregunté, tratando de que no se me notara la cara de felicidad.

—Cuentos, crónicas —dijo el gordo.

—Historietas, sonetos —agregó el canoso.

Chiri y yo nos miramos y sonreímos. Una semana atrás habíamos tenido una conversación muy seria sobre nuestro futuro y habíamos decidido que nos íbamos a dedicar a hacer revistas. A escribirlas y dibujarlas.

—¿En serio trabajan en una revista? —preguntó Chiri— ¿Escriben o dibujan, o las dos cosas a la vez?

—La dirigimos —dijo el gordo—. Yo soy el editor responsable y él es el jefe de redacción.

—¿Ninguno de los dos dibuja? —pregunté.

—No —respondieron a la vez.

Chiri y yo nos miramos serios.

—¡Pero dirigimos! —dijo el gordo—. Buscamos a los que escriben, a los que investigan, a los que dibujan. Pensamos los temas, hacemos garabatos en unas carpetas, llamamos por teléfono a los autores, los cagamos a pedo cuando se atrasan... Deberían estar contentos.

—¿Ustedes están contentos? —pregunté.

—Claro que estamos contentos, gordito infeliz —dijo el canoso, pero no me sonó como un insulto—. Estamos haciendo lo mismo que hacíamos a los doce años. ¿No te das cuenta? Mirá este pliego: es el pliego uno. Y este es el pliego ocho.

—¿Qué problema tienen? —preguntó Chiri.

El canoso le hizo una seña al gordo para que hablara él. El gordo levantó las cejas, como si ya hubiera explicado lo mismo mil veces:

—Se me ocurrió escribir una historia en la página tres, pero se me quedó corta la hoja —dijo, mirando al canoso con rabia—, y la quiero seguir en la página ciento veintiocho. Pero el pajerto no quiere saber nada.

—Es una reverenda pelotudez —dijo el canoso—. Hacemos una revista clásica, no somos vanguardistas, no experimentamos con boludeces.

Se notaba que la discusión venía de lejos. Se quedaron en silencio, mirándonos. Esperaban una solución por parte nuestra.

—¿Por qué tenemos que decidir nosotros?

Yo iba a hacer la misma pregunta, pero Chiri se me adelantó. El gordo grande dijo:

—Porque ustedes son los jefes y nosotros somos los empleados.

Nos quedamos en silencio.

—Quiero decir —siguió—, empezamos a hacer esta revista para cumplir un compromiso con ustedes. No estamos acá por casualidad. Ustedes tuvieron una conversación hace poco.

—En el patio —dijo el canoso—, en el segundo recreo. ¿Se acuerdan?

Asentimos, pálidos.

—Y se juraron algo.

—Sí.

—¿Juraron que iban a ser ricos?

—No.

—¿Que iban a ser famosos?

—No.

—Qué juraron.

Chiri tragó saliva:

—Que cuándo fuéramos grandes íbamos a seguir siendo amigos.

—Y qué más —preguntó el gordo.

—Que íbamos a hacer una revista.

Lagrimeamos todos a la vez, como una coreografía de maricones en diferentes períodos de su sensibilidad.

—Nosotros —dijo el canoso— venimos a decirles que está todo bien, que lo que viene va a estar bueno. Porque ese juramento, para nosotros, fue una orden.

—Ustedes son los jefes —dijo el gordo—, los jefes son los que dan las órdenes. Nosotros, los grandes, solamente somos empleados. ¿Aprueban el cambio del editorial, entonces? Decidan rápido porque estamos entrando a imprenta mañana.

—Por mí sí, que vaya el cuento largo —dijo Chiri, y el canoso lo miró con bronca.

—Yo pienso lo mismo —dije—. Si el cuento está bueno, qué importa dónde termina.

—*Ese* es el problema —dijo el canoso, resignado—. Es uno de los peores cuentos que el Gordo escribió en su vida. Es infantil, está lleno de lugares comunes. ¿Saben cómo termina?

—Cómo.

Y entonces me desperté.

PRÓXIMO **NÚMERO**

Acabamos de cruzar el ecuador de esta nueva temporada de Orsai. A final de año serán seis las ediciones 2012 que estarán en los estantes de tu biblioteca. Esta que tenés en tus manos indica que estamos por la mitad del camino. La próxima revista (que saldrá a la cancha con el número ocho a principios de agosto) será, posiblemente, histórica. Todavía no podemos decir por qué, pero en las sobremesas de este número hay algunas pistas escondidas. Atento, lector: en tu página personal de Orsai hay un formulario para que puedas regalarle una suscripción a un amigo, un pariente o un desconocido que te caiga simpático. Si sos distribuidor, ya sabés que podés comprar stock. No lo decimos porque sí: ya vas a ver dentro de dos meses.

MAESTRO

Mientras preparábamos esta edición de Orsai, uno de nuestros directores de arte fundó una escuela al mejor estilo Sarmiento, pero con la pluma y el pincel en lugar de la espada y la palabra. Ermengol (el único varón sin corbata en la foto) dirige desde este mes un modernísimo centro de dibujo en Lleida, para niños y adultos interesados en conocer a fondo la técnica del cómic y de la ilustración satírica. Ermengol es cordobés (de la Córdoba argentina) y vive en Cataluña desde hace mil años. Es el autor de todas las ilustraciones de nuestras sobremesas y, desde ahora, decirle "maestro" tendrá sustento teórico.
¡Enhorabuena, Paco!

Aviso legal. La revista ORSAI, NADIE EN EL MEDIO es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. y su editor responsable es Hernán Casciari. Cualquier otra información es falsa. A raíz de trascendidos maliciosos de la prensa sensacionalista, insistimos: ORSAI no es un proyecto de origen extraterrestre, ni sus páginas contienen mensajes cifrados que solo pueden entender seres de otros mundos. El hecho de que una revista literaria sin publicidad siga existiendo no tiene absolutamente nada que ver con contubernios mayas ni aztecas. ORSAI no mantiene trato comercial con ninguna sociedad avanzada que haya hecho contacto con nuestra civilización en el pasado. Es incorrecto, a su vez, que lamer la página ciento treinta de este ejemplar provoque que el lector adquiera peligrosos poderes. Se imprimieron 6.000 ejemplares de este número 7 (correspondientes a los meses de mayo y junio de 2012) en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, y en imprenta NovoPrint, de calle Energía 53 de Sant Andreu de la Barca, Barcelona, en el mes de mayo de 2012. El depósito legal es L-1382-2010. El ISSN de esta edición es el 9772014015004-07 (estos números no son, de ningún modo, mensajes encriptados de invasión inminente). La marca ORSAI, NADIE EN EL MEDIO está registrada en todos los territorios del planeta todavía llamado Tierra.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección gráfica
Horacio Altuna

Diseño integral
María Monjardín

Arte
Guillermo Decur
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Eduardo Salles

Staff
Alberto Montt
Miguel Rep
Andreu Buenafuente
Gonzalo Garcés
José A. Pérez
Melania Stucchi
Alejandra Lunik
Gabriela Wiener
Alfredo Casero
Juan Sáenz Valiente
Bernardo Erlich
Nacho Vigalondo
Manel Fontdevila
Pedro Mairal
Jorge González
Leo Oyola
Hueso Ricciardulli
Carolina Aguirre
Gusti Rosemffet
Gustavo Sala
Santiago Vallesi

En este número
Álvaro Carballo
Andrés Cuenca
Gabriel Dalla Torre
Luis Mey
Pito Campos
Martín Graziano
Lula Bauer
José Sbarra

Corrección
Florencia Iglesias

Consejos editoriales
Karina Salguero-Moya

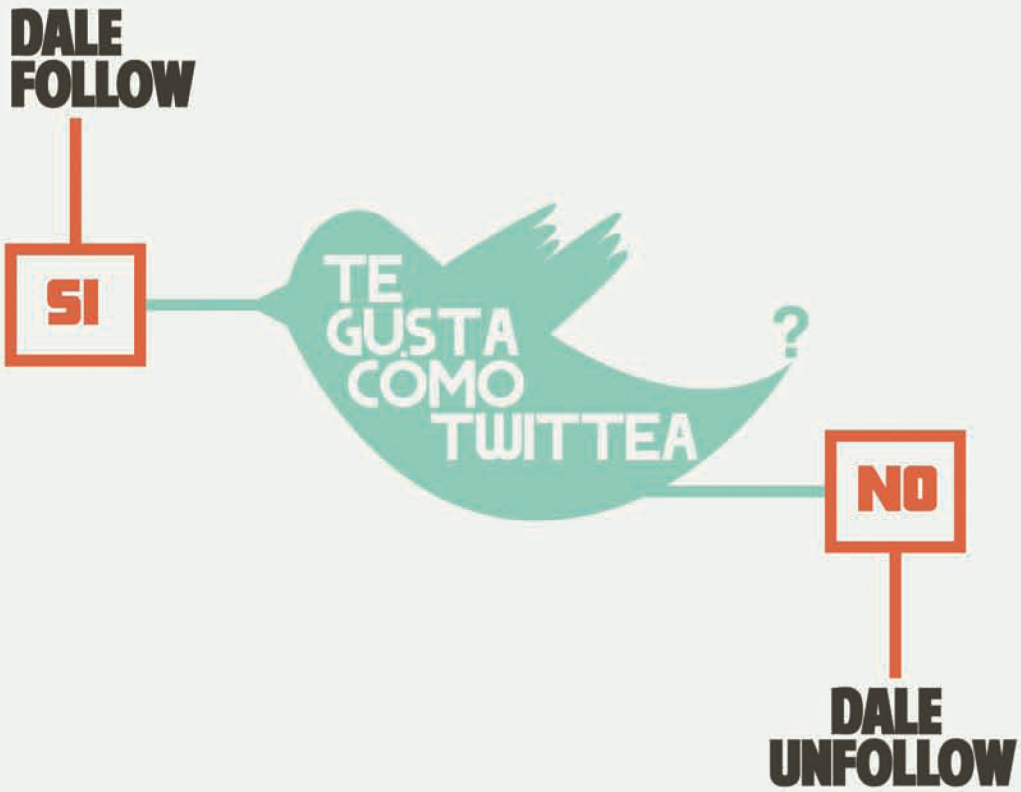
Programación
Guillermo Harosteguy

Audiovisual
Andrés Locatelli

Administración
Cristina Badia

Agradecemos a
Gustavo Mayares

PARA PODER ALIMENTAR A TODA ESTA GENTE DEBEMOS REPRODUCIR EL PAN.
EL JEFE DICE QUE LOS PANES DEBEN SER CLONADOS.
PARECE QUE DEBE CLONARSE EL PAN.
DICEN QUE DEBEMOS DARLES CLONAZEPAM.
MONTT



LA VIDA ES SENCILLA